



Destinos errantes 3

SIEMPRE FUE ÉL

Elizabeth Ellis

Selecta 

Siempre fue él
SERIE
Destinos errantes 3

Elizabeth Ellis

Selecta

Cualquier similitud con la realidad es solo coincidencia.

Todo lo aquí acontecido es ficticio, aunque está enmarcado dentro de un contexto histórico del cual me valgo para darle sensación de veracidad a la historia narrada. Tanto los personajes como algunos lugares son inventados.

A Ignacio

Que nadie diga nunca que las almas gemelas no existen.
Existen y han de encontrarse.
Solo deben reconocerse...
y aceptarse.
E. E.

Prólogo

Londres

1823

—¿No te enseñaron que espiar a las personas es de mala educación?

El susto genuino que invadió a la joven, al ser tomada de la cintura desde atrás y aproximada con indecencia al cuerpo de aquel hombre que le susurraba al oído la falta que estaba cometiendo, se convirtió al instante de reconocer esa voz en un calor abrasador.

Era la primera vez que él la tocaba de esa manera.

Era la primera vez que le susurraba al oído.

Era la primera vez que podía sentir su aliento.

Era la primera vez que su miedo y su decencia la abandonaban.

—Qué es tan interesante. —El joven miró hacia donde lo hacía ella—. Mmm... Se besan. Se tocan... sus brazos, sus piernas, su cuello —él depositó un imperceptible beso en el cuello de la joven—, sus pechos... —Ella intentó hablar—. Shhh... Nos pueden escuchar. Y si nos ven vamos a estar en problemas, ¿no crees?

La muchacha posó sus manos sobre las de él con la intención de liberarse de su agarre y huir.

Él hizo la presión justa y la giró descansando su cuerpo en sus brazos.

Sus miradas se enlazaron.

—Debo volver al salón.

—Por qué mirabas.

—Tenía curiosidad.

—¿Acaso no sabes besar?

Ella negó con la cabeza perdida en aquella mirada jade. Siempre había pensado que en sus ojos renacía el verdor primaveral cada vez que los contemplaba, aunque ahora eran de un verde más oscuro.

—Deberías aprender. —Miró su boca con descaro—. Tal vez podría enseñarte. —Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

Él se detuvo en el ámbar cristalino de su iris y allí murió su voluntad caballeresca. Tanto había luchado contra el banal despropósito de amarla que las batallas interminables desatadas contra la moral, el honor y el amor incondicional a su hermano habían sido una constante siempre que ella estaba cerca. En un recóndito lugar de su cerebro sabía que, alguna vez, alguna batalla iba a

perder, y precisamente ese era el momento culmen en que ella lo había desarmado por completo. Acercó su boca a la suya y ambas se sellaron en un beso casto, puro, de labios húmedos y cerrados.

El tiempo se perdió en ese ínfimo contacto.

Ella intentó abrirse en el beso y al instante él retrocedió.

Se leían con las miradas.

Cada uno intentando imaginar qué pensaba el otro.

—Ellos no se besan así —esgrimió valiente dando el puntazo en medio del deseo de él.

La tomó de la mano y como una exhalación levitaron la moqueta beige hasta dar con el sitio justo fuera del alcance de cualquier ojo murmurador. La rodeó con sus brazos uniéndola a su cuerpo y abriendo sus bocas, el beso los abrasó.

Ella no intentó alejarlo al sentir como su lengua se deslizaba desvergonzada entre sus labios, sino que se apretó más. El irreverente sabor a él la enardeció dando rienda suelta a la necesidad que tenía de sentirlo, participando con brío de aquella danza vigorosa que hacía crecer de manera exponencial el deseo de los dos.

Él sabía muy bien cómo terminaba ese arrebato, pero besarla, rozarla, exponerse de la forma en que lo estaba haciendo, dejando su corazón en carne viva ante el filo mortífero que ella significaba, lo engulló en un sueño del que, si él pudiera decidir, no volvería jamás. Ese era el punto de inflexión que nunca tuvo que traspasar, ahora debería vivir con ello en su consciencia y en su alma rota.

Sintió como él la separaba de su cuerpo y sus labios, desesperados por los suyos, abandonaban su boca.

—Preciosa, ya es suficiente. Creo que ahora ya sabes besar, ¿verdad? —Ella asintió.

Él la abrazó.

Ella se dejó hacer.

No querían dejarse.

Sus miradas revelaban un anhelo oculto que buscaba escapar y ser libre.

—Pues muy bien, mi hermano no merece menos.

—¿Qué? —Los ojos ambarinos de ella mostraban tal desconcierto y temor que él casi se arrepintió de lo que iba a decirle.

—Mi hermano, preciosa. Tu prometido. Ahora ya sabes besar y sabrás qué hacer en su momento. Aunque por la manera en que lo has hecho no sé si creer que no sabías. Y, conociendo tu ambición por el ducado, lo caprichosa y fría que eres, tal vez ya has tenido tus desventuras. Solo trata de llegar virgen al matrimonio o aprende a disimularlo. —La palidez de ella le dejó claro que estaba obrando mal.

—¿Por qué piensas eso de mí? —La pregunta lo desarmó. Quería abrazarla. Sin embargo...

—Por Dios, Harmony. Lo dice todo mundo, lo altanera y remilgada que eres. Una zorra calculadora que quiere atrapar a Robert para que vuestro ducado no se vaya al garete.

—¿Atrapar? Yo no inventé esa cláusula absurda. —Al instante se arrepintió de excusarse. No le debía explicaciones a nadie.

—¿Qué vas a decir!

—Nada. —Le miró con una sutil sonrisa, que a él se le antojó irónica cuando a ella le resultó dolorosa—. Tú ya tienes una opinión formada sobre mí, de nada valdría que dijera algo. Adiós, Devon.

Regresó al pasillo por donde minutos antes habían andado y se alejó de allí sabiendo que el

adiós que le había profesado era literal.

Devon, apoyado contra la pared, refrenó sus ganas de seguirla.

No podía.

Era la prometida de su hermano y lo único que él debía hacer era mantenerse lejos.

Muy lejos.

Suffolk

Capítulo I

Enero de 1826

—Ya es oficial. Presentaron todos los documentos a la Corona. —Eduard Hutton se mesaba el cabello mientras caminaba de un lado a otro sopesando posibles complicaciones.

—No creo que haya problemas. El abogado de Evans ya habló conmigo y el acuerdo se respetará. Arundel vendrá a pedir la mano de su hija de un momento a otro.

—Hasta que no suceda no estaré tranquilo. —Se detuvo y mirando a su abogado hizo un gesto de incredulidad—. ¡Qué idiota! ¿Quién rechaza un condado? ¡Qué imbécil! ¿Renunciar a los títulos? ¡No puedo creerlo! Robert Evans es un insensato. No puede querer ser un simple burgués en lugar de un duque. Toda su herencia es inconmensurable. Ahora no tiene nada.

—Discúlpeme, pero la riqueza del condado de Arundel y del ducado de Norfolk son tales gracias a Robert Evans, que ha trabajado como un mulo para fructificar todos sus bienes. Cosa rara en un noble. —El abogado caminó hacia la ventana—. Además, no es pobre. Es un visionario. Tiene toda su fortuna en los tendidos férreos, algunas fábricas y en la Bolsa de Nueva York. Una persona por demás inteligente. No necesita ningún título. En cambio, usted debería de estar preocupado por si su hermano va a ser capaz de mantener esa fortuna y aumentarla. Devon Evans se la ha pasado viajando y entre putas desde que alcanzó la edad necesaria para hacerlo. Siento decirle esto, pero lo más probable es que dilapide la herencia.

—¿Por qué cree que estoy preocupado? ¡Estoy en la ruina! Necesito un yerno que salde las deudas y que me mantenga. Al final no sé si será provechoso este matrimonio. Tal vez debería buscar otro pretendiente.

—Si Robert Evans no pudo romper la cláusula para poder casarse con quien quisiera sin perder los títulos, usted tampoco, mi señor. Su hija deberá casarse con el conde de Arundel o el desheredado será usted y, como bien sabemos, a usted solamente le quedan los títulos. Mejor póngase a rezar para que Devon Evans no sea el descerebrado que pensamos y siente cabeza.

—¡Maldita sea!

—¿Se lo ha comunicado a su hija?

—No.

—Le sugiero que lo haga hoy mismo. Ahora, si prefiere. Todo mundo no habla de otra cosa que no sea del renunciamento de Robert Evans por amor. Su hija debe saberlo para no quedar como una idiota cuando se entere de la noticia por terceros.

Eduard Hutton tocó una campanilla y al momento un sirviente apareció muy solícito.

—Dígale a lady Harmony que se presente ante mí a la mayor brevedad. Que no tarde, sabe bien que no me gusta esperar. Apúrese.

—En el momento en que su hija esté informada, procederemos con la redacción de las exigencias para otorgarla en matrimonio. Yo le sugeriría que, además de pedir dinero por su deteriorada situación económica, pida ser incorporado como socio minoritario en algún negocio productivo. Investigaré si el joven participa en las inversiones de su hermano o tiene alguna por su cuenta. Puedo asegurarle que esa alianza le reportará más beneficios que cualquier suma de dinero o bienes.

—¡Por Dios! Los nobles no trabajamos. —El duque de Suffolk miró a su abogado—. ¿Me ha visto trabajar? Es un sacrilegio. ¡Claro! Qué puede saber usted, un simple mortal. Su sangre es roja como la de cualquier sirviente, solo que fue a la universidad y eso cree que le basta para codearse con la casta noble. No se equivoque, usted no es nadie. Un don nadie al que le pago por sus servicios. Nada más.

—Padre. ¿Me ha mandado llamar?

La oportuna entrada de lady Harmony refrenó la ira de Gregory Brown ante el desparpajo de ese remiendo de duque al decirle que él era menos que nada. A sus treinta y cinco años, Gregory se afanaba en buscar el dinero que de chico le había faltado y no le importaba a quien tuviera que tolerar en el proceso de triunfar, pero este estúpido le estaba llenando la paciencia.

—Pasa. Cierra la puerta.

Harmony se quedó de pie, cerca de la entrada para poder irse con diligencia luego de que su padre le expusiera lo que necesitaba decirle.

—Señor Brown, buenos días.

—Buen día, pequeña.

—Acá, mi abogado acaba de afirmar que el estúpido de Robert ha renunciado a sus títulos, no es conde ni nada. Ya no deberás casarte con él. —La ilusión en el rostro de la muchacha entristeció a Gregory—. No te alegres insensata. Debes casarte con el conde de Arundel.

—Pero si ha renunciado...

—¿Y crees que los títulos van a quedar dando vueltas en el aire? —El genuino susto en los rasgos de la joven fue evidente—. Cambiarás un hermano por otro.

—¿Qué?

—Te casarás con Devon Evans.

—No me casaré con Devon.

La forma en que Harmony se negó al cambio de prometido fue de tal intensidad que Gregory la miró de otro modo, veía a una muchacha capaz de dar pelea por sus ideas. Siempre había sido sumisa, un títere en manos de su padre, y ahora se revelaba con un brío significativo que había dejado pasmado a los dos hombres.

—¿Qué has dicho?

—No me casaré con Devon.

La mano en el aire de su padre frenó antes de impactar en su rostro. Con una rabia contenida, que se evidenciaba en el rojo bellote de sus mofletes, la miró de esa forma que ella ya bien conocía.

—Vete a tu habitación. Te quedas ahí hasta que las ideas se te aclaren.

La joven salió rápido, casi corriendo. Sabía que se había salvado de la golpiza por la presencia del abogado. Esperaba que la conversación con este refrenara la ira de su padre o ella la sufriría en carne propia.

—¿No cree que si no quiere tal vez pueda apelar a la Corte? Si ambas partes están de acuerdo, podría existir la posibilidad de anular la cláusula.

—¿Cree que soy estúpido? Acaba de admitir que estoy en la ruina y que necesito de Arundel.

—Sí, pero también dijo que podría buscar otro candidato para su hija. Le estoy mostrando una posibilidad de lograrlo.

—Devon Evans es seguro. No puede rechazarla.

—A menos que renuncie, como su hermano.

—Entonces, deberá casarse con el padre. Que Norfolk se haga cargo de los hijos que crio.

—Tengo entendido que, tanto Robert como Devon, no se criaron con su padre luego que su madre falleciera.

—Es verdad. Si se hubieran criado en Norfolk, esos muchachos serían otra cosa. Son dos estúpidos enamorados, uno de su mujer y el otro de la vida libertina que lleva.

—Entonces, ¿cómo proseguimos?

—Dé curso a lo estipulado, mi hija aceptará. Delo por seguro.

—La vi muy decidida a no hacerlo.

—Es su espíritu de rebeldía..., igualita a su madre. Nada que una buena charla padre-hija no pueda solucionar.

Gregory Brown asintió. Era un desalmado hijo de puta, estudiar leyes y trepar en una sociedad escalonada le curtió el cuero, el carácter y los sentidos, pero en ese momento tuvo pena de aquella niña en manos de ese déspota que era capaz de cualquier cosa con tal de mantener sus títulos y buscar herencia.



Eduard Hutton, látigo en mano, se dirigió a la habitación de su hija ni bien terminó de hablar con su abogado. Esa pequeña arpía no iba a osar desafiarlo delante de nadie más.

No golpeó.

Abrió la puerta y se encontró con Harmony mirando por la ventana.

La joven volteó a mirarlo.

—No quiero casarme con él. No voy a casarme con él.

Sabía que decir eso iba a disponer mal a su padre, pero sería mil veces peor una vida al lado de Devon. La mano abierta en plenitud le abarcó la mejilla tirándola al suelo. Su vestido claro estaba ahora manchado de sangre. Sangre de su nariz y de su labio.

No se amilanó. Se puso en pie y, con el rostro surcado por las lágrimas, se irguió altiva ante su padre para volver negar.

—No me casaré con Devon.

Otra bofetada la devolvió al suelo.

Látigo en mano, la azotó en la espalda, arrancando un grito de dolor.

—¡Basta! Vas a dejarla marcada —gritó Gretel Hutton entrando a la habitación.

—Faltan meses para la boda. Podría matarla y resucitarla en ese tiempo. —La duquesa puso los ojos en blanco.

—La hemos aguantado dieciocho años; ahora que por fin va a contraer nupcias, que fue para lo que nació, no vas a arruinarlo con tu estúpido temperamento. —Eduard miró a su esposa revelando en su mirada unas ganas terribles de seguir golpeando a la niña—. Me has obligado a

cargar con ella todos estos años —le quitó el látigo de las manos—, no te permitiré que tires todo por la borda justo ahora.

Harmony, hecha un ovillo en el suelo, lloraba en silencio, orando para que los golpes cesaran. Su cuerpo estaba cansado de ser apaleado, su alma no encontraba descanso.

—Adele. ¡Adele! Pide que suban agua para el baño de lady Harmony y avisa a Monique para que la atienda.

—Sí, señora —asintió la criada saliendo con prisas a cumplir lo pedido.

—Y tú —dijo Eduard Hutton señalando con el índice a su hija— te casarás con Devon Evans así tenga que arrastrarte a la iglesia. Prepara el equipaje —comunicó a su esposa—. Mañana mismo partimos para Londres. Eloise se queda. Monique irá. —La duquesa asintió.

—¡No! —exclamó Harmony.

—¡No estás en posición de exigir nada, idiota! —miró a la joven con repugnancia—. Después de que te cases te la enviaré a tu casa. Son tal para cual. Y deja de llorar. Solo sabes llorar.

Ambos se fueron de la habitación dejándola sola a la espera de su doncella, que de buena no tenía nada. Si había alguien que odiara a la joven más que sus padres, esa era Monique, y no sabía la razón y, tal vez, nunca la supiera. Y tampoco le importaba. Solo quería que todo terminara.

Cerró los ojos y se imaginó de niña, corriendo en el campo con Eloise.

Necesitaba de su abrazo. De sus caricias. De su amor.

Volvería a Londres.

¡Dios! No quería casarse con él.

Moriría cada día a su lado.

Lloró.

La vida.

Su vida era una mierda.

Había nacido para eso.

Ese había sido el propósito de su existencia: la cláusula.

La bendita cláusula.

Londres

Capítulo II

—El viejo quiere hablar conmigo. ¡Qué! No me mires así.

—Es que no sé cómo mirarte. ¿Qué le has dicho? —preguntó John.

—Que los asuntos legales los lleva mi abogado. Que hable con él. No pienso sentarme a negociar por Harmony como si fuera un objeto —dijo Devon enojado.

—Dios, hermano. Sabes que ese imbécil quiere venderte a la hija, ¿no?

—No puede, tiene que dármela a cambio de nada. Está estipulado en la maldita cláusula.

—El enlace viene acompañado de unos requisitos bien definidos.

—Requisitos medievales. No creo que lo asedien, ni que quieran invadir sus tierras, ni que peligre su vida.

—Pero sí peligras su herencia —repuso John.

—¿Cuál herencia? Dilapidó todo.

—Una de las ventajas de esa bendita cláusula es la asistencia económica entre ambos ducados para sobrevivir.

—Ya le dije a Davies que revise bien los documentos y que averigüe si hay alguna posibilidad de quedarme con las tierras.

—No necesitas hacer eso. Tu hijo podrá heredar. Aunque, si el viejo muere antes...

—¿Hijos? ¿Tú crees que me dejará tocarla? Me detesta y yo no pienso obligarla a nada. Y, en el más remoto de los casos, si consumáramos el matrimonio puede que tengamos hijas mujeres y el ducado pasaría a algún tío, sobrino, primo, que son varios, como ha pasado en estas últimas generaciones. Tiene que haber una manera de heredar a través de Harmony, es su única hija y es la única vía posible para que invierta en esas tierras. De lo contrario, puede hundirse en su mierda que no voy a solventarlo. Ni loco.

—¡Bien! Al margen de las tierras, ¿cómo te sientes? —Devon lo miró extrañado—. Con el hecho de que vas a desposarte con ella. La has deseado toda tu vida. Nunca has tenido ojos para nadie más. Todavía recuerdo el día en que apareció en su primer baile. Estaba preciosa y tu cara fue memorial, digna de retratarse. No sé cómo Robert nunca se dio cuenta de que estabas enamorado de su prometida. —Devon sonrió.

—Lo que yo sienta no tiene importancia. Ella lo quiere a él. —Perdió la mirada en la nada—. Y tendré que vivir con eso.

—No puedes darte por vencido. ¡Devon! Puedes enamorarla.

—¿Acaso a mí ha podido enamorarme alguien? No, amigo, sobre el corazón no se manda. No podemos obligarlo a amar. Harmony no me ama, de hecho, me odia. Casi que tengo miedo de

enfrentarme a ella con la buena nueva. ¿Por qué crees que los arreglos los lleva mi abogado?

—No sé. Yo la he visto a ella mirándote varias veces.

—Planeaba maneras de asesinarme.

—La recuerdo de niña, prendada de tu persona. Las pocas veces que hemos compartido fiestas campestres, ella solo tenía ojos para ti.

—Hasta que creció y conoció a Robert. Ni siquiera me parezco a él. Soy alto, sí, pero ahí murió el parecido.

—No puedes estar inseguro de ti mismo... —dijo pasmado John—. Mierda, Devon, eres guapo, lo sabes, ¿no? —El joven sonrió.

—No lo suficiente como para llamar su atención. Y el encanto que suelo tener desaparece cada vez que estoy con ella.

—Es verdad. Siempre están peleando. No lo entiendo. Si hubiera una razón...

—La besé. —Si le hubiera dicho que había saltado de un acantilado y caído en sus pies con todos sus huesos intactos no se hubiese sorprendido más.

—Cuándo.

—En su primera temporada. En uno de esos bailes. No pude resistirme. —La boca abierta y los ojos redondos de John indicaban que estaba encajando la noticia—. Se escabulló de su carabina y la seguí. —Caminó nervioso por el despacho—. La encontré espiando a una pareja que se besaba. Le pregunté si sabía besar y dijo que no. Le pregunté si le gustaría que le enseñara y dijo que sí. ¡Que sí! Tendría que haberme dicho que no, pero dijo sí. ¡Ja! Eso no fue lo peor. Le di un beso casto, puse mis labios en los suyos y, cuando los separé, ¿sabes lo que me dijo? —John negó con la cabeza, absorto en el relato—. «Ellos no se besan así». Me quedé en una pieza. La tomé de la mano, busqué un lugar seguro y la besé. ¡La besé! Peor error no he cometido en la vida. Ni sé lo que duró el beso. No podía dejar de besarla hasta que una única imagen apreció en mi cabeza: Robert. ¡Estaba besando a la prometida de mi hermano! La besé con pasión, con todo lo que eso implica. Cuando mi consciencia regresó para torturarme, rompí el beso y le dije unas cuantas sandeces para alejarla. Vi el dolor en su mirada y nunca más me habló, solo para discutir. Me odia.

—Esto confirma que yo tengo razón. Tú no le eres indiferente. ¡Maldita cláusula! Ha roto muchas vidas.

—Ni que lo digas. Mira mi madre. Nunca quiso a mi padre.

—A tu padre no hay quien lo quiera.

—En eso tienes razón, pero mi madre... Ella no se merecía vivir así. —Devon miró a John—. Ella estaba bien antes de aquel día y de repente murió. Mi padre tuvo algo que ver, estoy seguro.

—Es la primera vez que te escucho decir esto. Robert...

—No. A él nunca se lo he dicho. Lo mataría. No es justo para mi hermano tampoco. No olvides que no se quieren. No pueden ni verse.

—Siempre sospeché que tu padre podría haberla asesinado. Una vez escuché hablar a las tías... Ellas saben algo, pero lo guardan con celo. Y, si han pasado tantos años y no han dicho nada, no creo que lo hagan ahora. La primera vez que vieron a Megan... ¡Dios! Recuerdo la cara de tía Alice, era como ver un fantasma.

—Mi hermana es igual a mi madre. Son dos gotas de agua, salvo por el color de ojos, podría decirse que son la misma persona. El recuerdo que tengo de mi madre antes de que muriera es exactamente el rostro de Megan.

—Tu padre es un cabrón hijo de puta.

—Lo detesto, aún más que Robert, aunque él piense que le aprecio. No le demuestro lo contrario porque alguien tiene que mantener la paz y debo honrar la promesa que le hice a mi madre.

—Que fue...

—Cuidar de Robert. Ella me dijo que nuestro padre no lo quería y que iba a buscar la manera de alejarlo. Me pidió que nunca me separara de él. —Devon sonrió con ironía—. Y a los pocos días sucedió lo impensado.

—Tu madre lo veía venir. —El joven conde asintió.

—Hay muchas cosas que no cierran. Recuerdos precisos, pero escasos. Y lo peor, no conozco a nadie que haya conocido a mi madre para poder indagar en su pasado. Es muy difícil reconstruir hechos de esta manera. He revisado la casa de Norfolk de palmo a palmo y no he encontrado nada. O bien mi padre ha ocultado todo a consciencia, o mi madre nunca se ha fiado de ese lugar. Hice lo mismo con Arundel y no he encontrado nada de nada. Estoy esperando a que pase esta ola de problemas para sumergirme de lleno en los que van a venir, porque no voy a dejar pasar el hecho de que mi padre hizo desaparecer a mi hermana dejándola en un prostíbulo; sin contar que no sé qué sucedió aquel día con Robert, las imágenes son difusas, no puedo recordar bien. Todo es borroso, poco claro e inexacto.

—Devon, todos creen...

—Sí. Todos creen que no recuerdo nada debido al estado al que quedé reducido, es evidente que lo que presencié fue devastador para mí teniendo en cuenta que tenía seis años, pero tengo que recordar, sé que lo voy a hacer, en el momento menos pensado habrá algo que me traerá esos recuerdos. Lo sé. —Se pasó la mano por la nuca y la detuvo allí un instante—. Es como si estuvieran pujando por salir. —Miró a John en signo de advertencia—. Es por eso que debo cuidar de Robert; es todo tan turbio, no puedo sembrar dudas en mi hermano si no estoy seguro. Sabes de sobra cómo es y lo más probable es que asesine a mi padre, y no le permitiré arruinar su vida así. Aunque no lo parezca, mi hermano ha sufrido demasiado. Y Megan... merece conocer la verdad. Y la buscaré para ella. Luego de que pase esta tormenta, obvio.

—Si sales ileso de esta travesía, hermano, te ayudaré en lo que me pidas. Pero, sin saber lo que le has dicho a Harmony en su momento y considerando los desplantes e insolencias sutiles que le has prodigado en estos tres años, dudo de que tu camino sea fácil. Incluso, dudo de si podrás alcanzar la meta: su corazón.

—Moriré en el intento, entonces.



Tres meses más tarde

Abril de 1826

—Necesito hablar contigo.

El susurro en su oído, de esa vos que tan bien conocía, la dejó pasmada. Ella no quería hablar con él. De hecho, no quería nada con él.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Yo creo que sí, considerando que vas a ser mi esposa.

—Le he dicho a mi padre que no voy a casarme contigo.

—No puedes evadir la cláusula. Tu padre no querrá perder los títulos.

La joven se giró para enfrentarlo. Él era más alto, la superaba en unos veinte centímetros, pero eso no la amilanaba.

—No voy a casarme contigo, Devon Ashton Evans, no insistas...

—Sabes mi segundo nombre.

—No le llegas ni a los zapatos a tu hermano. —El semblante arrogante del joven trasmutó en desagrado. Detestaba las comparaciones y Harmony tenía una en la punta de la lengua—. ¿Acaso quieres que nombre a tu hermano mientras me besas? ¿Quieres que piense en él mientras me haces el amor? ¿Qué confunda un nombre por otro?

—No, preciosa. Nunca pensarás en él porque nunca te haré el amor, solo te follaré para engendrar herederos. Para el resto tengo amantes bien dispuestas, tú eres el escollo de la cláusula.

La joven sintió lo dicho como una puñalada. Quería fastidiar y salió herida. Era lo que tenía pelear una y mil veces con él. Solamente pudo asentir antes de comenzar a alejarse, pero él la retuvo tomándola del brazo, a lo que la joven reaccionó estampándole una bofetada en respuesta a tal osadía. El pasmo de Devon fue de consideración, era la primera vez en reaccionar de esa manera. Ella nunca lo había golpeado, por el contrario, siempre se había limitado a asentir dando por zanjada la disputa. Le dolía el pómulo y sentía un resquemor en su interior. Si hubiere sido sensato hubiese frenado dicha pulla por el bien de los dos, pero en ese momento era cualquier cosa, menos sensato.

—Pegas como una niña. —Le sonrió de medio lado.

Harmony volteó para irse cuando vio una fuente en una pequeña mesita. El pensamiento fue instantáneo, así como el movimiento que ejerció su mano para cogerla y lanzársela, dándole en el costado izquierdo de la cabeza, produciendo un corte visible en la frente que al instante dejó verter sangre y eso asustó a la joven.

—¡Oh! ¡Por Dios! ¡Devon!

—Solo es un poco de sangre. No me has dado de lleno, solo me ha rozado.

—No quería golpearte. —El joven conde la miró entrecerrando los ojos, dudando de su palabra—. Mi puntería suele ser desastrosa. Ni por un instante pensé en atinarte. Deja que te ayude...

—Para qué —dijo el joven sorprendido—. ¿Acaso quieres rematarme estando indefenso?

—Tú no estás indefenso.

—Es verdad.

La tomó de la cintura y apretándola a él la besó sin darle tiempo a reaccionar. Fue un beso duro, breve, pero con lo que implicaba que las lenguas se enlazaran guerreras, dejándolos jadeantes y excitados.

Ella lo miró con miedo.

Él juró por lo bajo y suspiró pensando en lo que sería la convivencia.

—Sabes que no puedes ir golpeándome por la vida, ¿no? —La joven lo miraba absorta. Como si la situación le recordara algún instante—. ¡Harmony!

—No quise golpearte. —Unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas—. No quise lastimarte. Lo siento tanto...

—No. —Consternado por su llanto, vio el arrepentimiento genuino en su mirada—. No llores, preciosa, por favor.

La abrazó consolándola. Tenía la sensación de que esa mujer guardaba mucho dolor en su interior y él no quería ser uno más. La envolvió en sus brazos con ternura y sin tiempo. Podía sentir como la tensión disminuía y cedía amoldándose a su cuerpo.

Allí, en sus brazos, Harmony encontró paz. Una paz que pocas veces había experimentado de niña y que, con el devenir de la madurez, había perdido por completo. Allí, en sus brazos, residía su lugar en el mundo. Qué retorcida era la vida. En ese momento deseó que nada existiera, salvo ellos dos. Dejó salir su dolor en un suspiro y apretada a él disfrutó de una tranquilidad inconmensurable.

Devon acunó su rostro entre sus manos y una lágrima descansó en su pulgar. Besó el surco dejado con la levedad de un susurro, sin poder reunir el valor de apartarse. Hilando besos llegó a su boca y la besó con ternura, despacio. Ella se aferró a su cintura y él introdujo su lengua casi con miedo de ser rechazado. Ella lo recibió; que Dios la castigara si no disfrutaba de ese momento entre sus brazos.

El beso comenzó a socavar las voluntades de ambos y, sin saber bien en qué momento, estaban abrazados. Las respiraciones aceleradas armonizaban con el vaivén de sus latidos. La pasión los había desbordado. Harmony, en su desesperación, antepuso sus manos entre los cuerpos para dar con aquello que le estaba presionando el vientre. El gemido ahogado de Devon la asustó. El beso fue roto y sus miradas no podían apartarse. La de Devon era de sorpresa y frustración, la de ella de puro deseo. Él supo que ese era el límite. Ansioso por cruzarlo, pero consciente de no querer mancillarla, se repuso apoyando la cabeza en el hueco de uno de sus hombros. Agitado y empalmado como estaba, no podía moverse; Harmony lo abrazó descansando la cabeza en su pecho. Nadie iba a robarle ese momento.

—Debemos buscar la manera de llevarnos bien.

—No quiero casarme contigo —susurró la joven, aún abrazada a él.

—Siento esta situación. Siento que estés enamorada de mi hermano, pero esto me excede y, por el bien de nuestros hijos, juro que romperé esa cláusula el mismo día en que nos desposemos.

—No quiero tener hijos contigo.

—Dios, Harmony, si no colaboras esto va a ser un infierno.

—Tal vez allí debería estar. Sería un lugar más agradable que este.

Al ponerle palabras a su pensamiento, Devon entendió que cualquier lugar le era preferible a estar con él, incluso la muerte. Nunca había sentido tal desazón y angustia en su vida como en ese instante. Sentir que la obligaba a atarse a él contra su voluntad era horrible, pero escuchar de su boca decir que el infierno era mejor sitio que sus brazos lo conmocionó.

—Iré a hablar con tu padre. —La soltó alejándose.

—Por favor... —La joven le tomó la mano—. No quiero casarme contigo.

—¿Por qué?

—Sería peor que la muerte.

—¿Tanto me odias? —Harmony miró sus ojos verdes.

—Jamás podría odiarte. —Sin poder retener las lágrimas, se fue dejándolo solo.

Quiso seguirla, pero el movimiento repentino lo mareó. Al parecer el golpe era peor de lo que él pensaba. Se apoyó en la pared. Estuvo en esa posición varios minutos. Se asearí y hablaría con Suffolk. Luego se marcharía.

Así lo encontró en conde de Kent.

—¿Qué te ha pasado? —Thomas lo miraba azorado.

—No quieras saber.

—Claro que quiero, por eso te pregunto. —Devon gruñó por lo bajo.

—Harmony me ha arreado con aquella fuente —dijo señalando el estropicio de cerámica desparramada—. Estoy mareado.

—No irás a decirle a Suffolk que su hija te ha pegado, ¿no?

—No soy tan idiota. Acompáñame, así me libro de esto rápido.

—Puedo decirle que estás indispuerto.

—No. Quiero terminar con esto de una vez.

Esa noche había acordado personalmente los términos de la boda con Suffolk. Era obvio que al duque no le gustaba que él fuera el conde ahora. No se había dado cuenta, hasta ese momento, de que todos lo creían un crápula. Había crecido a la sombra de Robert, cuyo carácter avasallaba todo; sonrió recordando a su padre, hasta el mismísimo Henry Evans le tenía miedo. No conocían a su hermano. Era un ser excepcional. Claro que él era saco de otro costal. Bajo su fachada pacifista y disoluta era un león agazapado, dispuesto a lo que sea.

Seis meses para la boda era una eternidad.

Buscó hielo y lo colocó en su cabeza.

Qué golpe le había dado esa bruja.

Recordó lo angustiada que estaba.

Sonrió. Sus disculpas habían sido sinceras.

¡Dios! Amaba a esa mujer.

Thomas lo había alcanzado hasta Arundel House. Su casa, su respetable casa londinense; no veía la hora de irse al campo. En Somerset tenía sus mejores recuerdos, pero en el castillo de Arundel guardaba un tesoro único: la sonrisa de su madre. Allí habían sido felices.

Sonrió. Si tan solo pudiera viajar en el tiempo y descubrir la raíz del problema, podría revertir muchas cosas.

Relajó la cabeza hacia atrás.

No quería acostarse.

No quería bañarse. Podía sentir su olor en él. ¡Dios! No sobreviviría a ella.

Pensando en la conversación que había mantenido con Suffolk, le había sorprendido el desapego de ese hombre hacia su hija. Ni hablar de la madre; lady Hutton se veía molesta cuando se refería a Harmony. Esa actitud fría y distante, como si se tratase de una desconocida, le trajo recuerdos de cierta vez en que había visto cómo la maltrataba, la había golpeado en la cara por algo que él no había alcanzado a escuchar. No iba a olvidar nunca aquellas lágrimas de niña. Desde ese día trató de evitar toda velada que involucrara a las dos familias y, como vivía con su tía Alice, no le era difícil escapar de los compromisos, ya que todos recaían sobre los hombros de Robert. ¡¿Y para qué?! Robert había renunciado a los títulos dejándole a él todas las responsabilidades y a su prometida. ¡Mierda de vida! Todos estos años escapándose de ella para tener que desposarla ahora. No iba a salir bien librado de esto, estaba seguro. Lo mejor sería vivir por separado y que cada uno hiciera su vida como le diera la gana.

Sintió ruido en una de las puertas. Sentado en el suelo, recostado en la base del mortero, vio aparecer unos zapatos. Zapatos que reconocería en cualquier lado por la fiereza de su aspecto, eran horribles. Su primo estaba entrando a hurtadillas... Este no quería que su madre se enterara

de que había llegado.

—¡Primo! Qué mala costumbre tienes, igual a las de mi hermano.

—Será porque yo le he enseñado —respondió ácido Andrew.

—Has sido un buen maestro para el pillaje.

—No exageres. —Andrew rodeó la mesa central para encontrarse a Devon repantingado en el suelo—. ¿Cómo sabías que era yo? ¿Qué haces ahí? ¿Y qué te ha pasado?

—Tus zapatos son horribles. Harmony me arreó una bofetada. Le dije que pegaba como una niña y me arreó con una fuente que tenía a mano. —Descubrió el lado izquierdo de su frente—. Por poco me deja inconsciente. ¡Hasta me mareé! Thomas me acercó hasta aquí. No veo la hora de casarme. ¡Qué mujer!

—Estás loco. Lo más probable es que se maten antes de dar el sí.

—Ya acordé los términos de la boda con Suffolk. Será en seis meses.

—Igual que la mía. —Devon se asombró de tal manera que su cara le causó gracia a Andrew—. Podríamos celebrarlas juntas. ¡A que te hace ilusión!

—¿Qué pasó? Porque deduzco que a ti no te hace ninguna ilusión.

Andrew expuso lo sucedido mientras Devon lo escuchaba con atención. Menuda familia esos napolitanos que dejaban a la hija a merced de cualquiera que les proporcionara un buen dinero.

Se fueron a dormir.

Mañana sería un mejor día, o eso esperaba.

Que Harmony le hubiera dicho que prefería estar muerta que casada con él había sido sorpresivo y doloroso. No estaba preparado para ese golpe bajo. No se casaría con ella sin dejarle claro que cada uno podría hacer su vida sin lastimar al otro. No iba a obligarla a nada.

¡Mierda! El heredero. Necesitaba un hijo.

A la mierda con todo, estaba harto.

¿Y si renunciaba él también? Seguro había algún primo, o algo así, esperando por los títulos. Tenía que pensar con calma y decidir con inteligencia.

Se durmió pensando en la posibilidad de renunciar y a la mierda con todo.

Capítulo III

Un infierno.

El baile de compromiso de Somerset y Arundel habían sido un infierno.

Richard se movía como león enjaulado.

Durante la celebración, la noche anterior, se había enterado de la partida de Megan y los niños al campo.

Sabía que se irían, solo que no esperaba que fuera tan pronto.

Estaba acojonado.

No quería perderla.

Nunca había estado lejos de ella.

No sabía vivir sin ella.

Y los niños... Serían meses sin verlos.

¡Dios! No podía vivir sin sus hijos.

Ahora, en el hall de la residencia del conde de Arundel, esperaba que su mujer lo recibiera. Eso si quería. Había dejado muy claro que no deseaba saber nada de él. Era un soberano idiota, había estropeado la relación tantas veces que no había manera de arreglarla. Nada que él hiciera repararía el daño; solo Megan, en su bondad, podría perdonarlo.

No la besaba desde hacía meses. ¡Meses! Desde...

No. Sería mejor no recordar.

Los recuerdos no lo ayudarían.

Lo único cierto era que no quería a nadie más a su lado.

No podría amar a nadie más.

Megan era su todo.

—Duque, la señora Megan lo espera en la salita de lectura. Si quiere... —Walter no había terminado de hablar cuando Richard pasó como torbellino a su lado hacia aquella bendita sala.

Le ordenó a su cerebro pensar.

Debía pensar.

Serenarse y poner en orden las ideas.

Nada de arrebatos.

Entró.

Ahí estaba ella. Con un vestido entre naranja y amarillo, nunca se le había dado bien distinguir colores fuera de los primarios, eran todos similares. Más allá de las tonalidades, el atuendo se le ceñía en los sitios justos haciéndole justicia a su esbelta figura. Se había dejado el pelo suelto.

Rubio claro, liso y largo hasta las caderas, casi blanco cuando el sol la iluminaba; parecía irradiar. Había estado llorando. La conocía tan bien que podía leer su mirada, sus gestos, sus movimientos. Estaba nerviosa.

—Preciosa.

—No te acerques, Richard.

—¿Por qué? —Comenzó a caminar en dirección a ella. Lento. Sin apartar la mirada de sus magníficos ojos azules. Tan azules y tan iguales a los de él—. No puedes tenerme miedo.

—No te tengo miedo. Solo que...

Llegando hasta ella la tomó en sus brazos.

No podían apartar sus miradas.

Eran dos almas que se reconocían como propias.

Se pertenecían.

Algo las unía de tal manera que separarse semejaba arrancarse parte de sí mismos a tirones.

Richard acarició su mejilla con el dorso de su mano.

Megan cerró los ojos, el roce era suave y sutil a un tiempo. Añorado.

Descendió sus labios sobre los de ella y el contacto desvaneció todo al instante.

La besó.

Lo besó.

Se besaron.

Se amaron en ese beso honesto e irreverente a la vez.

Él percibió las lágrimas de ella y se odió por haberla deshonrado todos esos años.

Era un idiota.

No tenía perdón.

Él mismo no se perdonaba.

—Vete, preciosa. Vete a Arundel con los niños. Debes descansar de mí. —Megan se abrazó a él—. Yo me ocuparé de lo que tendría que haberme ocupado hace años. Si tú me aceptas, nos casaremos y seremos la familia que te mereces. —La envolvió más fuerte entre sus brazos—. No voy a pedirte perdón porque no estás preparada para perdonarme, pero sé que lo harás en el momento justo porque me amas tanto como yo te amo a ti. Y mi amor por ti no tiene límites ni tiempo. Se expande y me une a ti cada día más.

El silencio se extendió.

Las respiraciones y los latidos de sus corazones eran una constante que armonizaba con las caricias fraternales que él le prodigaba.

—Te amo. Viviré para demostrártelo lo que me queda de vida. —La separó de su cuerpo y la besó en los labios con sutileza—. Iré a despedirme de los niños. —Ella asintió.

El dolor que sentía en el cuerpo y en el alma por alejarse de ese hombre no era comparable a nada. Sentía desgarrarse por dentro.

Se sentó en una de las sillas.

No era capaz de conservar el equilibrio por mucho tiempo.

Así la encontró Rose cuando entró en la sala.

—¿Vino a despedirse? —Megan asintió entre lágrimas—. Mi niña. —Rose la abrazó dándole consuelo—. Todo se arreglará. Ya verás.

—Su madre siempre estará ahí para hacernos la vida imposible. ¡Por Dios! En qué pensaba cuando me fui a vivir con él.

—En escapar de la vida horrible que tenías, pequeña. No puedes comparar, Megan. No podías

seguir en aquel prostíbulo. Que él te haya sacado de allí fue una bendición para ti. De otra manera no hubieses conocido a Robert. Has encontrado a tus hermanos por él.

—Si lo dices así es como si le debiera estos seis años.

—¡Claro que no! No le debes nada. Le has dado tu amor incondicional y dos preciosos hijos. Es idiota y está gobernado por su madre, pero déjame decirte que ese vínculo se ha roto. Lo presiento. Van a cambiar muchas cosas.

—No, Rose, por más que él quiera casarse conmigo, tengo que ver la realidad: es duque. Su rango y su estatus nunca lo dejarán. No podrá dejar de lado su carácter aristocrático.

—No tiene que dejar nada de lado. Solo tiene que asumir sus sentimientos y elegir. Robert eligió. Él también puede hacerlo. —Megan sonrió irónica.

—No puedes comparar. Robert es magnífico. —Ahora la que reía era Rose.

—No eres neutral con tu hermano. Robert tiene muchos defectos; que tú no los veas porque su carácter no estalla contigo no significa que no estén allí. Además, déjame decirte que se parecen. Sorprendentemente tanto Richard como Robert se asemejan en demasía, no solo en estructura física, sino también en fisonomía y carácter. La mayoría de las veces tienden a actuar de la misma manera. Se sincronizan sin darse cuenta. Los he observado por años y siempre uno dice con exactitud lo que el otro está pensando.

—Es cierto, también he reparado en lo mismo. Robert lleva el pelo largo, pero, cuando se lo recoge y están de camisa, son casi idénticos; aunque ahí murió la similitud, en carácter no son iguales: Robert puede palear con situaciones complejas, Richard no; a Robert nadie le dice lo que tiene que hacer, ni siquiera se atreverían; una mirada y los congela. Sin embargo, Richard es llevado de las narices por su madre.

—Es verdad. Tienes razón. No poseen el mismo carácter, no siempre, por lo menos. De igual manera, deberías considerar que han crecido de modo diferente y la educación y dedicación que les han prodigado no han sido las mismas. Si hubieran crecido juntos, tal vez Richard...

—A Robert le importa un ardite la aristocracia; sin embargo, Richard está regido por ella. Ese es mi muro. Lo supe a los meses de conocerlo, pero, como tú bien has dicho, era la mejor opción en aquel entonces, sin contar que me enamoré como loca de ese joven irreverente que puso su vida en riesgo por mí. Fue verlo la primera vez y saber que no podría olvidarlo.

—Nunca me has contado cómo lo has conocido.

—Ya te contaré, Rose. No podría hacerlo en estos momentos.

—Ven. Vayamos a supervisar el equipaje, que en breve saldremos.

—Francesca está emocionada con viajar a Somerset.

—A esa niña la emociona cualquier cosa que la aleje de las sanguijuelas de sus padres.

—Las voy a extrañar.

—Serán solo unos pocos meses. Verás como pasan volando. Cuando te des cuenta estarás de camino con Victoria para celebrar las bodas.

—No puedo creer que Devon se despose con Harmony. Si me hubieran dicho que mi hermano estaría contento con ese enlace hubiera muerto de risa. Con lo estirada y caprichosa que es esa niña.

—La vida puede sorprenderte, Megan. Ven, hay que salir antes del mediodía.

—Robert ya está en Arundel. No te preocupes, él la cuidará —lo tranquilizó Devon

—Estará allí hasta que compre una casa en Dunster, luego se irá —dijo Richard.

—Megan está segura. Rhis los acompaña. Sabes de sobra que él cuidará de ellos. El problema real es que tú quieres ir. Quieres custodiarlos en el viaje, pero Megan no te lo permite.

—Iré igual. Ella no se dará cuenta.

—No. Tú te quedas aquí. Si vas, luego no querrás volver y el objetivo del viaje es que Megan se aleje de ti, a ver si así se da cuenta de que no vales la pena. Déjala tranquila unos días, eres su puta sombra. En lugar de extrañarte pasará a no soportarte, lo que sería muy bueno. —Richard lo miró enojado.

—Sabes que te oigo, ¿verdad?

—Lo sé. No captas las indirectas, por eso soy directo. ¿Por qué no la dejas? Eres un idiota. Tienes casi treinta años, no estás casado, no tienes amantes, no frecuentas los prostíbulos, no te enredas con la servidumbre, no te relacionas con otras mujeres que no sea mi hermana. ¡Déjala! Fóllate a medio Londres. Tienes a las mujeres babeando por ti. Las matronas te tienen en la mira porque eres un pez gordo y ya estás en edad casadera, quieren endilgarte a sus hijas. Tu madre está que se sale de sí porque te cases con alguien de tu rango. ¿Qué te impide vivir la vida como cualquier hombre de tu posición? —Richard entornó los ojos—. No. No me digas que es mi hermana, porque no te creo. De ser así, ya deberías de haberle dado la vida que se merece. No te lo digo porque sea mi hermana, sino porque es la madre de tus hijos y porque la amas. ¿Cómo haces para vivir alejado de ella?

—Te recuerdo que fue ella quien me dejó. Vivíamos juntos hasta que se marchó.

—Ponerla a vivir en una casa y visitarla todos los días sin pasar todas las noches con ella y los niños porque tu vida aristocrática te lo impide no es vivir juntos.

—Joder, Devon, he sido un hijo de puta. Hice lo que hace todo mundo cuando tiene una amante. No hice nada fuera de lo normal. Y la amo.

—¡Ese es tu problema! No puedes apartarte de tu rango. Para amar a mi hermana vas a tener que hacerlo. Tendrás que ignorar la voluntad de tu madre.

—¡No hago lo que dice mi madre!

—¿Acaso no fue ella la que te aconsejó que no mezclaras la vida que llevas con Megan con tu vida social? Si en verdad amaras a mi hermana, lo que diga tu madre te importaría un rábano, pero no, el señorito quiere todo. Entérate de que todo no se puede. Es una o la otra. Que Robert te sirva de ejemplo. Rompe la cadena que te amarra a tu madre. Si quieres estar con mi hermana y criar a tus hijos, debes dejarla de lado. ¿Acaso, antes de que Megan perdiera al niño, no te decíamos que tu madre la odiaba y tú no querías creerlo? Ahora lo sabes, lo has escuchado de su boca. —Devon lo miró con decisión—. ¡Debes elegir!

—Ya lo he hecho.

—Bien. Aprovecha este tiempo en que ellos estarán en Arundel e investiga. Has como que tu relación con Megan está muerta. Reniega de tus hijos. Sal y diviértete. Incluso habla de buscar esposa. Que tu madre crea que tu aventura con mi hermana es agua pasada. Deja caer lo equivocado que estabas. Si tu madre baja sus defensas podrás averiguar muchas cosas. Yo creo que ella oculta algo. ¿Qué sabes tú de tu padre?

—Lo mismo que saben todos.

—¿Qué? ¿Que era duque y que murió joven en un desafortunado accidente en casa de un amigo? Porque todos sabemos eso nada más. ¿Te acuerdas de él? ¿Su cara, su voz, sus ojos? ¿Qué tienes de él?

—Nada. Solo un anillo. Me lo dejó antes de irse. Me dijo que no lo viera mi madre porque me lo quitaría. Se fue esa tarde y no volvió nunca más. No recuerdo nada de él. Mi imagen a seguir fue mi tío. Él se parecía a mi padre, mi memoria solo lo recuerda a él.

—Deberías hablar con tía Alice, ella sabe algo. Y tu tío es saco de otro costal. Tú me has dicho que él siempre estuvo hasta que de repente se ausentó. ¿Sabes por qué? Él era tu albacea.

—Mi madre me ha dicho que no soportó que todo lo que perteneció a su familia quedara solo para mí.

—¡Exacto! Te enfrentó a él. ¿Por qué? Hay algo que no cierra por ningún sitio y preguntándole a tu madre no vas a saber nada. Transfórmate en lo que ella quiere, pliégate a su voluntad y así la tendrás comiendo de tu mano y podrás rascar la mugre de tu pasado. Porque acá hay tela para cortar.

—Podría buscar a mi tío y hablar con él.

—No. Si comienzas a preguntar por él pondrás en alerta a tu madre y no confiará en ti. Si quieres saber lo que oculta, pues tendrás que bailar con su música. Aprovecha el tiempo en que Megan y los niños estén en Arundel. Allí están seguros.

Richard miró fijamente a Devon. Entrecerró sus ojos azules.

—¿Cuándo te has vuelto tan perspicaz?

—Mi familia tiene secretos. Todas las familias nobles tienen secretos horribles. *Secreto* debería ser sinónimo de *aristocracia*. Siempre hay mucha tierra debajo de las alfombras. ¿Por qué la tuya iba a ser la excepción? Mira a mi hermana, es hija bastarda. Tengo en mi cabeza un vago recuerdo de un hombre que siempre iba a Arundel, es más, creo que vivía por allí cerca. No puedo ponerle rostro, cuando intento pensarlo se vuelve más borroso, pero sí recuerdo que era bueno con nosotros. Luego mi padre apareció un día, golpeó a mi madre y nos trasladó a Norfolk. Mi madre estaba embarazada, ese hombre debe de ser el padre de Megan. Y te puedo asegurar que era noble. Recuerdo que creía que era un gigante, pero, claro, yo tenía cuatro o cinco años. Robert, sin embargo, siempre estaba con él, parecían... Mi hermano nunca me ha hablado sobre esto y yo no he querido preguntarle, pero de algo estoy seguro y es de que ese hombre ha pasado más tiempo con mi familia que mi padre. Estaba siempre, se ausentaba poco tiempo y regresaba. Parecíamos una familia. Mis recuerdos son nublados con respecto a esto, aunque sí recuerdo que el último año no lo vi más hasta el día en que... —Devon calló unos minutos y Richard le dio su espacio; sabía que era un recuerdo muy doloroso el que estaba surcando su mente en ese mismo momento—. Aprende de mí, Richard, o ¿por qué crees que me llevo bien con mi padre? Lo odio más de lo que puede odiarlo Robert.

—Devon...

—No, Richard. No es el momento. Nuestras vidas transcurren hoy, no voy a remover el pasado descuidando el presente. Dejaré que pasen las bodas, acomodaré mi vida. Puedo asegurarte que estar comprometido con Harmony no es fácil. Ella está enamorada de Robert y a mí no me soporta. Me pidió por favor que rechazara la boda. Me dijo que prefería el infierno.

—Mierda, Devon. Tu vida será miserable. Y, si tanto no quiere atarse a ti, ¿por qué no reniega ella de la boda?

—¿Será porque las mujeres no tienen ni vos ni voto en el momento de tomar decisiones? —preguntó irónico Devon—. Ella nació para ser esposa del conde de Arundel, sea quien sea. Y Suffolk está ahogado en deudas. Necesita de esa unión a como dé lugar. Por medio del matrimonio ata sus tierras a las mías y es mi deber asistirlo en la miseria. La va a casar así tenga que llevarla a rastras al altar.

—Estás enamorado de ella, ¿no?

—¿Tanto se nota?

—No. Solo nosotros porque te conocemos. Aunque puedo asegurarte que Robert no lo ha atisbado siquiera. Cuando caiga no quiero perderme su cara —rio sonoramente—. Va a ser de cuento.

—Mi hermano. ¡Dios! Es un sobreviviente. Cuando lo vi tirado en la calle cubierto de sangre... Creí que había muerto y muchos recuerdos me asaltaron. Tantos que me revolvieron las tripas y me suscitaron dudas. Tengo que buscar respuestas, Richard, por eso puedo aconsejarte que lo mejor que puedes hacer es descubrir lo que tu madre oculta, así podrás librarte de ella y ser feliz con mi hermana. De lo contrario, puedes ir olvidándote de la tan añorada paz.

—Una odisea, hermano.

—Ni que lo digas.

Capítulo IV

4 de octubre

La boda

Pocos eran los días en que la lluvia hacía acto de presencia en otoño y, por supuesto, este era uno de ellos. Claro que no diluviaba, pero desde temprano la llovizna había hecho mella en las calles. El color plomizo del cielo era un presagio de mal augurio según las viejas aficionadas a los cultos.

Faltaba poco más de media hora para que llegaran las novias.

Henry Evans, duque de Norfolk y padre de Robert y Devon, estaba furioso. No entendía por qué su primogénito sería el padrino de bodas de su hijo menor y no él como correspondía a la tradición familiar. ¡Qué pensarían en las altas esferas! ¡Por Dios! No hubiese venido si no fuera porque le debía respeto a Suffolk y al rey. Y por las apariencias, obvio. Esa boda no solo era la unión de dos personas, sino la de dos familias, dos fuerzas que antaño dejaron huella en la construcción del poderío inglés, pero cierto era que ya no estaban en la Edad Media y esa cláusula seguía vigente. Él mismo la hubiese revocado si no fuera por joderle la vida a Robert obligándole a contraer matrimonio contra su voluntad y resultó que el muy hijo de puta renunció a todo para casarse con otra. ¡Estúpido! Eso era Robert, un estúpido, igual a su..., ni quería nombrarlo. Ahora era su hijo adorado, su preciado Devon, quien debía casarse. ¿Y él? Ahí estaba, sentado en uno de los bancos como si fuera uno más mientras Robert se erguía al lado de su hijo, orgulloso de ser el padrino. ¡Maldito fuera! Tendría que haberse desecho de él ni bien tuvo la oportunidad, si no fuera por su hermana. Esa bruja de Alice. Claro, ella sabía la verdad y lo tenía atado de pies y manos, por eso se había llevado a los niños ni bien morir Katherine. ¡Maldita ella también! Su venganza estaba incompleta, pero llegaría el día en que pudiera concretarla. Ya llegaría.

En la Inglaterra de comienzos del siglo XIX, el matrimonio era la mejor alternativa para las mujeres si, alcanzada la edad necesaria de casarse para lograr un buen sustento, no querían verse sumidas en la soltería o en la pobreza. La unión marital era provechosa para ellas porque, a pesar de que apenas tenían derechos en términos de propiedades, los esposos estaban obligados legalmente a mantenerlas. Siempre las alianzas eran concertadas y el matrimonio era una

cuestión de amalgamar fuerzas, ya sea económica o de prestigio, sin que entre en escena el amor romántico, sino solo la necesidad y la obligación moral que se establecía en relación con el honor de la línea sucesoria: la transmisión de títulos y propiedades. ¿Qué significa? Que acarreaba apremio por engendrar al heredero, sin contar con la sumisión casi plena y aceptada por parte de las mujeres. Sabían el lugar que ocupaban y debían buscar la manera de vivir con ello. ¿Podían revelarse? Claro, aunque eso implicaba vivir con las consecuencias, que generalmente eran difíciles de palear, salvo que tuvieran apoyo de algún familiar encumbrado que quisiera y pudiera hacerles frente a las diatribas sociales que esa actitud acarreaba. La familia era un núcleo de amor, salvo alguna excepción esporádica, sino solo un grupo de desconocidos donde las relaciones familiares entre esposa, esposo e hijos no eran más cultivadas que aquellas que podían darse entre vecinos.

Llegado a este punto, esta narradora se aventura a decir que los matrimonios eran un negocio y una salvaguarda a la vez.

Hete aquí que la unión conyugal del conde de Arundel y lady Harmony Hutton discurría en esos términos, como la mayoría de las uniones en Inglaterra.

—Estamos aquí reunidos en este día para presenciar la santa unión de cuatro seres que se aman y han decidido enlazar sus destinos por toda la eternidad. —El sacerdote miró a ambas parejas con renovada atención antes de proseguir con la ceremonia—. Lord Andrew Pickford, duque de Somerset, ¿acepta por esposa a lady Francesca Castelveccio, para amarla, respetarla, serle fiel, honrarla y cuidarla por el resto de sus días? —El párroco iba a proseguir, pero la respuesta del duque no llegaba; concentró su mirada en él y entrecerró los ojos—. ¿Lord Somerset?...

La pregunta en tono más elevado y firme, que evidenciaba un reto y un reproche al mismo tiempo, no pasó desapercibida por Francesca.

—Acepto. —El sacerdote asintió.

—Lady Francesca Castelveccio, ¿acepta por esposo a Andrew Pickford, duque de Somerset, para amarlo, respetarlo, serle fiel, honrarlo y cuidarlo por el resto de sus días?

—No.

Andrew la miró incrédulo. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —Ella lo miró a los ojos.

—¡No!

Recogió las faldas en sus manos y corrió por donde había entrado minutos antes. Andrew, pasmado, la miraba irse hasta que reaccionó y comenzó a seguirla.

Del más pulcro silencio se pasó al bullicio descontrolado. Todo mundo murmuraba. John se disculpó con Devon y salió tras Andrew. Megan y Victoria hicieron lo mismo detrás de John. Harmony iba a salir detrás de Francesca cuando Devon la detuvo tomándola de la mano.

—Ni se te ocurra. Tú te casas hoy.

El sacerdote miró incrédulo al conde de Arundel.

—No me mire así, padre, o me casa o es culpable de que abracemos el pecado, porque hoy mismo consumo el matrimonio. Usted verá qué hace.

Robert miró a su hermano, pasmado. No podía creer lo que estaba sucediendo. Y él en Dunster con la cantidad de problemas y revelaciones que lo aguardaban en Londres.

—Muy bien padre, prosiga, mi hermano quiere casarse —dijo Robert; el párroco carraspeó.

—Lord Devon Ashton Evans, conde de Arundel, ¿acepta por esposa a lady Harmony Hutton, para amarla, respetarla, serle fiel, honrarla y cuidarla por el resto de sus días?

—Acepto.

—Lady Harmony Hutton, ¿acepta por esposo a Devon Ashton Evans, conde de Arundel, para amarlo, respetarlo, serle fiel, honrarlo y cuidarlo por el resto de sus días?

—Acepto.

Robert dispuso las alianzas y sin mediar palabra alguna se desposaron.

—Por el poder que me confiere la Iglesia católica, los declaro marido y mujer. Están unidos en santo matrimonio. —El sacerdote fijó su vista en Devon—. Puede besar a la novia.

Devon, ya de frente a Harmony, acunó su rostro en sus manos y acercando su boca la besó. Sucedió que la joven se relajó a su toque y enlazó sus brazos a la cintura del joven por debajo del saco, acercándose aún más. Devon solo atinó a profundizar el beso y sus lenguas se unieron. El sacerdote puso los ojos en blanco y, como el conde no respondía a las llamadas de este, miró a Robert pidiéndole que interviniera.

—Que quiere que haga, padre, ya están casados. Son adultos.

—Así arderán en el infierno.

—La vida es un infierno en sí misma. Agradezca que se quieren y no como la mayoría de los matrimonios que son arreglados y se odian toda la vida. ¿A que verdaderos matrimonios celebra pocos?

—No lo creas, Robert, yo uno a la mayoría del pueblo común. Esos sí se casan por elección. Y, puesto que tu hermano no tiene inconvenientes en prolongar el beso, yo me retiraré.

—La gente común no se casa por elección, padre, sino por necesidad.

El párroco puso los ojos en blanco negando con la cabeza, dando a entender que los hermanos Evans eran un caso perdido. Se retiró.

Robert miró a su padre y vio el odio reflejado en aquellos ojos marrones. Presionó levemente el hombro de su hermano.

Devon finalizó el beso.

—Bienvenida a mi vida, preciosa.

Aquellas palabras provocaron un miedo genuino en Harmony.

Que Dios la ayudara porque aquello iba a ser un desastre.

Aprovechando el aturdimiento que la huida de la joven napolitana había ocasionado, y luego de que Victoria y Megan volvieran al interior de la parroquia, Henry Evans se reconoció abstraído por la belleza de aquella mujer. Tan esbelta y platinada; sabía muy bien quién era, pero no podía dejar de admirar sus rasgos. Megan era preciosa de pies a cabeza. La imagen viva de su madre. Tampoco había pasado por alto la mirada de rencor y miedo a un tiempo que ella le había obsequiado, reconociéndolo. Claro que debía tenerle miedo. Él no había olvidado aquel día y seguramente ella tampoco. Tal vez se hubiere equivocado, pero lo hecho hecho estaba. Él sabía que había pagado parte de su venganza con ella, sin que ella tuviera culpa alguna, pero era el fruto de su desgracia y le había tocado pagar por sus progenitores. En la vida iba a olvidar los gritos de esa niña suplicándole que la dejara. Era un recuerdo que lo torturaba cada noche. Tener que verla ahora convertida en una mujer era más de lo que pudiera soportar. La culpa y el odio lo

cegaban y, sabiendo que ella no tenía nada que ver, igual la repudiaba y la odiaba. Su pecado era existir. Aunque lo más irónico de todo radicaba en que era amante de Richmond. Puto destino.

Suffolk lo sacó de sus pensamientos.

—Norfolk, bienvenido a la familia.

—Como si no lo fuéramos ya —dijo el duque extendiendo su mano.

—Cada unión renueva un nuevo vínculo. Si bien su esposa era prima de mi padre, hoy mi hija es su nuera, la nueva condesa de Arundel y la futura duquesa de Norfolk.

—Así es. Espero que esté a la altura de mi hijo.

—Fue criada para este día. No dude que está preparada para tal empresa.

—Es grato que así sea.

—Me pregunto si su hijo está preparado para esto.

—El tiempo nos lo dirá, mientras tanto, es lo que hay; pero sí, de algo estoy seguro, es de que prefiero a Devon como cabeza de familia antes que a Robert.

—Me da la impresión de que Robert es más negociador. Creo que su segundo es difícil de manipular.

—Paparruchadas, es más dócil que un gatito. Ya verá que sí.

Suffolk hizo un gesto de duda. Estaba dispuesto a lo que fuere por no perder su patrimonio y le daba la impresión de que Devon Evans era más duro de lo que parecía, pero ya se encargaría él de torcerle la mano en caso de que se opusiera a ayudarlo. Sabía Dios que él era capaz de cualquier cosa.



Se habían casado a media mañana.

Eran las seis de la tarde y Arundel House seguía llena de gente.

Los Hutton se habían instalado como si fuera su propiedad.

Su padre hacía alarde de la unión y cada vez que podía defenestraba a Robert por haber renunciado. «Estúpido sin inteligencia» lo llamaba.

La madre de Harmony hacía y deshacía a placer y maltrataba a la servidumbre.

Devon había notado que Walter estaba hastiado.

Él mismo estaba irritado. No aguantaba tanta cantidad de personas que pululaban de aquí allá, expresando prepotencia, como si tuvieran derechos que no les correspondían.

Su paciencia estaba llegando a un límite y, para rematar, ni siquiera sabía dónde estaba su esposa.

Necesitaba serenarse y para eso nada mejor que refugiarse en su habitación, en su piano, en su música. Solo eso lo centraba. Caminó el pasillo que lo alejaba del bullicio y al llegar a sus aposentos —que no eran los del conde propiamente dicho, sino los que él tenía mientras su hermano ostentaba los títulos— escuchó su piano. Una alegre, sutil y armoniosa melodía se desprendía de aquellas teclas. La música lo relajó. Sea quien fuere tocaba el piano con placer sensual, las notas parecían flotar en el aire. Era una vieja melodía irlandesa, de esas de las que no hay partitura porque se transmiten con la oralidad.

Entró y la vio.

Sentada en su taburete, rozando las teclas de su piano, estaba su mujer.

Si, en los años venideros, Devon Evans tenía que definir el momento exacto en que se

reconoció irremediablemente enamorado de Harmony, sería ese.

Era una aparición.

Se dispuso detrás de ella e, inclinándose, le susurró al oído.

Harmony se sonrojó y sus manos se detuvieron levitando sobre las teclas.

Devon dispuso sobre su pecho un hermoso colgante y enlazando la cadena al broche lo dejó reposar sobre la delicada piel de su esposa. Al mirar, la joven advirtió que era un trisquel en oro calado cuyas líneas terminaban con incrustaciones en diamantes y zafiros. Era de una belleza única. Incluso parecía emitir una luz plateada azulina.

Las manos de él descansaban sobre los hombros de ella, que por puro instinto inclinó la cabeza hacia un lado dejándole acceso a su cuello, el cual besó.

A ella, se le antojó impetuoso.

Sus latidos retumbaron en su pecho.

Su aroma la invadía.

Las manos de Devon comenzaron a descender con lentitud por sus brazos.

Un fuego interno los enardecía.

Dos golpes certeros a la puerta rompieron el momento.

Devon cerró los ojos.

Harmony suspiró.

—Señor, su hermano lo espera en el estudio. Dice que es urgente.

—Gracias, Walter. Enseguida voy.

Su esposa se puso en pie, cuan esbelta era, quedando de frente a él.

—Preciosa. Me disculpo. —Fijó su mirada en sus ojos ámbar, con autoridad, para dar énfasis a lo que diría—. Esta es tu casa. Eres la condesa. Has lo que te dé la gana. La servidumbre está a tu servicio, harán lo que tú les pidas. Que nadie te intimide. Tú das las órdenes. No lo olvides.

La joven volvió a asentir.

Él besó sus labios con sutileza y volteó para irse. Ella lo retuvo enlazando su mano a la suya.

—Devon...

Él la miró y vio reflejado en el brillo de sus ojos el deseo. La tomó en sus brazos y la besó.

Se besaron.

Cuando los besos fueron insuficientes y la pasión los arrebatava, Devon finalizó el beso apoyando su frente en la de ella. La consternación de uno y el anhelo de otra dieron paso a respiraciones entrecortadas y palabras no dichas. El silencio los envolvió. Cada uno quería expresar lo que sentía, pero el miedo a ser rechazados hizo que el deseo de conservar lo poco que compartían los mantuviera taciturnos.

Él se fue.

Ella quería que se quedase, pero debía acostumbrarse: cualquier cosa sería más importante. Ella era solo eso que él muy bien había definido: el escollo de la cláusula.

Intentó continuar la melodía.

Le era imposible seguir la secuencia de las notas.

La disonancia penetraba en su cráneo.

No quería una vida así.

Dejó de tocar y se llevó las manos a la cara.

El golpe suave la sacó de sus pensamientos o, como diría ella, de sus padecimientos.

—Harmony, tu madre quiere verte. Ven conmigo.

Ella miró a su doncella. Monique siempre le hablaba con informalidad, como si no fuera

nadie. En realidad, no era nadie... hasta ahora. Como bien le había dicho Devon, era la condesa de Arundel.

—No te dirijas a mí con tal informalidad. Ya no soy la hija de Suffolk, soy lady Arundel y te dirigirás a mí con el debido respeto.

—Qué rápido se te subieron los humos. Seguidme, entonces, lady Arundel. —dijo Monique con recochineo.

Detestaba a esa mujer. Era su sombra día y noche. No podía hacer nada sin que ella no estuviera enterada. Todo lo veía y todo lo sabía. Era una mierda.

—No.

—¿Qué?

—Si mi madre quiere verme, que me espere en la biblioteca. Vete.

—¿No crees...?

—Vete. —Los ojos ámbar de la joven refulgieron con furia inusitada. La doncella asintió y se fue sin decir nada más.

Cerró el piano y se dirigió a la biblioteca.

Al llegar, su madre la esperaba.

Iba a hablar cuando recibió una bofetada que le partió el labio.

Sintió el sabor de su sangre.

Su impoluto vestido de novia acusó unas diminutas gotitas rubí.

—¿Cómo te atreves a contradecirme! ¡Te dije que fueras a mi habitación y desobedeciste!

—No vuelvas a tocarme. Ya no tienes poder sobre mí. No eres nada mío. Preferiría no volver a verte en la vida si de mí dependiera.

—Ingrata. Después de que te crie.

—¿Me criaste?

—No voy a discutir contigo. Solo vine a avisarte que iremos a tus aposentos a prepararte.

—¿Prepararme?

—Para la noche de bodas. Hay todo un ritual que cumplir. Desde el aseo hasta la ropa y el peinado. Incluso la manera en que debes esperar a que tu esposo venga a ti.

—Estás loca. No estamos en el Medievo. No voy a someterme a tu circo. —Harmony se irguió en toda su estatura—. Esta es mi casa ahora, soy la condesa de Arundel y me arrobo el derecho de prescindir de tu presencia de ser necesario, así que, si no quieres que toda la sociedad londinense dé cuenta de cómo fuiste invitada a retirarte de la boda de tu hija, límitate a ocupar tu lugar, al lado de tu esposo y muy lejos de mí. —Gretel Hutton iba a decir algo cuando la joven la detuvo—. No digas nada que te perjudique. Vete. ¡Vete!

La duquesa de Suffolk se retiró con una cólera que le entumecía el cuerpo.

En su mente enferma, buscaba la manera de vengarse.

Y lo haría, vaya si lo haría.

Capítulo V

Noche de bodas

La noche caía sobre Londres taciturna, silenciosa en ese lado de la ciudad.

En la mayoría de las casas reinaba la oscuridad, salvo en la suya, obvio. Esa gente que se había adueñado de su territorio y pululaba de aquí allá, como si de los dueños se tratara, lo estaba enfermando. Claro que a todo esto había que agregarle la guinda del postre. No una guinda, ¡dos! Su primo no era viudo como todos creían y su señora esposa estaba reclamándole dinero a cambio de desaparecer y que él se casara así con Francesca. A decir verdad, Andrew la tenía peor que él, pero recordar que el padre de su recién estrenada esposa le dijo que lo esperaba despierto para hablar de la tradición no le hacía ninguna gracia.

¡¿Qué tradición?!

Le daba la sensación de que iba a querer matar a su padre después de esto.

Apuró el paso.

La lluvia que había engalanado la mañana y la tarde ya no estaba; si bien el cielo no resplandecía estrellado, se dejaban ver algunas estrellas esparcidas que indicaban que el día siguiente no sería tormentoso. Bah, y eso qué importaba, bastante tormentosa iba a ser su vida de aquí en adelante.

Estaba cansado.

Quería llegar.

Quería recostarse en su cama y conciliar el sueño.

Sonrió.

Sería imposible conciliar el sueño con Harmony en la habitación contigua.

La había soñado tantas veces...

Mañana sería otro día y podrían conversar como personas civilizadas.

Siempre estaba el divorcio, aunque sabía que no podía acceder al él sin renegar de su fe. Estaba en un aprieto. Primero lo primero, revocaría la cláusula. Ya tenía redactado los papeles y su abogado los presentaría esa misma semana. Y luego... le daría su libertad a Harmony. La amaba demasiado como para atarla a él, pero tendrían que convivir el tiempo que duraran los trámites.

Se detuvo delante de la puerta principal de Arundel House.

Le pareció imponente.

Para su asombro no se dejaba oír el más mínimo ruido.

Entró.

Al instante Walter lo asistió.

Devon miró con pena a su mayordomo, con lo ordenado y estricto que era, de seguro estaba sufriendo con la intromisión de esa gente. Se veía más cansado que de costumbre. Y por qué no un tanto nervioso.

—Dígale a Maximiliem que no necesitaré de sus servicios esta noche.

—Señor... —titubeó el mayordomo.

—Está pasando algo, ¿verdad?

—¡Devon! Muchacho. Por fin llegas —dijo Suffolk. El joven miró con resquemor al mayordomo que en ese momento adoptó una máscara inescrutable, pero el conde supo que algo no marchaba por los carriles que correspondían.

—Señor, quisiera hablar con usted antes de...

—Hijo, has tardado una eternidad. ¿Qué tanto tenías que hablar con Somerset? Acompáñanos, que tu noche de bodas te espera.

—Walter, ni bien termine de hablar con mi padre iré a resolver ese otro problema. —El mayordomo asintió.

Devon siguió a su padre y a Suffolk al estudio. Allí lo aguardaban cinco caballeros pertenecientes a ambas familias. Gentuza que él conocía muy bien, para su desgracia.

—Debemos hablarte de la tradición de la noche de bodas —comenzó su padre.

—A partir de hoy eres el dueño de Harmony —dijo su suegro.

—¿Dueño?

—Desde antaño los ducados se unieron...

—Ya conozco el cuentito. Al grano que estoy cansado. —La exasperación estaba socavando al joven conde.

—La unión marital de desvirgue siempre fue presenciada por los miembros más importantes de las familias en cuestión. —La cara de Devon le indicó a Suffolk que se explicara mejor—. A ver, muchacho. Debemos presenciar el coito para dar veracidad a la unión. —El joven miró con horror a su padre.

—¿Mi madre tuvo que pasar por esto?

—No. Yo me opuse. Puedes oponerte.

—Me opongo. ¿Es que están locos? Nadie. Absolutamente nadie entrará a mis aposentos. Ni hoy ni nunca. Que les quede claro. La estupidez de la cláusula muere hoy mismo. Me casé. Punto. No aprovechen la situación para exigir estupideces.

—Podría retarte a duelo por esto muchacho —lo increpó Suffolk.

—Si quiere morir al amanecer, réteme —sentenció Devon, sus ojos verdes relumbrando rabia.

—¿No dijiste que este hijo tuyo era más dócil que un gatito? —le recriminó Suffolk a Norfolk—. Pues yo creo que es un impertinente que no quiere cumplir con la tradición.

—No me interesa ninguna tradición. ¿Saben qué quiero? Que se larguen de mi casa. Estuvieron todo el día pavoneándose como si fuera de su propiedad y a mí no me gusta que se adjudiquen lo que es mío.

—Demasiado brío, muchacho; no te olvides de que tu rango es menor al mío.

—No se olvide de que yo también puedo retarlo a duelo. Le aconsejo, duque, que se abstenga de decirme qué hacer y qué no, o yo mismo lo sacaré de mi residencia. Es tarde y la noche está un tanto fría. Pueden dormir aquí, pero mañana mismo los quiero a todos fuera de mi casa. Sin excepciones. Todos.

Devon se dirigió hacia la puerta con clara intención de marcharse.

—¿A dónde cree que va? —preguntó furioso Suffolk.

—A dormir.

—No he terminado.

—Yo sí.

Sin molestarse en dar las buenas noches, salió de allí hacia las cocinas.

Buscó a su mayordomo, sin éxito; estaba dirimiendo una pelea entre dos jovencitos. Ya hablaría luego.

Siguió hacia su habitación.

Harmony estaría dormida.

¿Debía avisarle que ya estaba allí?

No.

En la mañana hablarían.

Se arrepintió.

Frente a la habitación de su esposa titubeó entre golpear o seguir. No se oían ruidos, ni siquiera el crepitar del fuego en la chimenea. Dormiría.

Mañana.

Suspiró.

Pensó en lo triste que sería su vida de ahora en adelante unido a la mujer que amaba, cuyo corazón le pertenecía a su hermano.

Entro en su habitación.

Cerró la puerta sin hacer ruido.

La chimenea ardía y los grandes ventanales revelaban una luna fría.

Se descalzó. Amaba sentir el frío del suelo.

Se quitó el abrigo.

Se aflojó el cuello de la camisa y la arremangó hasta los codos.

Se pasó ambas manos por el cabello despeinándolo por completo.

Se acercó a la puerta de comunicación que separaba y unía ambas habitaciones.

Apoyando sus manos en la imponente puerta de cedro, descansó el peso de su cuerpo.

La sentía tan cerca.

En un movimiento instintivo sus nudillos dieron un golpe sutil, casi inaudible, que tuvo una respuesta inmediata. Harmony abrió la puerta sin dilación y, esbelta delante de él, lo contempló como pocas veces lo había hecho: en su estado natural. Con la camisa blanca impoluta, descalzo, despeinado..., rubio; el sol reinaba en aquella cabeza portadora de esos ojos verdes. ¡Dios! Era un pecado verlo. Tan alto. Y sus antebrazos, sus manos...

—Yo..., yo... —Devon no se había dado cuenta de que había golpeado lo suficientemente fuerte como para que su esposa lo escuchara y, lo que era aún peor, le abriera en apenas segundos. Sorprendido y asustado, no podía articular palabras ni tampoco sabía bien qué decir.

—¿Me ayudas con el vestido?

—¿Yo?

—No tienes que hacerlo. Lo haré sola. —Harmony iba a cerrar la puerta cuando Devon se interpuso.

—Te ayudaré. Solo me has sorprendido.

Su esposo le tendió la mano y ella la cogió. La acercó a él y muy lentamente le dio la vuelta para comenzar con el proceso de desprender aquellos diminutos botones que iban desde la base

de su nuca hasta sus caderas.

Era una tortura en toda regla.

Inhalar su olor a rosas y limón.

Tenía su aroma perpetuado en sus sentidos. Podía sentirla a distancias inusitadas, pero ahora estaba ahí..., tan cerca. Tan real...

El sonido del roce de su piel con la tela del vestido se le antojaba melodioso, teñido de cadentes notas de lujuria velada. ¡Dios!

Continuó con estoicismo.

¡Malditos botones! Podía sentir cómo se empalmaba y todavía le faltaba la mitad del vestido. ¿Quién se tomaba el trabajo de tamaña empresa? Hubiese arrancado cada una de esas molestas cuentas con su navaja rasgando la tela en el proceso. Sin embargo, estaba allí, desprendiéndolos de a uno, dejando al descubierto la piel de su esposa, tan blanca y suave.

Tenía que resistir.

No podía tocarla.

Harmony, con los ojos cerrados, aguardaba que su esposo finalizara de abrir su vestido. Llevaba horas metida en él y lo único que quería era liberarse de ese antiguo y horrible envoltorio que quemaría al día siguiente. Sus hijos no vivirían el calvario al que la habían sometido por esa estúpida cláusula y sabía que Devon la desvincularía si hubiera modo de hacerlo. Se encontró pensando en las verdes praderas en las lindes de su hogar. Cualquier pensamiento era mejor a concentrarse en el calor que despedía la respiración de su esposo sobre su cuello. Sentir como sus manos manipulaban la tela sin rozarla siquiera era una tortura. ¡Y esos malditos botones no acababan más! Un calor devastador crecía en su interior. Sentía cómo el vientre le hormigueaba; inhalaba y exhalaba casi con brusquedad, intentando llevar aire a sus pulmones. Cuando creyó que se desvanecería de la necesidad, sintió como los dedos de él rozaban su columna dejando un surco de fuego.

Devon se sorprendió a sí mismo rozando la piel de su esposa. ¡Mierda! No podía ser más idiota. Su columna era perfecta. Tan suave. Sintió como el cuerpo de Harmony reaccionó a su tacto y el roce efímero se convirtió en un toque certero y abrazador cuando la joven descansó su espalda en la palma de su mano.

En un instante se encontraron de frente devorándose con las miradas. En el momento menos pensado, sus bocas se unieron y, cuando el beso puro se convirtió en un beso deseado, su esposa emitió un quejido y él alarmado por la posibilidad de haberle hecho daño retrocedió, concentrando todos sus sentidos en asistirla. Un hilo de sangre le surcaba el labio, vertiendo pequeñas gotas carmesí. Devon entendió al instante lo sucedido.

—Quién te ha golpeado.

—No es nada.

—¿Nada? —Su esposo le limpió con delicadeza y prontitud la herida—. A las claras esto es algo. Quién fue.

—Devon...

—Dime quién fue, Harmony. —Su tono era calmo, pero su ira crecía a pasos agigantados.

La decisión en los ojos verdes de su esposo no le permitía decir una palabra. Nunca había visto a Devon enojado, no de ese modo. La furia recorría sus rasgos. Había desaparecido el rostro afable y despreocupado que le daba una belleza única por este semblante aterrador que evidenciaba una cólera que solo calmaría al encontrar al culpable.

—Llamaré a tu doncella para...

—¡No!

Él le sostuvo la mirada, incrédulo.

Ella entreabrió sus labios, pero su esposo los acalló rozándolos con sus dedos.

Harmony comprendió que a su lado iba a estar segura. No sería feliz, pero estaría a salvo.

Devon pudo ver la necesidad de protección que la joven anhelaba; había visto ese miedo antes y fue él quien tuvo pavor de que la historia de su madre se estuviera repitiendo, no del mismo modo, obvio, pero sí con la misma violencia.

La abrazó.

Ella descansó su cabeza en su pecho.

Él acarició su cabello, la separó de su cuerpo y le besó la frente.

—Arrópate. Vendré en un momento.

—Devon...

—Descansa, preciosa.

Lo vio marcharse.

Sabía lo que iba a hacer.

Cerró con llave la puerta de su habitación y mantuvo la de comunicación abierta.

—Buenas noches, conde —saludó uno de los criados.

—Buenas noches, Patrick.

—Walter fue...

—¿Puedes buscarlo? Dile que lo espero en mi estudio. Que no tarde.

—Sí, señor.

Mientras el joven se dirigía a buscar a su mayordomo, él preparó café. Bien sabía que su cuerpo lo necesitaba. ¡Bendito brebaje!

Taza en mano se dirigió al estudio, tenía que acostumbrarse. Tantos años había sido el sitio de Robert que ahora se le antojaba desconocido.

Se detuvo a medio camino.

Tenía la impresión de que estaba viviendo la vida de su hermano: sus títulos, su casa, su estudio..., su prometida.

No.

Robert estaba casado por voluntad propia con quien había escogido. Él solo estaba viviendo lo que la aristocracia había preparado para su hermano y, como lo había rechazado, pues él era el segundo, el heredero, el que debía cargar con todo. Ahora todo era de él y él no quería nada, salvo a Harmony. Era lo único que quería en la vida.

Sonrió.

El destino se le reía en la cara. Tanto había anhelado una vida junto a la joven que su deseo se había cumplido. Podría verla todos los días, compartir las horas..., la vida; hacerle el amor si ella se lo permitía. Tenía clara consciencia que la presencia corporal de Harmony sería una constante, pero su espíritu y su amor no estarían con él.

La vida era una mierda.

Llegó al estudio al mismo tiempo en que Walter lo hacía.

Entraron en orden de prioridad.

—Señor.

—¿Quién fue?

—Su madre, lady Hutton.

—¡Maldita mujer! —miró a su mayordomo con autoridad—. Los quiero fuera mañana por la mañana. A todos.

—Sí, señor. ¿Les permito desayunar? —El conde asintió.

—Los quiero fuera antes del mediodía. Se lo he dicho hace un momento a Suffolk. Usted solo reafirme mi orden. Y avíseme cuando esta casa quede desinfectada. Mi padre incluido.

—El duque...

—No se preocupe, Walter, ya me encargo yo de mi padre. —El mayordomo asintió—. Tendré que ir a Somerset House temprano. Que la condesa desayune sola en el salón privado. Que nadie se le acerque. Póngale seguridad, los hermanos Svens estarán bien. Que no le pierdan pisada, estoy seguro de que querrán hacerle daño.

—Sí, señor.

—Y usted esté presente cuando sus familiares quieran despedirse de ella. Que lo hagan en el vestíbulo, antes de partir. Que nadie invada su privacidad.

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

—Si necesita algo... —Devon asintió—. Que descanse.

—Lo mismo.

Decidió quedarse un tiempo en soledad, pero comprendió que su esposa estaba sola y asustada. Sería prudente volver y no dejar que pensara que había matado a alguien. Desanduvo el camino que lo llevaba a sus aposentos.

Al llegar vio a Harmony caminando con impaciencia.

Se había quitado el vestido y envuelta en esa maravillosa tela nácar, cálida a los ojos, se veía aún más hermosa.

La prenda no era holgada, muy por el contrario, caía estrecha dejando desveladas las formas curvas de su cuerpo que deberían estar ocultas, pero que aquel género irreverente las traslucía sin piedad.

Al cerrar la puerta, la joven se percató de su presencia y casi corrió a su encuentro.

—¿Qué ha sucedido?

—Le he dicho a mi mayordomo que les comunique a todos que los quiero fuera de mi casa mañana temprano. No te quiero cerca de tus padres. No son buenas personas. Y si tu madre vuelve a ponerte una mano encima...

—Me tomó desprevenida. —Las lágrimas acudieron diligentes a sus ojos y se vertieron. Devon las enjugó con sus dedos.

—No llores, preciosa. Grítame. —Tomó su rostro entre sus manos—. Dime lo idiota que soy, como haces siempre, pero no llores. No dejaré que te hagan daño. —La abrazó.

El tiempo se licuó en ese abrazo protector.

Cuando la tensión hubo disminuido, él volvió a acunar su precioso rostro para enfatizar lo que iba a decir.

—No te dejes avasallar por nadie. Eres la condesa de Arundel, mi esposa. Tienes poder. ¡Úsalo! Que nadie te maltrate. ¡Enfréntalos! Y yo estaré allí para apoyarte. No dudes de mí. —La

joven lo miraba absorta, quería decirle la verdad. Necesitaba decirle la verdad—. Tienes carácter, Harmony. Me has puesto en mi sitio cada vez que nos hemos enfrentado, así que muestra esas agallas y sé tú misma. —Ella asintió—. Haremos una tregua. Nos llevaremos bien. Con respeto. Dejemos que el agua corra. Podemos ser amigos.

—¿Amigos?

—Tenemos que buscar la manera de llevarnos bien. Sé que no querías este matrimonio, me lo has dicho y te he ignorado. Igual creo que ha sido lo mejor. Te respetaré y te cuidaré. No tenemos que ser enemigos, solo dejemos que las cosas se vayan dando.

—Seremos amigos. —Él asintió.

—Tu doncella...

—No la quiero cerca.

—Me lo imaginé. Mañana mismo se marchará con tus padres. Ahora descansa.

—No quiero estar sola.

—Duerme en mi cama. —La joven lo miró con los ojos como platos y la boca entreabierta—. Sola, preciosa. Yo dormiré en aquel sillón que es muy cómodo. Igual me levantaré antes que tú, debo ir a lo de mi primo temprano.

—¿Cómo está Francesca?

—Lleva dormida todo el día y dormirá la noche también. John y Megan la están cuidando.

—Tu hermana es admirable.

—Ya lo creo.

—Me gustaría ver a Francesca cuando se pueda.

—Cuenta con ello. Ni bien esté repuesta y pueda recibir visitas, te avisaré.

—Gracias.

—Duerme, Harmony. —Le dio un beso en la frente—. Mañana será otro día.

—Buenas noches, esposo.

—Buenas noches, preciosa.

Mientras Harmony se acostaba en el centro de la cama, Devon se arrellanaba en el sillón cerca de la chimenea. Su cerebro trataba de asimilar todos los desbarajustes de ese día.

Problemas.

Habría muchos problemas.

Ella había entrado en su vida como un torbellino.

Todo su interior estaba patas arriba.

Tan cerca y tan lejos.

Así estaban...

Alejados físicamente.

Separados.

Cada uno pensando cómo sería descansar en los brazos del otro.

Se abrazaron con el pensamiento y pudieron encontrar la paz en el sueño.

Capítulo VI

El día después

Saber que Jessica estaba viva era una cosa, pero verla era otra. Qué bríos tenía esa mujer. Toda una guerrera. Se alegraba por ella, había que sobrevivir a este mundo regido por hombres y seguir adelante, no ilesa pero sí fortalecida; todo un logro. Y ese maldito de Berkeley. Pobre Francesca, Dios le permitiera conservar al bebé, aunque, teniendo en cuenta las lesiones, iba a ser difícil. A su primo se lo llevaban los demonios, tuvieron que refrenarlo entre todos para que no matara al malnacido. Ahora ya estaba. Esperaba que la joven se recuperara con salud. A ver cómo le decía a Harmony lo sucedido sin que quisiera salir corriendo a verla.

—Walter, ¿ya se fueron?

—Buenos días, señor. Se niegan a irse. Su padre revocó mi cordial invitación a abandonar la casa. Y la bruja..., la duquesa de Suffolk me propinó una bofetada por insultarla.

—¿La insultó?

—Ella consideró un insulto pedirle que se fuera.

—Muy bien. Dígales a los hermanos McGregor que vengan. Los espero en mi estudio.

—Sí, señor.

—Walter.

—Señor.

—La señora Harmony...

—Ya desayunó en su habitación. Su madre estuvo aporreando la puerta y gritando como una tabernera porque la condesa no quiso abrirle. Hasta arreó la puerta con un palo de amasar que buscó en la cocina.

—¿Es que esa mujer está loca?

—Le pedía a gritos que le entregara la sábana manchada de sangre. —Devon lo miró con horror y sorpresa a la vez.

—¡Loca de remate! Bien. Busque a los hermanos McGregor y que me esperen en el estudio. Iré con mi esposa. Ah, me olvidaba, debe contratar una doncella adecuada para la condesa. La que tiene también se marchará hoy.

—Perfecto.

Mientras el mayordomo salía diligente hacia las caballerizas, rumiando la inminente partida de esa indeseable gentuza, Devon se dirigía, escaleras arriba, a sus aposentos.

Golpeó la puerta con sutileza.

—Soy yo, Devon.

Harmony, que se encontraba leyendo cerca de la ventana, se incorporó y corrió hacia la puerta. Apoyando sus manos en aquella monstruosidad de madera tallada, susurró:

—¿Cómo sé que eres tú?

—Porque soy yo.

—No puedo verte.

—Te besé en tu primera temporada.

—Vale.

La joven abrió y su esposo entró, quedando casi pegado al cuerpo de la muchacha, que no hizo el menor esfuerzo en moverse para facilitarle el paso.

Cerró la puerta.

Se miraron en silencio.

—No reconociste mi voz.

—Claro que sí, solo quería molestarte. —Le sonrió.

Devon bajó su boca y besó la de ella, que la abrió ni bien sentir los labios del esposo. Fue un beso sorpresivo para ambos y, por qué no, deseado. Fue él quien rompió el idilio y, tomando distancia, decidió que ese era el momento oportuno para contarle lo acontecido.

—Temprano fui a Somerset House, como bien te había dicho anoche. —La joven asintió—. Apareció de repente la esposa de Andrew, esa que todos creíamos muerta.

El asombro de Harmony le causó gracia, seguro la misma cara había puesto él cuando se había enterado. Le narró al detalle la situación, incluido el atentado contra la vida de Francesca.

—¡Dios mío! ¿Estás seguro de que está bien?

—John extrajo la bala. Limpió la herida. No alteró zonas vitales. Sí hizo daño, pero no mortal. Igual está la posibilidad latente de que pierda el bebé. Su cuerpo decidirá si lo retiene o no.

—Pobre Fran, estaba tan feliz con su hijo.

—¿Tú sabías que estaba en estado? Porque Andrew no.

—Ustedes nunca se dan cuenta de nada. Está de cuatro meses, hasta un ciego se hubiera dado cuenta, pero tu primo estaba muy entretenido con su esposa muerta.

—Han cotilleado bastante ustedes, ¿no?

—Estábamos las dos solas, con alguien teníamos que hablar.

—Walter me dijo que tu madre estuvo molestándote toda la mañana. Saldrás conmigo a echarla.

—¿Yo?

—Eres la condesa, ¿no?

Un golpe a la puerta llamó la atención de ambos. Devon fue quien abrió. Una muchacha alta y esbelta, tanto como Harmony, hizo la debida reverencia presentándose como Blair. Era rubia, incluso más que la condesa, casi blanca; la tez bien clara y lozana: una muñeca; era, en efecto, preciosa. Y lo sabía.

—Me ha mandado Walter, señor. Dijo que su gracia precisaba de mis servicios. —El conde entrecerró los ojos no entendiendo la situación—. Dijo que precisaba una doncella.

—Pasa.

La joven se adentró en la habitación, miró a Harmony sin presentar los debidos respetos.

—La condesa necesita de tu ayuda. Serás su doncella el tiempo que ella decida. De ahora en más solo le obedecerás a tu señora.

—Sí, señor.

—Perfecto. Empieza por saludar como corresponde, porque te has posicionado delante de tu señora y la has ignorado. Si quieres conservar el trabajo, guarda las formas. De ella depende tu puesto. ¿Has entendido?

—Sí, señor. Condesa —dijo la muchacha haciendo una reverencia.

Devon, un tanto disgustado, le habló a Harmony.

—Te espero en mi estudio en...

—Media hora estará bien.

—Perfecto, preciosa.

Se acercó y depositó un pequeño beso en sus labios.

Se marchó.

—Encantada de conocerte, Blair. Ven, iremos a mis aposentos.

Atravesando la puerta de comunicación, le mostró cómo estaban dispuestas sus posesiones: ropa, zapatillas y demás accesorios.

Le explicó los horarios y la prudencia con la que debía conducirse.

—Siempre entrarás a esta habitación cuando yo lo requiera. Si te llamo y no estoy, me esperas o golpeas la puerta de comunicación.

—Sí, señora.

—¿Cuántos años tienes, Blair?

—Veintiuno, señora. En tres meses cumplo los veintidós.

—¿Hace mucho que trabajas para el conde?

—Mi madre es la cocinera. Nací aquí.

—Entonces, conoces la casa de derecho y de revés, ¿verdad? —La joven asintió—. Perfecto. En estos días me la mostrarás. Ahora empecemos porque llegaré tarde con mi esposo.

—Perdone la indiscreción, pero ¿qué se siente ser obligada a atarse a un hombre que la desprecia? —Harmony levantó la vista hacia los preciosos ojos de la muchacha y la palidez que evidenció su rostro gratificó el talante de Blair.

—¿Por qué dices eso?

—Este matrimonio fue concertado, ¿no? La han obligado a casarse.

—Como a casi todas las mujeres de Inglaterra.

—Es verdad. Espero que todo vaya bien y no sufra demasiado.

—¿Por estar atrapada en un matrimonio que no deseo?

—Por eso y por ser despreciada por su esposo. Viviendo en la casa, he escuchado muchas cosas, entre ellas, al señor Devon despotricar contra usted luego de algún baile o alguna cena. Ni le cuento el día que se enteró que debía desposarla, se emborrachó y me hizo el amor como un loco. Cuando se enoja es todo un semental, no debe de haber en el reino un amante más generoso y posesivo a la vez. Ya lo descubrirá. Porque tendrá que tocarla si quiere herederos, a pesar de aborrecerla, ¿no?

Harmony empezó a temblar por dentro. No sabía si era rabia o dolor. ¿Es que la mala suerte la perseguía o ella era una desgracia andante? Sabía que no debía responder a esa pulla deliberada. Se armó de valor y organizando sus pensamientos continuó:

—Ven. Anúdame el vestido y recógeme el cabello.

—Sí, señora.

—Quiero a toda esa gente fuera de Arundel House desde este mismo instante —ordenó Devon a los McGregor—. Walter supervisará el desalojo de las habitaciones y ustedes cargarán esas pertenencias en los carruajes pertinentes. No se dejen intimidar. No se detengan. Yo lo ordeno.

—Sí, señor.

—Muy bien. ¡A desinfectar la casa!

Sucedió que Gretel Hutton montó el espectáculo por no permitirle acompañar a su hija la semana que ella tenía prevista. Se sintió insultada por el conde de Arundel. Humillada. Se fue a su residencia en Londres sin siquiera despedirse, pero no sin antes degradar a la servidumbre verbalmente. Por su parte, el duque de Suffolk se fue sin demora ni quejas. Era visible que al hombre le preocupaban otros temas. Claro que, antes de partir, habló con Devon para dejarle claro que esperaba su ayuda incondicional en temas económicos y que la reunión concertada para mediados de enero iba a tener que adelantarse porque él partiría al noreste en un mes. Un tanto incómodo y hastiado, el conde le dio su palabra de enviar a su abogado la semana entrante para ajustar detalles sobre la reunión.

Harmony ni se molestó en bajar a despedirlos.

Observó desde la ventana. Lugar perfecto para ver sin ser vista. Obvio que se equivocaba, sus preciosos ojos ámbar se cruzaron con la mirada amenazante de su madre, que presagiaba una represalia por la conducta de su hija. Tuvo miedo. No sabía por dónde podía salir Gretel Hutton. Su padre era malo, pero ella era peor.

Los vio alejarse.

Su nueva vida comenzaba.

Sin Eloise.

Con Devon.

Qué ironía del destino.

—No bajaste.

—No.

—Hubiese sido entretenido ver la cara de tu madre mientras le decías que se fuera.

—No quiero entretenerte, Devon. Quiero vivir tranquila.

—Y vivir tranquila implica...

—Que no me molestes. —El joven se sorprendió ante el cambio de actitud de su esposa. Había estado receptiva horas antes y en ese preciso momento era la bruja de siempre. Lo dejó estar, tal vez la partida de sus padres eclosionó su carácter.

—Claro. Debemos definir las cuestiones básicas, y cada uno a su vida.

—¿Cuestiones básicas?

—Está claro que no nos llevamos bien, pero tenemos que soportarnos, ¿no? —La joven asintió—. Pues eso, acordar una serie de reglas para que nuestro trato en público sea el de un matrimonio consolidado. No olvides que la consumación del matrimonio es fundamental para que el enlace permanezca. Sin manchita roja en las sábanas no hay matrimonio. Incluso pueden pedir la nulidad, quien se crea interesado en hacerlo.

—Dijiste que seríamos amigos.

—No te estoy diciendo que voy a tocarte, Harmony, sino que mantengamos una fachada creíble fuera de esta casa. ¿Puede ser? No voy a obligarte a nada. No consumaremos el matrimonio si tú no quieres. Y ni se te ocurra pensar en que puedo ultrajarte. Conmigo estás segura. —La joven asintió—. ¡Deja de asentir, podrías hablar!

—Me guardo las palabras para cuando sean necesarias. —Devon sonrió.

El conde se acercó con cautela.

Ella no lo detuvo.

Él miró sus manos antes de rozar con sus dedos los de ella.

Al levantar la vista y verla con los ojos cerrados disfrutando de ese mínimo contacto, le besó la punta de la nariz.

Harmony abrió muy despacio sus preciosos ojos ámbar y en un arrebato, inclinándose hacia él, besó sus labios. Fue un beso suave y caliente, pero que de inocente no tuvo nada. Se besaron con las lenguas y las manos, porque de ninguna manera los cuerpos de ambos se mostraron impasibles, muy por el contrario, se apretaron queriendo fundirse.

Desesperados.

Si había alguna manera de definir ese arrebato era, con exactitud, esa sensación. Un sentimiento de necesidad crecía en ambos corazones y, cada uno por su lado, reconoció para sí mismo que necesitaba del otro para vivir una vida plena, pero ninguno dijo nada. Refrenaron las ansias de unión porque el fantasma de la duda sobrevolaba. Siempre estaría presente el desprecio que ella creía que él sentía por ella y el amor que él creía que ella sentía por su hermano. No eran sinceros. Cada uno, con su verdad a medias, se alejaba y con esa actitud alejaban lo bonito que podía nacer de dos almas que se atraían irremediablemente.

Devon rompió el beso.

Harmony lo interpretó como hastío.

Él estaba asustado, si tan fácil sucumbía a ella, sería muy difícil ignorarla. Iba a ser un matrimonio doloroso, y en ese preciso momento supo que no iban a llevarse bien. No con tanta tensión sexual sin resolver.

—Saldré

—¿Irás a ver a Francesca? —El conde asintió—. ¿Vendrás a dormir?

—No preguntes si no va a gustarte la respuesta.

—No irás a un prostíbulo, ¿verdad?

—¿Por qué iría a un prostíbulo?!

—Si no te acuestas conmigo es obvio que lo harás con otras, ¿no?

—Dijimos que seríamos amigos. Los amigos no comparten cama y yo necesito sexo. No te lo pido, ni te lo pediré, pero iré a buscarlo donde sé que me lo darán. —El rostro de Harmony cambió el semblante y él se dio cuenta—. Vendré a cenar. Solo iré a ver cómo va todo en lo de Andrew.

Así pasaron los tres primeros días casaderos.

Ella conociendo y organizando la casa bajo las específicas recomendaciones del mayordomo, quien le enseñó todos los recovecos, incluso le prometió cambiar a la doncella en cuanto terminara de entrevistar a un par de jóvenes que había encargado para el puesto. La condesa entendió que Walter sabía de los amoríos de su esposo con Blair y sintió pena por sí misma. Que la compadeciera era horrible.

No sabía cuánto tiempo iba a aguantar la situación.

Había sido un día agotador. Si bien Devon había compartido el almuerzo con ella, no así la cena; ni hablar de la cama. Muy en sus adentros Harmony esperaba que él le pidiera compartir lecho. Le gustaba besarlo, sentir sus manos en su cuerpo, pero de ahí a pedirle que le hiciera el amor, podía caerse muerto que ni loca se lo diría. Saber que no estaba en la casa, que podía estar

con otras mujeres, la entristecía. Esa era la razón por la que no quería contraer matrimonio con él. ¡Por eso no quería casarse! Tener que vivir con él sabiendo que no la quería y buscando en otro lado lo que ella quería darle la atormentaba. Era verdad que la asustaba la intimidad, en especial con Devon, pero ella nunca le había dicho que no quería consumir el matrimonio, él lo había dado por hecho. ¿Tanto la aborrecía? Podían no quererse, pero... Tal vez debía tener amantes ella también. Siempre escuchó decir a las viejas urracas, cada vez que se reunían con su madre, que los amantes sí que sabían hacer gozar a una, no como los peleles de maridos que tenían, que no sabían ni lo que era el placer. Ella siempre había pensado que el problema eran esas viejas, que al mirar sus caras de amargadas se le iba el placer a cualquiera. ¿Será que ella ya era una de esas urracas? Tendría que descubrir el placer en brazos de otros, porque era obvio que Devon estaba lejos de proporcionárselo. Tendría que hablar con alguien que la instruyera. ¿¡Quién!? No tenía amigas y la mitad de las mujeres de Londres no la soportaban porque se había ganado a pulso el mote de niñata odiosa y caprichosa.

Se había cansado de mirar el techo mientras pensaba.

Se sentó en la cama.

La luz de la luna se colaba por la ventana.

No oía ruidos en la habitación de su esposo.

Suspiró.

Mejor iría a la cocina por leche.

El insomnio había ganado la partida y pegar ojo le era imposible.

De camino pensó en el piano y paladeó la posibilidad de blandir sus teclas a pesar de la hora, es que la música la elevaba y gratificaba su alma. Le daba calma. Sería un buen remanso y un buen aliado del sueño porque la tranquilizaría. Cambió el rumbo y a paso firme se dirigió a la antigua habitación de su esposo. Dos habitaciones antes de llegar, escuchó susurros. Desbocada como estaba, no refrenó su curiosidad y, al asomarse con total discreción, vio a Devon muy apretujado con alguien más. Necesitaba ver el rostro de la muchacha y el alivio la envolvió cuando reparó en que no era su doncella. Cerró sin hacer el menor de los ruidos y se marchó.

No fue por la leche a las cocinas.

Tenía el estómago cerrado, la cabeza retumbando, el cuerpo temblando y el corazón partido. Sabía que esto era así, pero no podía evitar que le doliera. ¡Mierda!

Llegó a su habitación y se deshizo en lágrimas.

No iba a vivir así.

No quería vivir así.

No con él.

No pudo evitar que las lágrimas aparecieran. ¡Dios! Estaba harta de llorar. De cualquier hombre lo hubiese soportado, pero no de él.

De él no.

Necesitaba a Eloise; que la abrazara y que le dijera que todo estaría bien.

No quería vivir sin ella.

Debía decirle la verdad a Devon, estaba segura de que no se opondría a ayudarla. Si estaba condenada a ser su amiga y soportar a sus amantes, sería grato que Eloise estuviera con ella.

Una amistad... Se miró al espejo y la sonrisa irónica que surcó su rostro le dejó claro que nunca encontraría paz. Su pensamiento se perdió en su mundo. Sentada en la silla de frente al espejo, se perdió en su propia mirada sin ver realmente su interior. Estaba perdida. Rota.

El tiempo la envolvió y no supo a ciencia cierta cuándo decidió acostarse.

No pudo conciliar el sueño.

El cielo comenzó a clarear. Mostraba tintes anaranjados que evidenciaban la proximidad del sol.

Se arropó en el centro de la cama.

Estaba intentando centrar el pensamiento en algo agradable cuando sintió que la puerta de comunicación se abría.

No se movió. Su cerebro le dictaba repetidamente «estás dormida, estás dormida».

La puerta se cerró.

Suspiró.

Un golpe la alertó. ¿Se habría caído? De nuevo el golpe. Y otra vez. Iba a levantarse cuando el silencio reinó. Bien. O se había muerto o ya se había descargado a gusto. Se decantó por lo segundo. Intentaría dormir, aunque fuera un poco.

Del otro lado, Devon tenía la adrenalina corriendo por el cuerpo. Los tres puñetazos que le había propinado a la pared con la simple necesidad de descargar le habían dejado los nudillos sangrantes. ¡Qué importaba! Había estado a nada de serle infiel a su esposa. ¡Dios! No sabía cómo manejar la situación. Debía ser claro con Harmony.

Verla dormir, como un ángel, lo llenó de remordimientos. Él no podía traicionarla. No podía traicionarse a sí mismo buscando en otra lo que necesitaba de su esposa. Debía llegar a un acuerdo con ella. ¿Y si John tenía razón? ¿Y si, tal vez, pudiera enamorarla? ¿Qué tan prendada estaba de su hermano? No era tonta, sabía que a Robert no podría obtenerlo de ninguna forma posible. Solo estaba él.

Se desmadejó en el centro de la cama pensando en lo injusta que era la vida al ponerle en sus manos a la mujer que amaba sin tener la menor oportunidad de poder demostrarle su amor.

Amigos.

Que Dios lo perdonara, pero iba a ser misión imposible mantener una amistad con ella, cuando solo quería amarla.

Capítulo VII

8 de octubre

—Buenos días, esposa.

Devon se adentró en el comedor con un semblante que dejaba ver la mala noche que había pasado. Sentarse a desayunar con Harmony no ayudaba en nada a su humor mañanero. Si por él fuera, le haría el amor ni bien despertar, pero ahí estaban en una relación de amigos, que de amistad no tenía nada. Llevaban cuatro días de casados y la tregua que habían acordado cada vez se hacía más difícil de mantener, pues las pullas eran solapadas y continuas.

—Buenos días, esposo. —El tono de Harmony evidenciaba hastío y enojo. Eso lo alertó. Ella siempre mantenía su buen talante a la hora de pelearse.

—¿Has dormido bien? —preguntó él, casi con miedo.

—Como un bebé.

—Hay bebés que no duermen bien.

—Pues yo he dormido bien. —Su tono era firme y su voz pausada.

—No parece; tienes unas leves ojeras.

—Las tuyas son de cuento.

—No he dormido bien.

—O no has dormido nada. ¿Has estado muy ocupado anoche, esposo?

—No tanto. —Harmony enarcó una ceja esperando la siguiente frase—. El Brooks estaba lleno y Richard se enzarzó en una pelea innecesaria; tuve que intervenir.

—Por eso tu mano derecha está lastimada.

Él asintió y ella lo descubrió en su primera mentira de casados. «Ahora seguirán las demás», pensó la joven imposibilitada de no continuar con la pulla maliciosa que estaban comenzando.

—¿Llegaste tarde?

—¿Es un interrogatorio?

—Claro que no, es solo por hablar de algo. Somos amigos.

—Somos amigos —dijo él asintiendo a la vez.

—¿Te estás arrepintiendo de brindarme tu amistad?

—¿¡Qué sucede!? Te conozco lo suficiente como para darme cuenta de que estás molesta por algo. Dímelo y lo solucionaremos.

—Ya que insistes, me gustaría que no mintieras. Sería bueno no mentirnos.

—¿A qué te refieres?

—A tus nudillos. No te los lastimaste en el Brooks. —Él la miró asombrado—. Por cierto, nuestra luna de miel...

—No la necesitas. —La interrumpió sin educación—. Somos amigos; los amigos no se van de luna de miel. —Vio en los ojos de su esposa la decepción y no supo qué decir—. A media mañana iremos a Somerset House.

—Como bien te dije ayer, prefiero quedarme.

—Es la boda de mi primo. Creí que te llevabas bien con Francesca.

—Me llevo bien con ella, solo que el resto no me soporta. ¿Qué voy a hacer entre gente que me mira como si fuera una villana sin escrúpulos?

—Me pregunto por qué será. —La joven lo miró dolida—. Hasta me sorprende que te preocupe. Siempre creí que ser remilgada y odiosa te encantaba. —Miró a su esposa, que en ese momento inclinó la cabeza hacia abajo—. Vendrás conmigo, Harmony, te corresponde como condesa de Arundel. Si no toleras las miradas y los comentarios negativos hacia tu persona, qué bien merecidos los tienes, pues te armas de paciencia. Es mi familia y deberás aprender a convivir con ellos.

—¿Vas a obligarme?

—Es tu responsabilidad. ¡Crece! —gritó golpeando la mesa con una de sus manos—. Y deja de ser tan consentida y malcriada.

—¿Consentida y malcriada?

—Consentida, malcriada y viperina. ¿Acaso vas a negar la cizaña que sembraste para separar a Robert de Victoria? Hazte cargo de tu comportamiento.

—Yo no quería separar a nadie. Me obligaban a casarme con él igual que me han obligado a casarme contigo.

—Eso lo sé mejor que nadie. ¿Acaso crees que yo quería esta boda?

—¡Perfecto! Ya que ninguno de los dos quería esta boda, me das pie para decirte que necesito un amante. Mi cuerpo precisa erradicar la adrenalina que carga durante el día por tener que soportarte a ti.

Si le hubieran dicho a Devon que Londres ardía bajo el fuego francés y que de ahora en adelante no serían un reino libre, sino una provincia normanda, no le hubiera resultado tan terrible, ni lo hubiera dejado más descolocado que eso que su esposa le estaba comunicando. Un amante.

A Harmony le hizo gracia la contorsión del rostro de su esposo. Casi que le dio lástima sus ojitos verdes de cordero degollado.

Devon se puso en pie. Desconcertado y furioso miró a la servidumbre que estaba en el comedor, según correspondía a las reglas de la etiqueta, y les ordenó salir. Era una discusión que debían mantener a solas. Sin moverse de su sitio, le habló a su esposa.

—¿Qué has dicho?

—Que tengo derecho a descubrir las artes de las relaciones conyugales. Y, ya que hemos decidido ser amigos, nadie mejor que tú para que me instruyas en la búsqueda. —La cara de pasmo de Devon iba en aumento. Imaginaba cómo su cerebro sopesaba la eventual respuesta sin poder encontrarla. Raro en él, que siempre era muy sagaz cuando de responderle a ella se trataba—. No pretenderás que me vaya intacta a la tumba, ¿no? Quiero, ¡exijo un amante!

—No puedes tener un amante.

Harmony también se puso en pie. Ni loca discutía con ese cavernícola en inferioridad de condiciones. Cada uno en la cabecera de la mesa. Mesa larga, que se extendía como un mar de

madera que los separaba y los protegía a la vez.

—¿Por qué? ¿Acaso tú no las tienes?

—Es distinto.

—Ilústreme. Porque, que yo sepa, las mujeres casadas ya están habilitadas para tener amoríos. ¿No eras tú el que coqueteaba con la marquesa de Exeter la temporada pasada? Las malas lenguas aseguraban que el recién estrenado marqués tenía una pomposa cornamenta gracias a ti. Incluso, Abigail dejó caer entre las matronas que tú eras su amante. ¿Cómo explicas eso?

—No tengo nada que explicarte porque en ese entonces tú y yo no éramos nada.

—Exacto. Pero anoche, tú y yo ya éramos esposos, ¿no? —Él asintió casi con miedo—. Entonces, podrás explicarme qué hacía una de tus *amantes* contigo —remarcó dicha palabra con una serenidad espeluznante— en la habitación contigua a la del piano. —Lo miró con rabia—. Creo que eso sí podrás explicarlo, ¿verdad? —Devon estaba atónito, solo atinó a balbucear—. Siempre has sido idiota, pero ahora te estás esmerando.

—Harmony, con mi vida hago lo que quiero. Soy un hombre y necesito sexo dos o tres veces al día.

—¿Y es necesario meter a tus amantes en la casa?

—Si quisiera que vivieran aquí no deberías oponerte. Tú no cumples con tus obligaciones maritales y tampoco te las exijo. Ya te he dicho que no voy a obligarte a nada, pero a la vista está que no nos llevamos bien, así que si necesito sexo sería estupendo no tener que recorrer Londres para obtenerlo.

—¿Me estás diciendo que tus amantes vivirán con nosotros?

—Es una posibilidad. Aún lo estoy pensando. —La palidez de su esposa, provocada por sus palabras, lo irritó consigo mismo y se consideró un soez en toda regla. Odiaba pelear con ella, pero era inevitable—. No pasó nada anoche con esa muchacha. Solo...

Devon se sentía incómodo al dar explicaciones, no por las explicaciones en sí, sino porque no sabía cómo decirle a la mujer que amaba que solo pensaba en ella y que le era imposible tocar a otra persona.

—No es solo ella, Devon. ¿Creías que no iba a darme cuenta de que la doncella que has elegido para mí es una de tus queridas? ¿Sabes lo que sentí cuando me lo arrojó en la cara? —Su esposo palideció. Eso no se lo esperaba—. Por lo menos podrías guardar las formas. —Lágrimas de impotencia escaparon de los ojos de la joven—. Cómo crees que me sentí cuando me dijo lo bien que follabas. ¡Fue humillante!

—Yo solo le pedí a Walter que buscara a alguien adecuado y ella era la única. Mañana mismo va a entrevistar a otras jóvenes. Blair no va a quedarse contigo. Siento por lo que has pasado.

—Esta conversación no tiene sentido.

—Harmony...

—Hoy mismo prepararé el equipaje y mañana partiré a Suffolk. Acá se terminó nuestra tregua. Menudo amigo resultaste, que me eres infiel bajo el mismo techo. —La joven se encaminó hacia la puerta dando por terminada la discusión.

—Tú no vas a ningún lado. Eres mi esposa. —Se detuvo y volteó.

—Dijiste que no me obligarías a nada. ¿Ahora no tienes palabra?

—Claro que tengo palabra, pero no irás a ese nido de culebras. No te dejaré ir a Suffolk. ¿Quieres irte de Londres? Perfecto. Irás a Arundel.

Devon no vio venir el jarrón y solo cuando lo sintió partirse en su cabeza reparó en que su esposa le había lanzado con algo dándole de lleno en la frente. Se tambaleó y cayó de lado.

Girándose, quedó boca arriba con la sangre manándole a borbotones. El susto de Harmony fue genuino. Corrió a su lado.

—¡Devon! ¡Dios! —Lo palmeó varias veces hasta que el joven volvió en sí. Con los ojos cerrados y la respiración entrecortada, gruñó. Ella, acuclillada a su lado, le acariciaba el rostro—. Devon, mírame.

El pedido de la joven fue suave y sentido. Emulaba una súplica. Él abrió los ojos y se vio reflejado en aquella mirada húmeda. Se incorporó hasta quedar sentado y barrió con su pulgar unas cuantas lágrimas.

—Lo siento. No te arrojaré nunca más nada.

—Yo lo siento, preciosa. —Le tomó las manos—. Siento lo de Blair y lo de anoche también. No te fui infiel. Lo juro.

—Ven. Déjame ayudarte. Te curaré la herida.

—No es necesario.

—Claro que lo es. —Ella lo tomó de uno de sus brazos como si estuviera imposibilitado de caminar.

—Harmony, me has golpeado en la cabeza. Puedo caminar.

—Puedes marearte y volver a caer.

—Créeme que, de caerte, te irías conmigo. No tienes la fuerza para soportar mi peso.

—Pues nos caeremos juntos.

No supo por qué, pero que ella le haya dicho eso le llenó el alma. Se le antojó pensar en su esposa acompañándolo así toda la vida. Esa fue la gota que colmó el vaso de su decisión y se juró luchar por su amor a pesar de estar furioso, no solo por el golpe, sino por el pedido que le había hecho.

Por su parte, Harmony interpretó el mohín de enojo como un gesto deliberado hacia ella. Y conjeturó que, hiciera lo que hiciera, él nunca estaría conforme con ella. Simplemente, no se soportaban y tenían que aprender a vivir con eso.



Luego de las curaciones pertinentes, cada uno por su lado, se ataviaron para asistir a Somerset House. Francesca ya estaba repuesta, aunque convaleciente, y la urgencia que tenía el duque de celebrar la unión entre ambos no le dio margen a la joven de negarse a los esponsales. Ese era el día en que contraerían matrimonio y se plantarían de cara a la sociedad como el duque y la duquesa de Somerset.

La ceremonia se realizaría en la misma casa londinense y en presencia de familiares. Iba a ser breve, ya que John les había recomendado a ambos no exceder el tiempo de jolgorio en virtud de que la joven duquesa debía hacer reposo. Otro día se dedicarían a los festejos. En esos momentos, era crucial que Francesca cuidara de su salud, no solo para salvaguardar al bebé que crecía en su vientre, sino para augurarse una pronta recuperación a sí misma.

El silencio reinaba en la sala de té.

Devon estaba con Robert en el estudio.

Alice y Rose, muy ocupadas con los arreglos para la ceremonia, iban y venían, mientras que Roual ponía en contexto al sacerdote que había arribado a la residencia hacía pocos minutos.

Sentadas formando un triángulo estaban Victoria, Megan y Harmony.

El escenario, por sí solo, se antojaba bucólico y un tanto ilógico. Harmony, que había sido la prometida de Robert, sentada a la par de la esposa de este y recién casada con el menor de los hermanos Evans, no sabía qué pintaba allí. Claro que ella estaba preocupada por Francesca, pero estar con esas dos mujeres que no podían ni verla la estaba llevando al borde de la locura. No podía pensar con claridad. Le sudaban las manos, le picaba el cuerpo. Cada vez que se ponía nerviosa, una comezón infernal la abrazaba de pies a cabeza. La incomodidad la atacaba por todos los flancos.

Necesitaba tomar aire.

Necesitaba paz.

Necesitaba llorar sin que le dijeran que dejara de llorar.

La vida era una mierda.

—Condesa, la duquesa solicita su presencia en sus aposentos.

Las mujeres se miraron entre ellas como evaluando quién llamaba a quién. Ante la turbación generalizada, el sirviente se explicó.

—La actual duquesa de Somerset, lady Francesca, solicita la presencia de la condesa de Arundel en sus aposentos. Si lady Harmony gustara acompañarme, le mostraré el camino.

—¡Oh! Claro. Permiso. —Con una inclinación de cabeza se retiró.

La joven golpeó la puerta.

—Siga.

—Duquesa. —La reverencia de Harmony descolocó a Francesca.

—¿A qué viene tanto teatro?

—El duque aseveró que eres su esposa y que todos deben reverenciarte como su duquesa. La verdad es que me confundo entre ti y su madre cuando hablan los sirvientes. —Francesca sonrió encantada de ver a su amiga.

—Ven, Harmony. Siéntate a mi lado. Se ha celebrado tu matrimonio. —La joven asintió.

—Devon obligó al sacerdote a continuar con la ceremonia mientras tú corrías. Luego fue todo tan... No sé. Una locura. Llevamos cuatro días de casados y casi nos matamos esta mañana. La convivencia es horrible. No nos soportamos.

—¿Qué sucedió?

—Hoy me dijo que si no cumplía con mis obligaciones como esposa traería a una de sus amantes a vivir a la casa, que él era un hombre que necesitaba tener sexo dos o tres veces al día.

—Mierda con los Evans. ¿Qué le respondiste?

—Le tiré con un jarrón. Le di de lleno en la cabeza. Lo desmayé y le partí la ceja izquierda. —Francesca la miraba con la boca abierta y los ojos como platos—. No puede decirme eso y esperar que no haga nada. Está hecho una furia.

—¿Y qué le ha dicho a los demás?

—Que le ha pegado el caballo. —Su amiga rompió en carcajadas.

—Se lo merece por tratarte así. Es un idiota. Voy a observarlo con detenimiento. Incluso pueden ir a pasar una temporada a Somerset. Allí tal vez se entiendan.

—Quiere irse a Arundel.

—¿Y la luna de miel?

—Dice que no la necesito. —Fran puso los ojos en blanco.

—Ya te ayudaré yo con ese esposo tuyo, que es un desastre. Ahora llama a mi doncella, por favor. Tengo que vestirme para la ceremonia. Megan y Victoria me ayudarán también. Quédate con nosotras.

—No podría. Me miran como si fuera un bicho raro. No quiero que estén incómodas. Tú arréglate tranquila que yo te esperaré abajo.

—Dame un abrazo.

—Medio abrazo.

La ceremonia fue amena. Si bien todos disfrutaron de la buena nueva, los condes de Arundel se notaban distantes y extremadamente formales en el trato. No solo Harmony se sentía sapo de otro pozo, sino que Victoria no sabía bien qué hacer cuando tenían que hablarse; incluso Megan, que era muy sociable, se quedaba sin palabras y respondía con monosílabos cuando la joven condesa estaba a su lado. Sentirse despreciada era poco. Una congoja y una desolación crecieron en su alma. Se sentía sola y odiada. Sonrió para sí misma. No tenía que sorprenderse, siempre había sabido que sus acciones se volverían contra ella. No había actuado bien en el pasado reciente, y eso no solo le había granjeado su fama de mala, sino que la limitaba en todas las relaciones venideras. Tenía que buscar la forma de tolerarlo, había vivido de peor manera y en peores condiciones morales. La convivencia con su esposo la preocupaba aún más, se tornaría muy difícil a medida que transcurriera el tiempo.

Devon, en cambio, se mostraba jovial y divertido cuando no estaba con ella. Estar cerca de Harmony lo predisponía de mal talante al no saber cómo tratarla; había reconocido para sí que le producía miedo la reacción de la joven ante él y no tenía pensado hacer el ridículo delante de su familia. No. Los problemas que ellos pudieran tener debían exponerlos en su casa, por eso estar alejado de su esposa era la mejor decisión.

—Robert. —Su hermano se giró para brindarle toda su atención.

—Dime.

—Iré a Arundel con Megan.

—¿Y tu esposa? —Devon puso los ojos en blanco.

—Pues me la llevo.

—No es una maleta. —El joven conde meneó la cabeza; siempre tan perspicaz su hermano mayor—. ¿Es difícil la convivencia?

—No quieres saber.

—Claro que quiero saber. —Le señaló el golpe en la cabeza—. A mí no puedes decirme que el caballo te golpeó cuando eres un encantador de animales. —Su hermano resopló.

—Harmony no quería a su doncella, por lo que la mandé devuelta a Suffolk. Le pedía a Walter que buscara una y la única disponible, es ese momento, era Blair. —Robert frunció el entrecejo—. La hija de la cocinera.

—Te dije que no te acostaras con esa muchacha. —Robert reaccionó al instante—. ¿Has permitido que sea su doncella? ¿Estás loco? Hermano —le palmeó el hombro—, yo también te hubiera partido la cabeza. Estás verde en esto de ser esposo, pero sobre todo veo que tener a Harmony a tu lado te ha nublado la inteligencia. Nunca debes juntar a tu esposa con tus amantes.

—No es mi amante. Solo me acosté una vez con ella y fue hace más de un año. Además, estaba bebido.

—Eso no te excusa, desde mi punto de vista, lo agrava. Cuando estás borracho lo único que debes hacer es dormir, para no arrepentirte de nada al día siguiente.

—Además...

—No sé por qué, pero creo que voy a terminar justificando el comportamiento de tu esposa.

—Llevé a mi amante a la casa. Nos vio anoche y no dijo nada. Estalló hoy en el desayuno. — La cara de pasmo de Robert era proverbial.

—¿Qué te sucede? Nunca habías llevado a nadie. No sé qué decirte. Victoria me hubiera matado. Tienes suerte de que solo te hizo eso —dijo su hermano señalando su cabeza.

—Es que no sucedió nada. Unos pocos besos y listo..., no pude.

—Esto es así, Devon —Robert, de frente a su hermano, apoyó su mano en uno de sus hombros, mientras que con la otra apuntaba con el índice a su pecho—, si piensas en serle infiel, entonces le estás siendo infiel. En tu pensamiento está llevar a cabo la infidelidad, que no lo hagas en ese preciso momento por factores que no te lo permitan no significa que no lo harás otro día. Así que no digas «no sucedió nada», porque estaba claro que iba a suceder. Y no sucedió porque...

—Porque estoy enamorado de Harmony. Mi pensamiento siempre estuvo con ella, por eso no sucedió.

—¡Mierda! Me lo veía venir. El día que te dije que renunciaba a los títulos y que con tu condado venía ella no reaccionaste como esperaba, hasta creía que te había gustado la idea de casarte con ella y, aunque la deseché al instante, me quedó la duda. Duda que confirmé el día de tu boda, cuando obligaste al cura a casarlos ante el temor de que suspendiera la ceremonia por la huida de Francesca. Ahora tu declaración cierra todas mis conjeturas. ¡Estás enamorado! Enhorabuena. ¡A conquistarla! Que los rubios están en alza.

—Está enamorada de ti.

—Tonterías. No me conoce. Si estuviera enamorada de mí, que no lo está, con la mala leche que tengo, se desenamoraría en un santiamén. Cada vez que he estado al lado de ella, por circunstancias de la puta cláusula o porque su madre me ha abordado sin vergüenza alguna, puedo afirmar, con claridad, que su mirada hacia mí no era de amor, ni posesión, ni nada que involucrara algún sentimiento, ni siquiera de seducción. Solo había miedo en sus ojos. Créeme que esa niña no me quiere cerca en lo más mínimo. De lo que estoy seguro es de que no sé qué es lo que quiere, eso tendrás que descubrirlo tú, e ir a Arundel es una buena decisión. Allí podrán conocerse y ella podrá congeniar con Megan, ya hablaré yo con nuestra hermana. Prepara el equipaje, mañana por la mañana empiezas una nueva vida.

—Eres demasiado positivo. Llevamos años tratándonos mal, no creo que ahora sea distinto, no nos soportamos. Hasta pareciera que disfrutamos de molestar al otro.

—¿Y eso no te dice nada?

—¿Qué tiene que decirme!

—Por Dios, Devon. Ella ha reparado más en ti que en mí. Solo estando con su madre me ha dirigido alguna vez la palabra. A ti te ha buscado siempre. No le sigas las pullas y acércate despacio para ganar su confianza. Y veremos qué sucede.

—John me ha dicho lo mismo.

—Eso confirma que eres tú el ciego, no te has dado cuenta de que esa muchachita se ha prendado de ti hace tiempo. Solo tienen que descubrirse y aceptarse.

—Gracias, hermano. —Se estrecharon las manos—. Volveré al salón.

—Y yo iré a ver a Victoria, que no se sentía bien. Nos vemos mañana.

Devon asintió y, viendo a su hermano alejarse, por primera vez paladeó la posibilidad de conquistar a su esposa.

Su esposa.

En la vida se hubiera imaginado casado con Harmony.

La había imaginado mil veces yaciendo a su lado luego de hacerle el amor.

Lo volvía loco.

La quería de todas las maneras posibles, incluso con ese carácter impulsivo que tenía.

No había nadie que se le comparara.

Y no quería a nadie más en su vida.

Robert tenía razón, en Arundel se entenderían.

Con esperanzas renovadas, iba pensando posibles tácticas de acercamiento cuando dio de lleno con su esposa, que también venía cavilando Dios sabría qué.

—¿Ya podemos irnos? —La cara de súplica y enojo a un tiempo le arrancó una sonrisa.

—Preciosa, no lo has pasado bien, ¿verdad?

—Si te tiran en medio del Coliseo para ser la criatura del momento, de la que todos esperan un zarpazo, no creo que tú tampoco te sintieras a gusto, ¿o sí? —Miró a su esposa con esa mirada que ella ya conocía muy bien—. Lo sé, me lo merezco. No tienes que repetirlo, tus ojos me lo dicen todo el tiempo. Iré a despedirme de Francesca.

Cuando la joven volteó para irse, la tomó con sutileza de la mano y la acercó hasta descansar su cuerpo sobre el de él. La espalda de Harmony contra el pecho de Devon. En un impulso, la joven giró, sus miradas se encontraron y por un instante el mundo se desdibujó. Las manos de la esposa descansaron en la cintura del esposo, mientras que las de él se amoldaban al talle y al rostro de ella. Sus labios se rozaron. El deseo latente les decía que cada uno debía tomar lo que quería del otro.

Se conocían tanto como se desconocían.

El beso suave y apacible pasó a ser una batalla carnal.

—Lo siento.

La voz intrusa rompió el idilio. Ambos miraron hacia el carraspeo incómodo para ver cómo Andrew, que por su expresión no daba crédito a lo que veía, intentaba disculparse.

—Me iré por donde vine, ustedes sigan.

—No te preocupes, Harmony iba a despedirse de tu esposa.

—¿Y tú? —Devon le obsequió una mirada asesina a su primo.

—Con permiso, iré a ver a la duquesa —se disculpó la joven y siguiendo el pasillo desapareció mientras su primo no apartaba sus ojos de él.

—Si me lo hubieran contado, no lo hubiera creído, pero lo vi. —Andrew estaba alucinado.

—Déjate de estupideces.

—Es que siempre creí que Richard y John tonteaban con eso de que estabas enamorado de ella. Y resultó verdad. Había amor en tu forma de abrazarla. Esto es...

—Oh, ya basta.

—Hermano, sabes que es una frívola engreída sin corazón. ¿Cómo puedes enamorarte de alguien así?

—Estás hablando de mi esposa —respondió Devon enojado, con un brillo en sus ojos que hubiera helado a cualquiera—. Hazlo con respeto o no te dirijas a ella en lo absoluto.

Dejando a Andrew con la palabra en la boca y la sensación de que había hablado de más, Devon se marchó.

Era hora de partir.

Tenía la impresión de que acababa de entender el malestar de Harmony al compartir estancia con su familia.

Capítulo VIII

El baño había obrado maravillas en su cuerpo.

Nada más reparador que quedarse sumergido en el agua, un tiempo prudencial, para reponer fuerzas, ordenar ideas y tomar decisiones.

Su ánimo no podía ser mejor.

Mañana sería el comienzo de algo nuevo.

Arundel los recibiría en paz. Harmony iba a enamorarse del lugar. Tan lleno de vida, tan verde y longevo. Sí, estaba seguro de que era el sitio ideal para limar asperezas y tratar de sobrellevar una vida apacible. Después de todo, él debía estar allí casi todo el año, las tierras no se conducían solas y, a pesar de tener un excelente administrador, a él le encantaba la vida rural. Las nuevas herramientas de labranza ya habían aumentado la producción y seguiría así, porque estaba seguro de que el progreso que habían alcanzado las industrias no disminuiría, muy por el contrario, prosperarían aún más. Era un avance enorme y a saber dónde terminarían. No. Esto no tenía un límite, mejoraría sin recelos. ¡No poder viajar al futuro! Se moría de ganas por saber qué le depararía a la humanidad tanto avance y descubrimiento. Se imaginó dentro de cien años..., 1926. ¿Y en doscientos? ¡No! El hombre no tenía modo de detener lo que se estaba gestando. Aunque igual se empeñaba; era raro el ser humano: tanto amor, tanto odio. *Inconstante e inconforme*, esas eran las palabras para describir a la humanidad.

Se puso en pie.

Sonrió.

Se le antojó sumergido en aquella tina junto a su esposa. Ella encima de él.

¡Mierda! Debía alejar esos pensamientos, de lo contrario, la vería y tendría dificultades para controlar su virilidad que, incómodamente, se inquietaba y tendía a modificar su tamaño cada vez que escuchaba su voz.

Ella era casi como ponerle un dulce a un niño en los labios y decirle que no lo saboree, que no lo disfrute. Si tan solo él fuera como la mayoría de los varones, que toman lo que quieren y se regodean en ello saciando sus deseos, pero no. Gracias a su madre y a sus tías, las mujeres representaban para él el mayor de los respetos, sobre todo Harmony. Se peleaban, sí. Desde que se conocían se llevaban mal. Tal vez John y su hermano tuvieran razón y, entre ellos, habría algo más que los acercaba y los alejaba a un tiempo. No. Imposible. Tenía que dejar de ver esperanza por todos lados o acabaría desmoralizado. Cada uno por su lado, pero...

Tendría que hablar con ella sobre ese amante que tanto quería. Tal vez... ¡No!, ¿o sí?

Sí. Ya lo había pensado mientras tomaba el baño. No perdía nada con intentarlo y, si se

atraían, como era evidente que sucedía, y ella aceptaba su propuesta, no tendría que preocuparse por el dichoso amante. Y, si no..., ajo y agua.

Se vistió sin su ayuda de cámara. Lo hacía seguido; tener a alguien detrás era agobiante. Aunque debía reconocer que, cuando estaba apurado o no sabía qué vestir para determinado acontecimiento, la ayuda de Maximilien le venía de perlas.

Se miró al espejo. ¡Listo para la cena!

Se mesó su cabello rubio, igual al de su madre y hermana. ¡Mierda! Nunca había estado más inseguro en la vida. Estaba acostumbrado a que las mujeres suspiraran a su paso, sonrió con ironía; todas..., menos su esposa. Que por cierto no sabía por dónde andaba. Había tomado el baño antes que él y había tardado lo suyo también. Él se había atrevido a subir a los aposentos cuando ella hubo terminado de asearse; no quería saber que estaba del otro lado de la puerta de comunicación mientras se bañaba. Prefería hacerlo en soledad, sin ella merodeando.

Miró su reloj. Faltaban tres cuartos de hora para la cena.

Iría a la biblioteca. Necesitaba despejar la mente con lo que fuera. Tal vez algo de Shakespeare le asentaría el juicio. ¿En serio? Shakespeare era lo peor que podía pasarle a la moral de una persona. Bueno, algo encontraría.

Refrescante.

Asearse, respirar el aire y tocar el piano.

¿Podía sucederle algo mejor en lo que quedaba del día?

Lo dudaba.

Hacía tiempo que no tomaba un baño en paz y armonía.

Hacía tiempo que no paseaba tan relajada y sin preocupaciones.

Hacía tiempo que no se deleitaba con la afinada cadencia de un piano.

No. Definitivamente, nada podía superar ese momento ni desmerecerlo. O eso creía.

Concentrada como estaba en los acordes que emitían las teclas bajo el roce suave y decidido de sus dedos, con los ojos cerrados, sintiendo la música en el alma, percibió su aroma. Sabía muy bien que era él. Conocía su olor... Demasiado.

Las notas cesaron.

Los ojos permanecieron cerrados.

Las manos, levitando, sobre el teclado.

Un suspiro profundo, que retenía desde que sus sentidos lo reconocieron, escapó con delicadeza cuando él se acercó y le susurró: «No me prives de tu don», descansando sus manos sobre las de ella. La escena enaltecía la mística de dos almas que se reconocen y no pueden ignorarse: Devon, a su espalda, rozándole la oreja con sus labios mientras Harmony, sentada, sentía su tacto como energía esplendiendo por su cuerpo. Las notas que él le pedía continuar ya no estaban en su memoria, pues toda ella estaba siendo habitada por él. Nada podía percibir en aquella habitación que no fuera su presencia.

Él no pudo resistirse a la locura de amarla.

Tenía que intentarlo.

Peor de lo que estaban no podían estar.

—He estado pensando en tu petición. —Aquellas palabras la desconcertaron.

—No entiendo a qué te refieres.

—A que no es justo que yo tenga amantes y tú no. —Harmony sintió como el frío traspasaba su piel. Pensar en que iba a dejarla ir con tanta facilidad le encogió el alma—. Así que he decidido que puedes tenerlo.

—¿No me digas? ¿Y tú lo elegirás para mí?

—Jamás haría una cosa así, pero, si yo necesito sexo, deduzco que tú también lo querrás cuando lo descubras. Y, si no quieres que sea tu esposo quien te dé ese placer, pues es lógico que lo busques en otro lado. —Más decepcionada no podía sentirse.

—Qué propones.

—Propongo que seamos amantes. Es la única manera de no sernos infieles y de satisfacer nuestro deseo sexual. Porque yo te deseo y tú me deseas. Yo seré tu amante y tú serás la mía. Nadie más en la vida del otro. Seremos amantes en esta habitación. Solo aquí.

Ella cambió de posición y, quedando de frente a él, le acarició el rostro sin apartar sus ojos de los de él. Devon interpretó el gesto como una sutil invitación. Se arrodilló entre sus piernas y se miraron sin tiempo. Él besó la palma de su mano y una hilera de besos engalanó el interior de su muñeca, tan delicada..., tan perfecta.

Ella miró su boca.

Él rozó sus labios con las puntas de sus dedos y Harmony los lamió.

Él retiró la mano, sorprendido, y ella atrapó sus labios en un beso desesperado.

El asombro de Devon se disolvió al instante para dar paso a su pasión desenfadada.

Le quitó las horquillas y sintió como su largo cabello caía en cascada. Amaba su pelo suelto. Era con lo único que quería verla sobre su cuerpo.

—Voy a arrancarte el vestido, Harmony —dijo casi con miedo, pero fue ella quien le arrancó la camisa, dejándolo atónito.

Su esposa apoyó ambas manos sobre su pecho.

Podía sentir los latidos desbocados y eso le confirió un poder que la deslumbró. Ese hombre, su Devon, estaba así por ella. Acarició sus hombros y depositó un beso suave justo encima de su corazón. Alzó la vista hacia él y lo contempló.

Tenía los ojos cerrados e intentaba controlar la respiración.

Besó su mentón.

Fue construyendo un camino imaginario de besos hasta llegar al lóbulo de su oreja y allí lo lamió. Continúo hasta la nariz, donde depositó un pequeñísimo mordisco para terminar en su boca. Pasó su lengua por aquellos labios bien definidos y él entró en ella llenándola, degustándola. Fue un beso sentido, querido, podría decirse añorado, como esos besos de quienes se aman, pero están prohibidos. La pasión les arrebató sus voluntades o tal vez esa era la verdadera voluntad de ambos. Ni ellos sabían bien qué estaba sucediendo.

Ella se dejó llevar. Con miedos y esperanzas a un tiempo.

Él se dejó hacer e hizo.

—Quítame el vestido —susurró la joven y al instante estuvo desnuda hasta la cintura.

Ningún recato tuvo su esposo en rasgar toda tela que se interponía entre ellos. No hubo costura que sobreviviera a sus tratos. El joven descendió su boca sobre sus pechos y los lamió sobre el pezón, así como ella había hecho con sus dedos. No alcanzaba. Sorbió de ellos con intensidad provocando un caos enloquecedor en su esposa, que intentaba controlar los gritos. Gritos que no pudo retener cuando sintió la mano de su esposo entre las piernas. Esos hábiles dedos habían desatado los calzones y uno de ellos estaba sumergiéndose dentro de ella. La presión que sintió

fue sorpresiva e invasiva a la vez, pero se sorprendió con la facilidad con que se deslizó hacia dentro. La sensación de estar colmada la invadió mientras su vagina apretaba con fuerza aquel dedo invasor. Las emociones descubiertas eran demasiadas. Al darse cuenta del placer alcanzado, Devon introdujo un dedo más y comenzó a mover la mano con más energía. Cuando los gritos de Harmony comenzaron a ser descontrolados, incorporó un último dedo junto a un par de movimientos ligeros y profundos que hicieron convulsionar a la joven, vertiéndose en su mano. Ella abrió los ojos y al encontrarse con su mirada desvergonzada la timidez le tiñó las mejillas de un espléndido rosa oscuro.

—No. No sientas vergüenza por experimentar placer. No conmigo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la muchacha y se deslizaron por sus mejillas. Toda ella estaba conmovida. Descentrada. Sin saber muy bien qué estaba sucediendo. ¡Claro que sabía qué sucedía! No entendía cómo su voluntad de no relacionarse jamás con Devon se había esfumado en un pestañar. Estaba luchando con la necesidad de resguardar sus sentimientos, de encerrarse en sí misma para no salir lastimada, contra la necesidad acuciante de dar rienda suelta a la locura de entregarse y tomar todo de él. Quería que él fuera el primero y el único, pero tenía claro que nunca, jamás había obtenido en la vida aquello que quería. ¿Por qué tenía que ser esta la excepción? Pues muy bien, se arriesgaría. Tenía derecho a intentarlo. Y, si se equivocaba, sería un aprendizaje.

—Acepto. —Devon la miró entrecerrando los ojos como quien no entiende del todo la situación—. Acepto ser tu amante.

Y al ponerse en pie el vestido cayó a sus pies dejando un mar de tela a su alrededor, llevándose consigo la ropa interior. Devon quedó embelesado al verla desnuda. Se la había imaginado mil veces y ninguna de ellas le hacía justicia a la realidad: era más hermosa de lo que su pensamiento había augurado. Se quitó los pantalones con movimientos ágiles y rápidos. Le tendió la mano para salir del círculo de tela, que quitó del medio con prestancia, y la abrazó. Desnudos y envueltos, uno en los brazos del otro, representaban una digna escultura renacentista que bien podría haber sido esculpida por Miguel Ángel. Las manos quietas comenzaron a explorar los cuerpos. La esposa descubrió cómo su cuerpo se amoldaba al de él reconociendo el sitio justo al que pertenecía. El esposo enloquecía al sentir sobre su piel, tersa y oscura, la calidez y la suavidad de aquellas caricias que tanto había anhelado. Estar a su lado, amoldado a su cuerpo, era, sin lugar a dudas, el mejor sitio del universo. El único lugar posible donde todo se licúa y solo existe el amor, porque, si de algo estaba consciente Devon Evans, en ese momento tan íntimo y perfecto, era que estaba irradiando amor.

Jamás volvería a ser el mismo.

Nunca.

Las manos dieron paso a las bocas, y los besos armoniosos y candentes cubrieron los sentidos de ambos, pues no hubo lugar que su esposo no adorara ni sitio que ella no haya querido besar. Si las dimensiones existían, si las historias sobre lugares ocultos, donde el tiempo se detenía y había otra versión de la realidad, eran ciertas, entonces ese era el instante en que ellos estaban suspendidos. Esa era su verdad. La que no podía admitir ninguno de los dos porque no la creían posible; cada uno había creado una versión del amor del otro que no los incluía, pero que no pudieron sostener en este momento íntimo y apasionado.

Mas allá de los intentos de una y otro por alejarse, eran inseparables.

Devon comenzó un descenso enloquecedor, plagado de besos, hasta llegar al ombligo de Harmony, en el cual se detuvo para que ella entendiera que seguiría más allá. Su lengua se situó

justo en el único sitio donde podía lamer en esa posición y su esposa respondió con una sorpresiva exclamación ahogada. Elevó sus ojos y ver el rostro de ella teñido de placer y esperando por él lo enloqueció. Sintió como Harmony se aferraba a su cabello y lo acercaba nuevamente para recibir sus atenciones y eso le encantó. Volvió a lamer y succionar con fuerza y, al sentir como las piernas de ellas remitían al apoyo que le proporcionaban, giró el taburete, posicionándolo a lo largo del cuerpo de su esposa y, sentándola allí, de espalda al piano, la instó a recostar la cabeza sobre el teclado, emitiendo una discordante melodía que se les antojó melodiosa.

Harmony contemplaba atónita cómo tomaba sus piernas y las colocaba sobre sus hombros, dejándola completamente expuesta a él y a su boca que, al instante, tomó posesión de su... ¡Dios! Dejó de pensar. Sentía como su pensamiento se disolvía y se transportaba a algún lugar desconocido donde su cuerpo ardía de...; volvió a mirarlo. Verlo entre sus piernas, sentir como una de sus manos comenzaba a subir por su vientre y apretaba uno de sus senos la enloqueció. El piano emitía sonidos chirriantes por los movimientos que ella realizaba con la cabeza, regida por lo que él hacía entre sus piernas. La joven comenzó a sentir un fuego intenso que la abrazaba y pulsaba por expandirse, por salir de su cuerpo. Pensó que explotar era posible cuando la liberación la alcanzó conmocionándola, dejándola laxa. Sintió como Devon lamía; no tenía fuerzas para detenerlo. Lo vio erguirse en toda su estatura y tomándola de la base de su espalda y su nuca la atrajo hacia sí y, sentándose en el mismo sitio que ella, la dispuso a horcajadas sobre él.

Harmony abrió sus preciosos ojos ámbar al sentir cómo el miembro de él buscaba hacerse lugar en su entrada. Miró hacia la unión y alucinada veía cómo el pene enhiesto de su esposo se interponía entre ambos vientres. Bajó la mano y lo tocó en la punta. Él dio un respingo acompañado de un gemido entrecortado que emulaba dolor.

—Lo siento. —Él apoyó su frente en la de ella.

—No duele, preciosa. Estoy sintiendo exactamente lo mismo que tú hace unos instantes. Solo necesito controlarlo.

—¿Por qué? Yo no lo controlé —dijo mientras envolvía el miembro en su mano y lo acariciaba sintiéndolo suave como la seda.

—Yo debo hacerlo o no llegaré a estar dentro de ti. Y quiero estar dentro de ti.

Con una última caricia, liberó su pene para aferrarse a sus hombros.

—Quiero que estés dentro de mí. —Devon la miró atónito—. Quiero ver cómo entras.

—Va a dolerte.

—Lo sé. Puedo soportarlo. ¡Devon!

La urgencia en su voz bastó para comenzar a penetrarla.

Despacio.

Con cuidado.

Harmony miraba y sentía cómo iba adentrándose en su interior.

Fascinada con lo que sentía, dolor y plenitud a un tiempo, no podía dejar de mirar hasta que él estuvo por completo unido a ella. Se sintió colmada y feliz.

Elevó la mirada y se encontró con la de él, que la contemplaba extasiado. No se había perdido ni uno de los gestos que su rostro. Era maravillosa. Su boca, su nariz, sus ojos, sus pómulos, su cabello suelto y ondulado... Verla morderse el labio inferior al mismo tiempo que emitía leves gemidos sin apartar sus ojos de su virilidad mientras él la penetraba no tenía precio alguno. Nunca habría nada que superara este momento, era y sería el más feliz de su vida.

Ella lo besó.

Él recibió la acometida de esa lengua dulce y guerrera.

Unidos en cuerpo y alma, aunque no lo sabían, estaban sellando sus destinos.

Devon comenzó a moverse muy despacio provocando en Harmony sensaciones que no podía dominar. La asió de las caderas e, indicándole el movimiento que debía seguir, la instó a ascender y descender sobre su eje. Cuando ya estuvo amoldada a él, su mismo instinto la llevó a moverse de adelante hacia atrás sorprendiéndolo. El joven conde, intentando no llegar a su límite, se puso en pie y llevándosela con él la apoyó sobre el cuerpo del piano para tener mejor acceso y comenzar a embestirla con contundencia. Arremetió con fuerza una y otra vez acelerando y ralentizando las acometidas para no irse tan aprisa, pero la presión y el apriete que ella hacía sobre su miembro le garantizaban una pronta liberación.

—Reconóceme.

Era una súplica.

En su angustia por no saber si ella estaba con él en ese preciso momento o si su cabeza idealizaba a otro, sintió la necesidad de que ella supiera que era él.

Muy por el contrario, la joven no entendía a qué venía esa palabra desesperada. Devon se detuvo abruptamente. Se aferraba a ella como si le fuera la vida en ese abrazo. La miró y sus ojos transmitieron una profunda tristeza acompañada de temor. Harmony comprendió a qué se refería y se odió a sí misma por aquellas palabras dichas en su momento que él no había olvidado.

—Por Dios, Harmony, dijiste que cuando yo te hiciera el amor pensarías...

—¡No! Sé que eres tú. —Ella tomó su cara entre sus manos—. Sé que eres tú, Devon. Y quiero estar contigo.

Sin poder soportarlo más, aceleró las embestidas derramándose en su interior, dejándola incompleta. El grito desgarrado y la laxitud que el cuerpo del joven había experimentado le bastaron a Harmony para entender que ella no había alcanzado ese culmen.

—Lo siento. No pude..., yo...

Escondió su cabeza en el cuello de su esposa en arrepentimiento por no haber podido controlar su excitación. Consternado, no ocultó su desazón.

—No es nada —dijo la joven mientras acariciaba su cabeza—. Ya lo harás mejor.

—Mierda, Harmony. Soy un puto desastre.

—Sí. Lo eres, pero eres mi puto desastre.

Que haya dicho que era suyo le llenó el alma.

No sabía lo que ella sentía, pero no quería darle más vueltas al asunto, estaba ahí con él.

En él.

Nada podía ser mejor.

Capítulo IX

Despertó en la cama, donde se habían amado hasta dormirse.

Se pasó la mano por los ojos, la claridad que entraba por las ventanas anunciaba un día espléndido. «Y ajetreado», pensó.

Sonrió con tristeza.

No estaba.

En algún momento se había marchado.

Se puso de lado y contempló el espacio vacío.

Su olor estaba en las sábanas.

Una lágrima corrió por su rostro.

No quería perderla.

Si por él fuera todas las noches serían iguales a la pasada; pero, cuando la realidad golpea de lleno, la cautela acude para salvaguardar la dignidad esquiva en momentos de pasión. Debía de ser sincero consigo mismo y admitir que la noche anterior había sido un lapsus en el mar de la discordia. ¡Dios! Se moría por su amor.

Intentó incorporarse y todo su cuerpo acusó cansancio.

Se mesó el pelo.

Pensó en su madre. Había sido una Hutton. La habían obligado a casarse con su padre. Había tenido hijos con un hombre que no amaba y cuando amó de verdad, y de esa unión su hermana era el fruto, había alcanzado la muerte. No. No ataría a Harmony a esa existencia penosa de existir sin amor, anhelando algo más. Ambos merecían ser felices y, si juntos no era posible, pues debían encontrar una solución. Amaba demasiado a Harmony como para causarle dolor. Le ofrecería el divorcio y la solventaría económicamente toda la vida; le daría su libertad, así serían felices los dos. Si ella era feliz, él aprendería a serlo.

Ataviada con un hermoso vestido rosa oscuro con ribetes en un rosado más tenue, tornasolado en azul violáceo en la unión del corte imperio, que le dotaba de un esplendor regio, Harmony se disponía a bajar a desayunar. Había sido una noche intensa. Le dolían todos los músculos del cuerpo, especialmente las piernas. Si muriera en ese instante, moriría feliz.

Ya no sería igual. Sabía que Devon era una buena persona. Nunca había dudado de ello. Estaba convencida de que el matrimonio podría funcionar. Bueno, en realidad, no estaba tan segura. Pensarlo con otras mujeres, por su bendito derecho y costumbre a tener amantes, la

entristecía. Era una estupidez pensar en que un hombre se quedaría solo con una única mujer. La sociedad no funcionaba así y ella era la prueba viviente de que, cuando se necesitaban herederos, se recurría a quien fuera. Y estaba el hecho de que su actual doncella había sido amante de su esposo, o lo era, no sabía a ciencia cierta cómo estaban las cosas entre ellos. ¡Dios! Era una tortura, por eso no quería casarse con él. Sabía lo libertino que era y no quería vivir así. Era mejor no tenerlo a tenerlo de esa manera.

—Señora —la voz de su doncella agitó sus pensamientos. Blair la contempló unos instantes para luego mirarla con un brillo que la joven condesa no supo deducir—, ¿se le ofrece algo más o puedo retirarme?

—Puedes irte. Te llamaré de ser necesario.

Odiaba juzgar a las personas, más allá de lo que cualquiera pudiera creer. Y, si bien, por momentos, su doncella no le inspiraba confianza, no le gustaba la idea de dejarla sin trabajo solo porque Devon había mantenido relaciones con la muchacha; no era justo. Le daba rabia que su esposo fuera tan calavera, pero tampoco podía echarle nada en cara, todos los hombres hacían lo mismo; y la mayoría eran despreciables. Y Blair era el pasado, aunque la joven la miraba de esa manera en que un lobo sopesa a un cordero. No. Eran ideas suyas. Tan cansada estaba de ser perseguida y vigilada que veía sombras por todas partes.

Se miró al espejo.

Estaba más delgada.

Se sentía egoísta.

No quería volver a Suffolk.

Pensar en que su madre iba a extrañarla la carcomía por dentro. Ella la extrañaba horrores.

Tenía que dejar de darle vueltas al asunto y contarle la verdad a Devon.

Ni bien llegar a Arundel se lo diría.

Arundel... ¡Dios!

Por qué tenían que ir a Arundel con Megan.

No sabía qué podía salir de ese viaje.

Detuvo su mirada en sus ojos a través del espejo.

Suspiró.

Bajó a desayunar.

Ni bien entrar al comedor sintió el aroma que tanto amaba en él. Su esposo ya estaba sentado a la mesa con su café humeante. Lo miró embelesada. Era tan arrogante y altivo y, a su vez, tan niño y compasivo. Era perfecto.

—Sabes que tienes que consumir menos de eso, ¿verdad? —Fue lo primero que vino a los labios de la joven.

—¿Prefieres el tabaco? —preguntó huraño el esposo.

—¡Claro que no! —dijo tajante para luego susurrar algo casi inaudible que Devon oyó, cual buen oído tenía, la miró sorprendido. No daba crédito a esas palabras. Ensimismado, la increpó.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Dímelo

—Que prefiero el café.

—No. Has dicho...

—Señor, tiene una misiva. La dejé en su escritorio.

La entrada intempestiva del mayordomo rompió la conversación y la joven lo agradeció.

Esperaba que su esposo no hubiera oído lo que tan impulsivamente había dicho. Sería su fin.

Ocupó su lugar en la cabecera de la suntuosa mesa, opuesto al del conde.

—Gracias, Walter. Y cierre la puerta con su llave.

—Sí, señor. Me retiro.

—Ustedes también pueden retirarse —le ordenó al resto de la servidumbre—; el objetivo de desayunar en la sala privada es ese: disfrutar de la privacidad.

Los criados que escoltaban la puerta y dos criadas dispuestas a servirles los alimentos esparcidos en la gran mesa abandonaron el lugar.

Solos.

Estaban solos y en silencio.

Devon miró a su esposa, estaba muy concentrada en preparar una tostada.

Harmony untó la manteca y acto seguido esparció mermelada de naranja, en abundancia, para luego lamer la cucharilla. Su lengua pequeña y rosada rodeaba el metal brillante y duro de aquel utensilio, acción que a él se le antojó lujuriosa.

—¿A qué hora partimos? —preguntó su esposa antes de dar un mordisco.

Ante la ausencia de respuesta, levantó la vista para encontrarse con que Devon no estaba en su sitio. Giró la cabeza a un lado y a otro sin poder ubicarlo.

No estaba.

¿Había salido y no lo había escuchado? Sorda no estaba.

¿Podía ser que estuviera tan abstraída en sus pensamientos? Imposible. Estaba demasiado acostumbrada a reparar en cualquier ruido o sonido.

Volvió a mirar y nada.

—Preciosa. Abre las piernas.

¡No podía ser!

Estaba debajo de la mesa.

La joven separó las piernas y al instante el frío la atravesó dando cabida a un ardor febril en el momento exacto en que sintió como su esposo se deshacía de sus prendas íntimas para arrasar con su lengua abrazadora. Devon lamía con suavidad, destreza y ahínco. Era letal.

Su esposo, al ver cómo esgrimía aquella cucharilla, no pudo apartar la idea de escabullirse por debajo de la mesa, y había sido una decisión acertada. Ahí estaba ahora, entre las piernas de su esposa, degustándola. Los jadeos reprimidos de Harmony se volvieron incontrolables. Él necesitaba que ella se liberara, por lo que sus dedos completaron la invasión.

Asida a la mesa, la condesa no pudo evitar gritar cuando sintió como los dedos de él la penetraban. ¿Es que ese hombre iba a matarla? Cuando los espasmos alcanzados por el orgasmo remitieron, miró hacia abajo y allí estaba él, debajo de su vestido. Podía sentir como su lengua continuaba enjugándola, limpiándola. Ese fue el momento exacto en que la vergüenza la alcanzó y un rojo intenso tiñó sus mejillas.

—Devon...

—Mmm...

—Devon, se suponía que éramos amantes en la habitación del piano.

—Tal vez podemos serlo en toda la casa.

—Tal vez.

—Sabes mejor que el café.

—¡Dios! Hazlo ahora.

Devon descubrió su cabeza y emergió de entre sus piernas hasta estar a la altura de sus pechos

con los ojos entornados.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el joven sin entender.

—Hazme el amor.

—Házmelo tú. —La desafió.

Harmony lo besó. Buscó su lengua con la suya y comenzó a tocarlo desesperada. Sin resistirse, Devon se incorporó llevándosela con él. Barrió los platos de la mesa con una mano y, depositando a su esposa allí, con una urgencia inusitada, y sin quitarse ni una prenda ninguno de los dos, la penetró con fuerza haciéndola gritar. No cesó en las embestidas. Fue un encuentro rudo, rápido y desmedido. La joven se sorprendió por la voracidad que los arrebató y le encantó ese desinhibido Devon que la tomaba sin control.

Remitada la pasión, ella descansó en los brazos de él, que la sujetaban con ternura.

—Esto no puede estar pasando —dijo consternado.

—¿Te arrepientes? —preguntó ella, malentendiendo sus palabras.

—No, preciosa. No me arrepiento, pero me asusta. No quiero hacerte daño.

—Pues no me lo hagas.

—Siento que te obligo a estar conmigo.

—No pienses eso ni por un momento, no es justo para ti ni para mí. Devon...

—Debe ser horrible estar con alguien amando a otra persona. —Harmony entendió a dónde quería llegar su esposo: a su supuesto amor por Robert; la furia la recorrió.

—¿En verdad crees necesario nombrar a tu hermano cada vez que hacemos el amor? ¡Me tienes harta! A ver... ¡¿Qué hay de ti?! Eres un enamorado de la vida, un libertino que cualquiera que te dé lo que quieres te viene bien. Ahora yo soy la novedad, pero, cuando te canses de mí, ¿quién será la siguiente? No olvides que me follas como amante, no como esposa. Y las amantes siempre se reemplazan, ¿o no?

—Ibas a casarte con mi hermano.

—Era un matrimonio arreglado, igual que el nuestro —dijo con asombro la joven, que no entendía por qué ese idiota seguía dándole vueltas a lo mismo.

—Te enfrentaste a Victoria por él. Si él no te importaba, lo hubieses dejado estar.

—¿En serio? ¿Vas a discutir esto ahora? Tu hermano está felizmente casado. Luchó por lo que quería. Dejó una vida atrás por ella. De cara a la sociedad es un necio que relegó su título por una mujer, para mí es un altruista que supo darse cuenta de que su felicidad no radicaba en su condado o en su herencia y fue a por ella. Y Victoria no se amilanó ante la historia que lo secundaba. Ambos mandaron a esta sociedad al cuerno. Y tú. Tú... me vienes con este planteamiento infundado estando todavía dentro de mí.

—Lo siento.

Salió de su interior, dejando un vacío en ambos. La ayudó a descender de la mesa y, mientras se acomodaba los pantalones, Harmony hacía lo propio con su vestido.

—¿Lo sientes? ¿Cuántas veces vas a echarme en cara las decisiones que tomaron otras personas? ¿Acaso yo te he atosigado por haberte revolcado con una de las criadas de esta casa que, como si no fuera suficiente, me la has puesto de doncella? ¿Crees que te creo cuando dices que no hay alguien más para el puesto? —Devon la miraba azorado—. ¿Sabes lo que creo? Que quieres humillarme. Que lo has hecho a propósito.

—No fue así.

—¿Y cómo fue!?

—Me acosté con ella una sola vez hace más de un año. Ni siquiera la he vuelto a mirar.

¡Estaba borracho!

—Es un alivio saber que cuando te emborrachas haces idioteces como esa, que no harías si estuvieras sobrio. Es realmente esperanzador.

—No es así. —Ella sonrió con ironía—. Ese día había bebido hasta el agua de los floreros.

—¡Por Dios, Devon!

—La mujer que amo..., que amaba, iba a casarse con otro. Habían anunciado la noticia oficialmente. Toda una vida enamorado de ella y ahora tendría que verla en otros brazos que no serían los míos. ¿Sabes cómo me sentí? Me rompí por dentro. Quise morirme sabiendo que la vería feliz con otro. Quería que fuera mía, que suspirara por mí. Que me quisiera. Quería que me mirara y que sintiera lo mismo que yo siento por ella.

—Todavía la amas —sollozó la joven abatida.

—¡Sí! La amo. Nunca voy a dejar de amarla. Estoy condenado a amarla.

Sus miradas se detuvieron en el tiempo.

Las lágrimas de Harmony estaban a flor de piel. Temblaba por dentro.

—Saldremos en una hora para Somerset House. Partiremos a Arundel antes de mediodía.

Ella asintió mientras él se iba.

Volvió a sentarse en aquella maldita silla.

Cubrió su rostro, con sus manos, y lloró.

Lloró.

Estaba atrapada en un matrimonio sin amor, amándolo con locura.

Con una furia que lo consumía por dentro, Devon se dirigió hacia las caballerizas, tenía que supervisar que el carruaje elegido fuera el que él había pedido. Acostumbraba a revisar el transporte él mismo antes de emprender algún viaje. Sabía que cualquier pieza fuera de lugar provocaría un accidente acarreando consecuencias fatales.

Mientras caminaba se reprendía a sí mismo.

No quería discutir con ella. No había sido su intención.

Solo...

Solo quería buscar la manera de que ella admitiera lo que había dicho, casi inaudible, al entrar al comedor. Él había oído a la perfección aquella confesión dicha inconscientemente.

Quería que eso mismo lo dijera en voz alta. Que lo enfrentara...

Quería que confiara en él.

Solo había logrado estropear el momento idílico luego de hacerle el amor.

¡Dios!

La había tomado sobre la mesa.

En la vida había experimentado semejante arrebato.

Era un bruto.

El control se le había ido a la mierda.

Suspiró.

Intentó serenarse.

Negó con un movimiento de cabeza.

Pensó en el inminente viaje a Arundel... Encerrados en el carruaje siete días iba a ser un infierno. Que Dios se apiadara de él, porque entre su hermana y su esposa iban a volverlo loco.

Capítulo X

—Cásate conmigo, por favor.

—¡Estás loco!

—Estoy loco por ti. Te amo.

—En seis años no me lo has pedido nunca. No pertenezco a la nobleza. No te convengo. Tu madre va a odiarte. Cómo vas a enfrentarte a la sociedad.

—Me importa una mierda la sociedad, mi madre y quien fuera. Incluso pasaría por encima de Robert por ti. Te amo. Siempre te amé. No puedo vivir sin ti. Eres mi mitad. Si no quieres vivir en Inglaterra, nos iremos a otra parte. Nos iremos a América. A donde tú quieras.

—No quiero irme a América, ni a ningún sitio. Quiero vivir acá, entre mi familia. Quiero buscar a mi padre. Necesito saber quién soy.

—Eres Megan. Una mujer maravillosa.

—Te amo, Richard, pero no me alcanza. —Richard palideció—. ¡Oh, por Dios! No es que tú no me alcances, es que necesito saber mi identidad, de dónde vengo. No me interesa que mi padre sea un mozo de cuerdas, o un comerciante, o un sirviente, o un trabajador. Simplemente, necesito saber quién es para poder terminar de armarme. Siento que soy un puzzle viejo, de esos que se pierden las piezas y no se montan nunca porque es imposible reemplazarlas. Necesito saber quién soy. Estoy incompleta.

—Casándote conmigo no perderás tu libertad. Les daremos a los niños lo que se merecen, pero, a riesgo de ser egoísta, me darás a mí lo que más quiero: a ti.

—No uses a los niños... —Richard volvió a palidecer—. ¡Dios mío! Estás demasiado sensible.

—Jamás usaría a los niños. Nunca lo he hecho.

—Lo sé —admitió Megan.

—Me he dado cuenta, después de que perdieras a nuestro tercer hijo, por mi culpa, de que lo único que me importa en la vida es mi familia. Quiero darles todo. Quiero que mis hijos tengan lo que les corresponde y es necesario casarme contigo para ello. —Se acercó hasta rozarla con su cuerpo y tomando su cara entre sus manos enfatizó—: Quiero que entiendas que te amo. Más que a mi vida. Quiero casarme contigo por amor a ti y a mis hijos. Si tú quieres, luego, pasar de mí porque mis acciones en el pasado son imperdonables, no me opondré. Siempre tendrás mi respeto, mi admiración, mi amor y mi fidelidad. Hay algo que me une a ti que no sé qué es, pero lo supe el primer día en que te vi. Siempre tuve miedo de este sentimiento que crece día a día, pero llegó el momento de enfrentar mis miedos. Te amo y eso no va a cambiar nunca. Casémonos. Y, si ya no quieres estar conmigo, pues harás tu vida sin mí, pero los niños tendrán

lo que es suyo por nacimiento. No son bastardos. Son mis hijos y los amo igual que a ti.

Fue ella quien lo besó.

Lo amaba más que a su vida.

Lo necesitaba para vivir; era tan imprescindible como el aire que respiraba.

Era verlo y que todas sus emociones comenzaran a revolotear.

No podía engañarse, no iba a dejar de amarlo nunca.

—Me lo pensaré.

—Megan...

—Hay algo de mi pasado que no sabes y que no sé si quiero que lo sepas, pero, si fuéramos a unir nuestras vidas en matrimonio, sería indispensable que lo supieras.

—Nada podría asustarme.

—No tengo miedo de que te asustes. Tengo miedo a tu reacción violenta.

—Nunca te he pegado. Nunca lo haría.

—No es eso, Richard. Sé que nunca me golpearías, ni a los niños. Es otra cosa. Es... —Las lágrimas afloraron ante el recuerdo—. No puedo. Cuando esté preparada lo diré. Ahora, simplemente, no puedo.

Él la abrazó y ella lloró.

Nada podría alejar ese morbosos día, ni siquiera el amor de él. Siempre iba a estar y estaría allí para recordarle que la venganza hacia su madre había sido saldada con ella.

Se repuso.

Enjugó sus lágrimas.

—Volveré a Arundel. Cuando resuelvas todo, me avisas. Y a tu madre la quiero fuera de nuestras vidas. Es ella o yo. No hay medias. No tengo miedo por mí, sino por los niños. Lo siento, Richard, pero mis hijos son prioridad. Tienes este tiempo que estemos en Arundel para decidir qué hacer. Me odia y es un hecho que no va a cambiar. Odia a los niños y no permitiré jamás que se acerque a ellos. Si nos quieres en tu vida, deberás cortar todo lazo con ella. No quiero que pienses que te obligo, solo es mi manera de defender a mis hijos. —Él asintió.

—Devon y Harmony irán contigo. —Ella sonrió.

—No me aburriré.

—Devon está enamorado de ella.

—Lo sé. Me he dado cuenta. Es muy transparente en sus sentimientos, espero que ella no lo destruya.

—Tu hermano la quiere más allá de la cordura. Estoy convencido de que él le daría su libertad si ella se lo pidiera. Jamás la obligaría a estar con él.

—Pero ella puede utilizarlo en venganza por no haber obtenido lo que quería.

—¿Y qué es lo que quería?

—A Robert, claro.

—Creo que están juzgando mal a esa niña. —Megan lo miró con atención—. No creo, ni por un segundo, que ella estuviera enamorada de Robert. Es una víctima más de esa puta cláusula. Robert hizo lo que quiso a pesar de las consecuencias, pero ella siguió y sigue atada a las decisiones que la aristocracia tomó por ella. No pienses que Harmony quería casarse con Devon, la obligaron, como lo hacen con casi todas las mujeres. Ella no pudo evadir la cláusula. Es injusto decir que, por venganza, va a utilizar a su reciente esposo, que es suficientemente mayor e inteligente como para darse cuenta de la situación. Harmony está encerrada en ese matrimonio, no lo eligió. —Miró a su mujer entrecerrando los ojos—. Y tú y Victoria no quieren a la

muchacha y la han tratado mal. La han despreciado ayer mismo. No olvides que se lleva muy bien con la reciente duquesa de Somerset, ¿no crees que si Francesca la acepta es por algo? —Megan iba a hablar cuando Richard la interrumpió rozando con el índice sus labios—. Victoria es tu mejor amiga y siempre le serás fiel, pero creo que ambas se equivocan en pensar en Harmony como una consentida remilgada. Deberían darle una oportunidad.

—Analizado desde ese punto de vista, tienes razón. —Él besó su frente—. Ve a despedirte de los niños. Los equipajes están ya preparados y Devon al llegar.

—Jefe —un muchacho alto y desgarrado se acercó diligente a un hombre de mediana edad que cubría parte de su cara con un sombrero—, han subido al carruaje una mujer, muy rubia y joven, junto a dos niños pequeños.

—Perfecto.

El hombre miró en dirección del carruaje y llevando su mano a la pequeña ala del sombrero asintió con la cabeza en señal de atención recibiendo un silbido en repuesta. Al instante otro joven, cargado con un hatillo, dio la vuelta en la esquina y se dirigió hacia donde estaba el carruaje en cuestión, justo en la entrada de las escalinatas de Somerset House, y aguijó a unos de los seis caballos que estaban amarrados al transporte. El animal se encabritó y asustado comenzó a moverse estimulando al resto, provocando una estampida inmediata a una velocidad considerada.

Dentro del carruaje, los pasajeros cayeron al suelo debido a la repentina y violenta partida imprevista. La cajuela de madera era grande, sí, pero era movida por los caballos como un cascabel en el cuello de un gato. Harmony, en el suelo, tomó a los niños en sus brazos antes de que Devon reaccionara. Una de las puertas, que permanecía abierta al momento del siniestro, fue arrancada de cuajo al dar contra un árbol. La velocidad inusitada que habían alcanzado provocaba que el traqueteo fuera espantoso.

Quienes estaban en el zaguán de Somerset House advirtieron que el carruaje echaba a andar a una velocidad desmedida. Robert, que había atisbado al muchacho rozar los caballos, corrió tras este hasta darle alcance.

Richard, a lomos de su caballo, junto a Andrew, galopaba desesperado; sus hijos iban ahí dentro y, por la violencia con la que se agitaba el vehículo, iban a salir muy mal librados al ser tan pequeños.

Megan no lo dudó, montó en unos de los caballos de la familia y salió tras Richard, ella no tenía fuerza para doblregar a las bestias y ordenarles que se detuvieran, pero tenía que estar ahí cuando sus hijos salieran del carruaje. Tenían que salir... Sus lágrimas le nublaban la visión. Que Dios la ayudara. Moriría si sus hijos no sobrevivían. Ya demasiado había pagado por pecados que ella no había cometido. ¡Estaba harta!

Victoria ordenó buscar a John y junto a Francesca comenzaron a preparar habitaciones para recibir a los heridos. Era obvio que ilesos no iban a salir y, aunque deseaban que nadie perdiera la vida, estaban seguras de que las lesiones serían de consideración. Se convencían mutuamente de que solo serían heridas de las cuales se recuperarían.

El carruaje dejó de traquetear para comenzar a tambalearse, iba a volcar de un momento a otro. Con los niños abrazados a ella y envueltos en su capa como si fueran polluelos bajo el ala

de su madre, Harmony miraba aterrorizada a su esposo, que no dejaba de pensar de qué manera podrían salir vivos de allí. Devon estaba seguro de que habían saboteado el carro, porque la manera en que se movía indicaba que los ejes estaban por zafarse. Sería un milagro no morir. Buscó debajo del asiento y dio con el hacha y la barreta que siempre portaban. Miró a su esposa y en una mirada conectaron entendiendo que no había otra manera. Comenzó a partir la pared delantera para poder salir y controlar los caballos. Era madera resistente. Le dolían los brazos de blandir el hacha y estrellarlo al panel, pero logró hacer un hoyo y otro hasta que cupo por el espacio creado logrando salir hacia el pescante donde debía de haber estado el cochero. No había riendas. El eje no iba a aguantar; el contra rodete iba a soltar la clavija maestra y la cajuela iba a dar tumbos hasta detenerse por inercia. Se volvió hacia dentro.

—Salta con los niños.

—No voy a dejarte —dijo ella desesperada. Él se acercó.

—Salta, Harmony. —Tomó su rostro entre sus manos—. Cuando te lo diga, lo harás. —La joven negaba con la cabeza. Los ojos empapados en lágrimas.

—No me iré sin ti.

—Claro que lo harás. Tendrás unos segundos. —La besó en los labios—. Lo harás. Por los niños y por mí. Te lanzaré en el momento preciso. No tengas miedo.

—No tengo miedo. No quiero dejarte.

—Iré detrás de ti. Lo prometo. —Miró a los niños—. Ustedes se sujetarán a la tía con todas sus fuerzas y no se soltarán por nada. Ella los protegerá. —Miró a Harmony a los ojos. No pudo decirle que la amaba, pero la lágrima que surcó su mejilla fue testigo que moriría por ella de ser necesario.

—Tío, mamá...

—Mamá estará a vuestro lado al bajar.

Devon abrió la puerta y ni bien divisó una pequeña lomada de tierra decidió que era el momento. Besó a su esposa y la aventó hacia fuera. No alcanzó a seguirla. Al instante el carro se desprendió del yugo y comenzó a rotar a gran velocidad. Fue dando vueltas a bandazos hasta dar con un árbol, donde se detuvo.

Richard y Megan, que no habían conseguido alcanzarlos, pero los seguían de cerca, vieron cómo Harmony era despedida hacia fuera y cómo la cajuela comenzaba a dar tumbos saliéndose del camino. Megan creyó morir al entender que sus hijos estaban dentro. Azuzó al caballo cuando sintió los gritos de su hijo mayor llamándola. Se detuvo. Miró hacia atrás, vio que sus niños estaban junto a la joven; el pequeño, aún abrazado a Harmony, lloraba desconsolado. Volvió y casi tirándose del caballo se abrazó a ellos. Richard al ver la escena entendió que Devon había quedado dentro.

Harmony intentó ponerse en pie, pero un mareo le sobrevino de repente; se había golpeado la cabeza y la pierna de dolía horrores.

Buscó a su alrededor.

No estaba.

Devon no estaba.

No había saltado.

Su mundo se volvió sombrío, más negro que la misma oscuridad.

Al ver la cajuela estrellada contra aquel enorme árbol murió un instante.

Corrió..., corrió sin importarle su estado.

Al llegar, una de las puertas estaba bloqueada sobre el suelo, mientras que la otra miraba al

cielo. Estaba de lado, por lo que Harmony comenzó a trepar hasta dar con la abertura. Ahí estaba, desmadejado en el suelo. Quieto, tan quieto que ni siquiera lo notaba respirar. La locura la invadió.

—¡No!

La visión de la sangre alrededor de él no la dejaba pensar.

Hizo agarre con sus manos y brazos en los barrotes, donde antes había estado la puerta y, balanceándose, se dejó caer muy cerca del cuerpo de su esposo. El dolor de la pierna la atravesó de lado a lado cortándole la respiración. Podía sentir como la sangre manaba de la herida que no se había atrevido a mirar. El brazo izquierdo le dolía demasiado y la espalda le latía a consideración.

Cobró fuerzas e incorporándose se abrazó a Devon que, inconsciente, gimió.

Su palidez perlada la alarmó. Estaba desangrándose.

—¡No! ¡Devon! Le prodigó unas palmadas en sus mejillas intentando traerlo a la consciencia —. Despierta, por favor. No podré sacarte si no me ayudas. ¡Por Dios, Devon! No puedes dejarme...

No podía morir.

No él.

Palpó su cuerpo hasta dar con la herida que estaba vertiendo la sangre y rasgando su vestido presionó el costado improvisando un vendaje ajustado. El objeto perforante estaba aún clavado; no iba a quitárselo, sabía que si lo hacía se desangraría en cuestión de segundos.

Sintió ruidos y al mirar hacia arriba vio que Richard estaba montado sobre el vehículo con una cuerda para intentar sacar a su esposo.

—Está muy herido. Busque un médico.

—Habrá que sacarlo antes, Harmony —le dijo el duque de Richmond con suavidad, pues la imagen de la joven, envuelta en lágrimas y desesperación, lo entristeció.

—Rodéalo con la cuerda —dijo Andrew ni bien apareció.

—No. Se agravará más y...

—¡Has lo que te digo! —la interrumpió Andrew, que al no recibir respuesta alguna descendió hasta donde estaba Devon—. Hazte a un lado. Enroscando la cuerda por debajo de las axilas de su primo, hizo un nudo seguro.

—Tiene un vidrio incrustado en el costado. Es mejor ladear el carruaje y sacarlo por la puerta. —Andrew la miró como si fuera idiota.

—¿No te parece demasiado pronto para enviudar? —Harmony palideció. Pensar en que Devon podría morir no estaba entre las posibilidades y, menos aún, que ese la acusara de desearle la muerte.

—Si llaman a Robert, entre los tres podrían hacerlo. Yo lo cuidaría para que no se golpeará. ¡Podría intentarlo! Además, debería traer un carruaje, ¿o cómo piensa llevarlo hasta la casa? Va a sacarlo para luego volver a bajarlo. ¡Si el vidrio descubre la herida va a morir desangrado!

—Te gustaría, ¿no? —Andrew no vio venir la bofetada que le cruzó la mejilla izquierda.

—No vuelva a faltarme el respeto. —La furia en los ojos de la joven y su determinación en hacer su voluntad admiraron a Richard.

—Ella tiene razón, Andrew. Iré por lo necesario. John ya debe de haber llegado a la casa. No estamos lejos, apenas a unas cuadas. Quédate con ellos. —El duque de Somerset asintió.

Richard montó en su caballo y se dirigió a Somerset House. De camino se cruzó con Robert, que iba hacia el lugar del accidente. Lo instó a seguir. Al llegar a la casa ordenó preparar dos

carros, buscó toallas. Le explicó a Rose lo sucedido en pocas palabras para que estuvieran preparadas para recibir a Devon. Ya en su montura, vio llegar a John, que, sin descender de su caballo, se unió a él. Durante el corto trayecto, Richard le relató la situación y el médico decidió que la idea de Harmony era apropiada.

Así sucedió.

Ladearon el carruaje y lograron sacar a Devon por el lado que había perdido la puerta. Lo subieron a la carreta y con John al lado lo llevaron a su casa. Tanto Andrew como Robert subieron a sus caballos y los siguieron. Harmony, intentando salir del carruaje, vio como un brazo la tomaba de la cintura y la sacaba sin el más mínimo esfuerzo.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Estaré en deuda contigo el resto de mi vida. Gracias por salvar a mis hijos. Ahora montarás conmigo hasta la casa. John deberá revisarte también. —La joven asintió—. Por cierto, yo también hubiese golpeado a Andrew. A veces se pone idiota. Es la preocupación, no se lo tomes en cuenta, por favor. —La muchacha volvió a asentir.

Se dejó hacer.

Ya no tenía voluntad.

Su espíritu se había rendido.

Los golpes recibidos habían hecho mella en su cuerpo.

A lomos del caballo, alcanzó la inconsciencia.

Las horas seguidas fueron cruciales.

Si bien el vidrio incrustado no había perforado ningún órgano vital, había lacerado la piel y el músculo; la fiebre no remitía y el joven no despertaba, por lo que John dedujo que el golpe en la cabeza había sido de consideración. El hematoma, que se encontraba entre el parietal y el temporal izquierdo, había crecido con bravura y lo mantenía en el sopor del sueño. La pierna derecha había acusado una quebradura no expuesta, pero sí desfasada un tanto. Luego de acomodar la tibia, John le intervino el brazo izquierdo, que se lo había tajeado de arriba abajo dejando un surco profundo. Con precisión quirúrgica, reparó un tendón y cerró la herida. Ahora quedaba esperar.

Se lavó las manos. Dio instrucciones precisas para el cuidado del conde. Dos enfermeras que mandó llamar se hicieron presentes en Somerset House sin retraso para ponerse a sus órdenes. En especial, Amelia Barker, nacida en el seno de una familia de médicos —su abuelo, su padre y su tío eran médicos—, destinada a ejercer la medicina, sin poder estudiar para ello por ser mujer, y excluida de su familia, en cuanto al ejercicio de las artes médicas se tratase, por la misma razón. Amelia había encontrado aceptación y apoyo para llevar a cabo la realización de su pasión en John Hayde, un médico y un hombre excepcional, desde su perspectiva. Amelia adoraba a John, no solo por ser un buen médico, sino por darle la oportunidad de ejercer y aprender a su lado. Si él la necesitaba, ella estaba. Siempre estaba para él.

—Amelia, necesito especial cuidado con el conde. Es para mí un hermano. —La joven asintió—. Iré a atender a la condesa.

—Yo limpié su herida.

—¿Qué herida?!

—Tiene un corte en la pierna. Es profundo. Limpié, pero hay que cauterizar o coser.

—Debiste informarme antes de esto, Amelia.

—La condesa no me ha dejado. Hasta me ha amenazado con echarme de la casa si lo molestaba a usted antes de que acabara de atender al conde. —John sonrió.

—El amor...

—Sí. Ha llorado. Se nota en sus ojos el miedo a perderlo.

—Iré a verla. —John señaló a Devon—. Lo cuidas y me llamas ante cualquier duda, movimiento, o lo que fuera, ¿entendido?

—Sí, doctor.

John llegó a la puerta y, al darse cuenta de que desconocía dónde estaba alojada Harmony, preguntó a Amelia:

—¿Dónde está la condesa?

—Por el pasillo, tres habitaciones más, la cuarta a la izquierda.

—Gracias.

¿Por qué tres habitaciones de por medio? Si bien la distancia era nada, podrían haberle dado la habitación contigua a la de Devon.

—John. —La voz grave de Andrew lo sacó de sus pensamientos.

—Dime.

—Dime tú. ¿Cómo está Devon?

—Bien. Pierna quebrada, abdomen saturado, sin órganos dañados, un brazo dislocado y amoratado. Un golpe, que no me gusta nada, en la cabeza. Tenemos que esperar a que despierte. Por cierto, ¿por qué tan alejadas las habitaciones? Era más práctico una al lado de la otra.

—Bea vio el accidente. Quiere venir a verlo. Me apreció apropiado darle distancia e intimidad.

—¿Bea? ¿Lady Beatriz? —Andrew asintió—. ¿La vizcondesa de Torrington? —El duque de Somerset volvió a asentir—. ¿Estás loco? No te atrevas a permitirle el paso. Devon está casado, deja a sus amantes fuera de esto. En todo caso, es una decisión que él debe tomar y, por si no te has dado cuenta, está inconsciente. ¡No hagas estupideces! ¿Crees que Devon va a perdonarte que crees un conflicto con su esposa? Déjate de idioteces y no te metas en relaciones ajenas. ¿Qué te sucede? ¡Hubieras arrancado la cabeza de cualquiera que se hubiese interpuesto en tu relación con Francesca! ¿No te agrada Harmony? Pues te aguantas, porque ese que está ahí postrado daría su vida por ella. De hecho, la ha dado.

John se volvió sobre sus pasos y, abriendo la puerta de la habitación en la que se encontraba Devon, llamó a la enfermera.

—Amelia —hizo un gesto para que esta se acercara—, que nadie entre a la habitación sin mi autorización. —La miró con expresión ceñuda—. Nadie es nadie. —La joven asintió—. Si alguien lo hace por la fuerza, me buscas de inmediato.

—Sí, doctor.

—Él —señaló a Andrew— tiene prohibida la entrada.

—¡Es mi casa!

—Perfecto. Lo trasladaré a la mía.

—¡Déjate de tonterías, John! No voy a entrar, ni nadie más lo hará.

John lo miró advirtiéndole, no solo con su mirada, sino con su postura y gestos, que se enzarzarían en una pelea si le desobedecía y bien sabía Andrew que, cuando su amigo perdía la paciencia, estaba dispuesto a repartir hostias a diestra y siniestra.

Dos golpes a la puerta alertaron a Francesca, que estaba dormitando sentada en una banquetilla ante la cama de Harmony.

La duquesa de Somerset se había ocupado de atenderla. Si bien la enfermera había hecho las primeras curaciones, era ella quien le había cambiado el vendaje y aseado; el estado de la pierna de Harmony la preocupaba, en especial porque estaba levantando fiebre.

Se incorporó y abrió la puerta permitiéndole el paso al médico.

—¿Cómo está?

—Con temperatura. Y su pierna... También tiene un corte en un brazo.

—Devon... —John se acercó a la joven al instante de escuchar su voz.

—Pequeña, Devon está bien. Ya lo reparé, no te preocupes. Ahora veamos tu pierna.

—¿Despertó? —El médico apretó los labios y eso bastó para que ella entendiera que no—. Entonces, no está bien. He visto personas morir por darse un golpe en la cabeza. ¿Tiene fiebre?

—Harmony... —La joven sonrió con ironía.

—Cómo se atreve a decirme que está bien cuando está afiebrado e inconsciente. Iré a verlo.

—No. —No fue una orden, sino una sutil negación de alguien que sabe que debe quedarse allí. La autoridad implícita en esa palabra tan vacía, pero, a su vez, tan cargada de connotación hizo que Harmony, que estaba incorporándose, volviera a yacer en la cama—. Voy a curar tu herida, luego te acompañaré a su lado. —La joven asintió y John descubrió cómo esos preciosos ojos ámbar, cargados de lágrimas, reflejaban un amor indiscutible.

Capítulo XI

—¡No puede ser que no tengamos nada! —Robert estaba exasperado.

—El chico delató a quién le ha pagado, pero ni rastro. Es obvio ha usado nombre falso. Si no damos con esa persona, que fue quién orquestó el atentado, no sabremos quién está detrás —dijo Harding.

—Es una maldita cadena —se quejó Richard.

—Precisamente, actúan así para no dejar huellas —explicó Andrew.

—¡Y una mierda! ¡Estoy harto! Se quieren cargar a mi hermana y no puedo hacer nada. —Robert estaba descentrado—. Han pasado cinco días. Casi matan a Devon. —Miró a Richard furioso—. Fue tu madre.

—Me alejaré. —Fue la única respuesta del duque de Richmond ante la acusación de Robert.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Andrew.

—Devon me dijo que, si logro convencerla de que mi relación con Megan está muerta y que me casaré con alguien que le guste, bajará la guardia. Y eso voy a hacer, porque parece que de otro modo no vamos a conseguir nada. Hablaré con Megan.

—Es buena idea. Sabe que para eso deberá cortar toda relación con la familia Evans, ¿no? —dijo Harding y Richard asintió—. Especialmente con Robert. Si usted se peleara con la señorita Megan, entonces su relación con él se vería afectada.

—Lo sé ¿por qué lo aclara?

—Porque es difícil verlos separados, siempre van juntos.

—Lo haremos. —Robert miró a Richard—. Si me precisas deberemos comunicarnos de otra manera. Megan y los niños se irán conmigo a Dunster cuando John considere prudente que Victoria pueda viajar. —Richard volvió a asentir.

—Haré todo lo que esté en mi mano por desentrañar esto. Moveré los hilos que haya que mover. Créanme que daré con el agresor, sea quien sea. Tarde o temprano dejará un cabo suelto y ahí estaré yo. Denlo por hecho.

—Lo veo muy seguro, Harding —dijo Andrew.

—No es seguridad, es experiencia. Quedó demostrado que esto es un atentado al igual que lo ocurrido aquí mismo con el incendio hace meses atrás. Solo debemos prestar la atención debida. Sabemos a ciencia cierta que quieren matar a la señorita Megan y a los niños, y sabemos quién es el potencial agresor, solo hay que estar prevenidos y atentos. Es cuestión de que caiga por el propio peso. Y, como dice el duque —señaló a Richard—, si ve que no hay un motivo, no va a atentar una y otra vez, aunque sí puede que planee un golpe final. Si él demuestra sumisión ante

sus pretensiones, entonces la duquesa de Richmond se dedicará a planear el desenlace que desea, donde, sin apuros, busque eliminar definitivamente a su oponente. Porque es evidente que, en este momento, su hermana resulta un obstáculo. No sé, algo se esconde en todo esto.

—Devon dijo lo mismo —sorprendió Richard—. Me sugirió que investigara la muerte de mi padre y que buscara a mi tío. —Robert lo miró entrecerrando los ojos.

—Muy bien, creo que tiene mucho que contarme, duque.

—Vayan a mi estudio —les ofreció Andrew—; allí tendrán privacidad y tiempo.

Partieron los tres. Richard y Robert a la par, como si sus movimientos sincronizados fueran naturales; como si uno fuera parte del otro.

—Es extraordinario cómo se complementan —dijo Harding con asombro—. Pensé que hablaría solo con el duque. —Ambos giraron y lo miraron como si fuera idiota.

—Si estamos los dos, me ahorrará contarle todo luego —razonó Richard mientras Robert sonreía.

—Increíble.

Harding los miró detenidamente y supo en ese momento que remover el pasado dejaría al descubierto varios tejes y manejes que estos dos ni siquiera sospechaban.

—¿A dónde vas, preciosa?

—¡Por Dios! ¿No se cansa de molestar?

—¿Molesto?

—Hace casi una semana que está aquí y no ha dejado de molestarme. ¿Es que no tiene nada que hacer?

—Mi mejor amigo se accidentó. Está herido y es mi deber brindarle mi ayuda.

—¡Exacto! El conde de Arundel está en el piso de arriba. Deje de merodear esta zona.

—Si dejo de merodear por aquí, entonces no te vería nunca. ¡Te escabulles de mí las veinticuatro horas del día!

—Se trabaja de este lado de la vida, ¿sabe?

—¿Me estás llamando vago?

—Lo ha dicho usted.

—No lo he dicho, lo he preguntado.

—Pues, si fuera inteligente, sabría la respuesta. —Erik le quitó las pilas de toallas que llevaba en las manos y las reposó en una mesilla cercana—. ¿Qué hace? —Isolda, pasmada, intentó recuperar la ropa blanca.

—No, preciosa, solo me tendrás a mí en tus manos.

Sujetándola de la cintura y de la nuca a un tiempo, la atrajo hacia su cuerpo para besarla.

Y la besó.

Tan sorpresivo fue el movimiento para la muchacha que no reparó en sus intenciones hasta que sintió como los labios de él se adherían a los suyos. Los sintió suaves como la seda; cálidos como el sol en primavera; tiernos como el algodón; dulces como la miel.

Y a ella le gustaban la seda, el sol, el algodón y la miel.

Debió dar un paso hacia atrás y rechazarlo.

Debió razonar sobre lo que le había dicho su madre.

Debió recordar lo que anhelaba su corazón sobre matrimonio, hijos y felicidad.

Debió pensar en su futuro y saber que el camino no iba por ahí.

Debió no tener curiosidad.

Todos los *debió* no bastaron cuando Erik introdujo su lengua en su boca y ella pudo, con susto, degustar su sabor. ¡Dios! Estaba perdida.

Él se dio cuenta de su ignorancia y, con paciencia, fue entreabriendo su boca, entrando despacio hasta hacer contacto con su lengua, con la cual jugueteó hasta que Isolda respondió.

Sentir la lengua de la joven buscando la de él, lo enardeció y, apretándola a su cuerpo, profundizó el beso no dejando lugar a dudas del deseo extremo que lo asaltaba. No había besado nunca a nadie de ese modo; claro que había hecho contacto con diversos labios, pero nunca experimentado esa sensación de plenitud, ternura y... ¡Mierda! Su pene había reaccionado de forma alarmante. ¿Sería posible derramarse por un beso? Mejor era no averiguarlo. Rompió la unión entre ambos y la separó de su boca. Verla con los ojos cerrados, disfrutando de él, era aterrador. Estaba perdido.

—Preciosa, creo que fue suficiente.

Ella abrió sus ojos y lo miró con laxitud, buscando centrar la vista. Podía dar fe de haber perdido la consciencia por unos instantes. Entreabrió la boca, confundida, pero no alcanzó a ordenar sus ideas cuando estaba arrinconada a la pared siendo besada, otra vez, por aquel marqués que se creía con derecho a avasallarla en el momento que se le antojara. Aunque sus ganas de besarlo rivalizaban con las de él, tomó la decisión de terminar con lo que fuera que estuviera comenzando. Ella no quería ser querida de nadie y era muy fácil enamorarse de él. Una lágrima cayó por su mejilla y se odió por eso, pero pensar en que eran el agua y el aceite por pertenecer a mundos distintos la entristeció y la enfureció. Si ella fuera de la nobleza, él no la hubiera besado; la hubiera cortejado, pedido en matrimonio y bla, bla, bla; pero era una criada que podía tomar sin más. Empujándolo por los hombros, lo rechazó de plano.

—No.

—Preciosa...

—No.

—No llores, pensé que...

—No. Si pensó que quiero sus atenciones, está equivocado. Soy pobre, no pertenezco a su estatus, pero soy honrada.

—Yo no dije...

—No ha dicho nada, pero ha hecho. No le he dado permiso.

—Has participado del beso, creí que eso era un permiso.

—Es verdad. —Se irguió poniendo distancia entre ellos—. No volverá a ocurrir.

—Hasta que te bese de nuevo. —La cara de asombro y dolor de la muchacha le provocó arrepentimiento por aquellas palabras dichas con premura—. Lo siento. —La joven tomó las toallas y apuró el paso—. ¡Isolda! ¡Isolda!

Iba a correr detrás de ella cuando su sensatez lo detuvo.

Era mejor dejarla ir.

Los tonos ocre resplandecientes teñían la ciudad y el frío comenzaba a notarse. La oscilación de

las temperaturas se acrecentaba entre el mediodía y la noche, pero seguía siendo un mes cálido. Para ser mediados de octubre, el clima estaba revuelto, igual que la animosidad en Somerset House.

Harmony estaba recuperándose bien; si bien estaba muy acostumbrada al frío, desde el accidente no había recuperado la calidez corporal. Estaba helada; tal vez fuera la convivencia. Soportar a los parientes de su esposo, en el más literal de los sentidos, estaba minando su paciencia. Siempre una mirada despectiva, una sonrisa burlona, una palabra peyorativa. No encontraba paz. Las suturas en su pierna estaban limpias y no evidenciaban infección.

Había cuidado de Devon mientras la consciencia lo abrazaba.

Había ayudado a limpiar sus heridas.

Había enjugado su frente ante las elevaciones de la temperatura.

Había velado sus sueños cada noche.

Había tomado su mano cada vez que el dolor lo envolvía.

John le había permitido estar a su lado día y noche.

Ahora caminaba despacio por el jardín, pues el médico le había ordenado ese ejercicio y lo agradeció, pues el encierro la estaba matando y el duque de Somerset la asediaba por todos los flancos. Era consciente de que no había obrado bien tiempo atrás, pero había tenido sus razones y no iba a pedir disculpas por eso; cada uno defendía lo suyo como podía.

En breve estaría de camino hacia Arundel House. Su esposo había despertado y era necesario preparar la casa para recibirlo según John le había explicado.

Devon, por su parte, estaba dolorido. El cuerpo había acusado más golpes que los que había creído el médico en su momento, pero se recuperaba bien, aunque a su amigo le preocupaba el golpe en la cabeza, pues había tardado lo suyo en recuperar la consciencia.

—Ya puedo irme a casa.

—¿Esta no es de tu agrado?

—No es eso. Quiero estar tranquilo con Harmony. Ella no está bien.

—Tú no estás bien.

—No importa. Desperté y lo primero que vi fue su mirada atormentada. Deben de estar haciéndole la vida imposible.

John se sentó en la silla contigua a la cama, adoptando su peculiar pose de cuando va a decir algo importante y rumiado: piernas abiertas, brazos descansando sobre las rodillas con sus manos unidas en dedos entrelazados y la mirada fija en sus pies, pero a la vez extraviada en su mundo. Ya mascullado el pensamiento, se enderezó en toda su estatura apoyando su ancha espalda en el respaldo de la silla; inhaló, se mesó el cabello, exhaló. Miró a Devon a los ojos y decidió hablar.

—Te ha cuidado todo el tiempo que has estado inconsciente. No se ha movido de tu lado. Ha sufrido cada instante porque no despertabas y te retorcías de dolor. Esa mirada en la que has reparado es de angustia y sufrimiento por verte postrado. Ha dormido de ese lado de la cama cada noche. La he visto llorar por ti. Y es toda coraza ante los desplantes de Andrew; solo Richard ha sido considerado con ella. Robert se mantiene al margen. Las chicas van con pie de plomo. Es una mujer valiente y entregada. Pero, por sobre todas las cosas, te ama. Esa joven está enamorada de ti. —La expresión en el rostro de Devon no fue de asombro y John supo que algo estaba pasando—. ¿Ya lo sabías? Ya sabes que ella te ama.

—Me voy hoy mismo, a menos que me digas que moriré en el traslado.

—No, amigo. No vas a morir. No por esto, al menos. Aunque el golpe en la cabeza...

—Es solo un golpe. Y pasará lo que tenga que pasar, ¿o sabes algo más para evitar una tragedia por lesiones en la cabeza? —John negó—. Pues eso, me largo. Avisa que me traigan ropas y ayúdame a vestirme. ¿Dónde está Harmony?

—Sabía que ibas a querer irte y le pedí que fuera a Arundel House a preparar tu llegada, con instrucciones precisas. —Devon asintió—. Acá está tu ropa. Te ayudaré a vestirme. Ten cuidado con la pierna rota. No la apoyes. Las muletas —señaló la pared donde estaban reposando los soportes para sostener su peso— te ayudarán a trasladarte; al ser una quebradura sin exposición, sanará rápido, pero debes cuidarte de apoyarla y de los golpes. ¿Me has entendido? —Devon asintió—. Como ya has visto, la he entablillado con varillas de hierro y la he envuelto en vendas embebidas en yeso. Te la he escayolado, igual que hacen en la construcción. A su vez, la he sostenido con bandas de cuero para darle más rigidez, pero es tu responsabilidad hacer el reposo necesario. Repito, no debe recibir pesos ni golpes. —Su amigo asintió de nuevo—. Ahora ven, ponte en pie que me ocuparé de ataviarte.

—¿Qué se sabe de lo sucedido?

—Anthony lleva el caso. Robert capturó al joven que azuzó a los caballos y, aunque dio un nombre, es falso. El muchacho no tiene la culpa, bien sabes que hacen cualquier cosa por dinero o comida. El problema real es que el verdadero responsable es alguien con poder que desliga en varias personas distintas fases del atentado para que sea difícil dar con él. Demás estar decirte que confundieron a Harmony con Megan al subir con los niños al carruaje.

—No es difícil saber quién fue.

—Claro que no, lo difícil es probarlo. Richard va a seguir tu consejo. Dejará a Megan y romperá su amistad con Robert de cara a la sociedad para que su madre lo crea y así poder investigar desde adentro. Rhis será el enlace.

—¿Rhis? Es buena idea. La vieja no sospechará de él, es su ojito derecho.

—Esa es la intención. Al ser hijo de su mejor amiga, la duquesa de Richmond bajará la guardia; además, no sabe que es amigo de Robert, solo piensa que llevan negocios juntos, nada más. Y, como está de viaje y llega en dos días, es ajeno a lo sucedido. Es la persona adecuada.

—Sí que lo es.

—Me iré a Francia unos meses. —Devon lo miró extrañado—. Se presentaron unos casos singulares de gripe en el sureste y junto a Burak decidimos ayudar; con suerte podremos apartar la cepa para estudiarla.

—¿Burak?

—El médico otomano del que te hablé. —Su amigo asintió—. Me propuso realizar la experiencia; sin contar que ayudaríamos muchísimo si logramos el objetivo. Lo último que necesitamos es que una nueva peste se expanda. Serán unos tres meses como mucho.

—¿Cuándo te irás?

—En cuatro días. No pongas esa cara, sabes tan bien como yo que Leonard es un muy buen médico. Y estaré acá para el nacimiento del niño de Andrew.

—Está convencido de que es una niña.

—Es un niño, tiene la barriga en punta y ya sabes lo que dicen las viejas sobre eso. Es infalible.

—¿Y Lisbeth?

—Ya no está en mis planes. Me dejó claro que no me quiere. Ya está. No todo el mundo quiere a todo el mundo.

—Estás enamorado.

—Pues ya aparecerá alguien más. El amor se construye de a dos. Jamás me ataría a una persona sabiendo que no me quiere. No. El amor es magnánimo y yo quiero ser feliz. Después de todo, no nos conocemos. Ella me atrae y yo a ella no. No hay que darle más vueltas al asunto. Las cosas como son.

—Si lo prefieres así. Es tu vida.

—No puedes mojar las heridas para bañarte. Vas a tener que asearte con mucho cuidado. Mañana decidiré cuándo podrás lavarte la herida del abdomen. La pierna no la puedes mojar hasta quitar la escayola. —Devon asintió—. Ya podemos irnos. Te ayudaré a bajar las escaleras.

—¿Ya estás levantado? —se asombró Megan.

—Me voy. —Fue cortante en su respuesta.

—¿Qué sucede, Devon? —volvió a preguntar su hermana.

—¿¡Qué sucede!? ¿Sabes por qué están vivos tus hijos? No. ¡Claro que no! Asumiste que fui yo. —Megan le sostuvo la mirada casi con miedo—. ¿Acaso preguntaste? ¿Le has preguntado a Harmony? No, porque eso implicaría enterarte de que ella los salvó; y deberle la vida de tus hijos sería muchísimo.

Victoria entró en la casa casi a trompicones con Robert detrás. Al ver la furia en el rostro de Devon, se detuvo de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—Que todos decidieron maltratar a Harmony. ¡No! No se miren entre ustedes como si guardaran complicidad. Ella no me ha dicho nada, fue John quien me contó el trato que le dispensaron, en especial Andrew. ¿Y por qué?! ¿Por unas cuantas palabras que le dijo a Victoria en un baile? ¿Es que están locos? Si tú —señaló a Robert— tuviste diferencias con ella —señaló a Victoria—, fue por la falta de comunicación que había entre ustedes. Harmony pudo haber dicho muchas cosas, pero si ustedes lo hubiesen hablado, como hacen las personas civilizadas, hubieran llegado a buen puerto, pero no. Cada uno por su lado decidió emitir un juicio de valor sobre el otro, así que no se atrevan a culpar a Harmony por vuestra estupidez e ineptitud.

—Devon...

—¡No! Es mi esposa. La amo. Y, si tengo que defenderla de vosotros, lo voy a hacer. No la voy a ignorar ni vilipendiar como tú hiciste con Victoria o como Richard hizo contigo. Yo no soy esa clase de hombre. ¿Se han reformado? Me alegro, pero dejen a mi mujer en paz. Si no pueden respetar mi amor, entonces no quiero nada de vosotros.

Se fue dejándolos sin poder esgrimir la última palabra.

Azorados se miraban entre ellos.

Devon había puesto los puntos sobre las íes.

Capítulo XII

Con diligencia, ni bien llegar a Arundel House, la condesa se reunió con el mayordomo y organizó a la servidumbre, que, con órdenes específicas y sin detenerse, prepararon todo para la inminente llegada del conde. Francesca iba y venía tras su amiga, que no se detenía hasta estar segura de que cada simple y sencilla orden se cumplía con prontitud. Ya en las cocinas, dio instrucciones sobre el menú diario que debía seguir el señor durante los primeros cinco días. También dejó anotado las horas exactas en que se debía hervir el agua que sería destinada a las curaciones. Presentó a la enfermera que estaría a cargo de los cuidados especificados por el médico y ordenó preparar su habitación, no muy alejada de la principal.

Suspiró.

Ya todo estaba encausado.

Debía descansar unos instantes. Estaba agotada.

—Amiga, ven. Ya has organizado todo, estate quieta un momento.

Francesca se acercó y la instó a sentarse en uno de los sillones. Se arrellanó a su lado y enlazando uno de sus brazos, por los hombros, la abrazó. Harmony se dejó hacer; necesitaba un gesto afectuoso que la contuviera. En esos días había transitado por un vaivén de emociones que la tenían pendiente de un hilo al borde de la cornisa. Precisaba descargar las emociones que estaban ahogándola y Francesca pudo darse cuenta de ello.

—Llora. Te hará bien. Siempre es mejor dejar salir la angustia. Llora.

Y lloró.

Vaya si lloró.

El lamento lastimero dio paso a un desconsolador llanto.

Se deshizo en lágrimas

Y su amiga la dejó llorar.

La acompañó sin palabras, solo con gestos y caricias.

Una en brazos de la otra mientras Francesca tarareaba una bonita melodía napolitana.

La angustia y el susto se fueron aplacando hasta sollozar. El hipo marcó presencia y el rostro, surcado por las lágrimas, recobró serenidad.

—No logro reponerme del miedo a perderlo. —Miró a su amiga con el susto reflejado en sus ojos—. ¡Creí que había muerto! No puedo poner en palabras el terror que sentí cuando me di cuenta de que no había saltado, cuando vi el carruaje contra aquel árbol, cuando lo vi tendido en un charco de sangre. —Su mirada se extravió en la nada y las lágrimas surcaron su rostro una vez más.

—¡Por Dios, Harmony! Estás enamorada de Devon. —Francesca hizo silencio sin dejar de observarla—. Siempre fue él, ¿verdad? Nunca estuviste enamorada de Robert.

—Desde que lo vi la primera vez no he podido dejar de pensarlo. Fui creciendo y, conmigo, mi fascinación por él, pero cuando lo fui conociendo ya no pude apartar mis sentimientos. Es una persona maravillosa. Lo amo. Moriría por él y con él. No soportaría un día en esta vida sin Devon.

—Te obligaban a casarte con Robert... —Harmony sonrió con ironía.

—Como a todas las mujeres; son pocas las que pueden elegir. Yo no estoy en ese reducido número privilegiado de mujeres bien tratadas. Y tú tampoco, Andrew ha sido un remanso para ti.

—Y Devon para ti. —La joven condesa volvió a sonreír.

—No olvides que me han obligado a casarme con Devon.

—No entiendo. Estás enamorada de Devon, te has casado con él, pero ¿prefieres no estarlo? ¡Lo amas! ¿No querías casarte con él? —Harmony negó—. ¿Por qué?

—¡Por esto! —Llevó su mano abierta hacia su corazón y la reposó en él—. Puedo vivir con él a lo lejos, pero no puedo vivir con él así. Sufro todos los días, ¿sabes lo que es amarlo y pensar que está conmigo solo por obligación? Podía estar con Robert, porque no siento nada por él. Era una orden más que cumplir; hubiera sido una unión de dos personas desconocidas con una obligación social. Sin embargo, estar con Devon es amarlo más cada minuto. Convivir con él es un tormento. ¡Anhele un amor que no voy a tener! Es morir cada día. Cuando intimamos disfruto del momento, pero por dentro me marchito. No quiero convertirme en una persona amargada que sobrevive sin amor. —Se miró las manos, le temblaban—. Prefiero vivir sin él sabiendo que es feliz...; podría con eso, pero no puedo con esto. La convivencia me está matando.

Francesca, fascinada, escuchaba a su amiga tratando de acomodar todo lo que oía en su cabeza, pues ella tenía claro que eran dos personas que se amaban, pero que no se habían dado cuenta del amor que cada uno profesaba por el otro. Algo los detenía y estaba harto segura de que eran ellos mismos.

—Creí que no habían consumado el matrimonio.

—Traté de evitarlo —Harmony se retorció las manos con nerviosismo—, pero me propuso ser amantes. Y acepté.

—¿Amantes? ¡Son esposos! Esto es un embrollo.

—Es muy simple, nos deseamos. Nos atraemos. Hay que engendrar un heredero y él es muy activo sexualmente. Así que, para no sernos infieles, somos amantes.

—Yo creo que ustedes están más locos que una cabra. Ya deberían sentarse y hablar. Deberían sincerarse porque yo veo amor en sus formas. Él te ama, lo veo cuando te mira, cuando te trata, cuando habla de ti. Ese hombre está enamorado de ti, solo que tú no puedes verlo.

—Si fuera así, me lo hubiera dicho. No, Fran, estás equivocada. Nos respetamos y nos llevamos bien porque hemos hecho una tregua, pero, de ahí a que haya amor de su parte, no. Él es un libertino, un enamorado de la vida. Ahora soy la novedad y la que tiene que aportarle un heredero. No vale la pena darle más vueltas. Hacerme ilusiones me destruye.

—No puede ser...

—Al día siguiente de casarnos trajo a una de sus amantes. Una de las criadas, que ahora es mi doncella, es su querida. Si me quisiera, como tú dices, ¿me deshonoraría de ese modo?

—No puedo creerlo, ese hombre es idiota.

—Hemos peleado siempre y no dejamos de hacerlo. Es un sinfín.

—¿Y eso no te dice nada?

—Ya te lo he dicho, soy la novedad. Ha reñido conmigo la mitad de mi vida; ahora me tiene en su cama. Pariré sus herederos. Llegará el momento en que se cansará y pasará a ser la perfecta esposa aristocrática de un conde que buscará las atenciones maritales en sus amantes. Y yo moriré todos los días un poco hasta ser un espectro.

El silencio las envolvió y por un momento prolongado ninguna de las dos dijo nada. Las palabras no bastaban. Harmony enjugó sus lágrimas...

—A Robert le hubiese tolerado cualquier cosa, pero a Devon...

—A mí no... —La joven volteó para ver a su esposo de pie con gesto dolido.

—Devon...

—Si quieres la libertad, te la daré ni bien revocar la cláusula. Tienes mi palabra de que accederemos al divorcio en la brevedad.

Harmony, en completo asombro y conmocionada, se incorporó con la intención de ir hacia él cuando su pierna herida falló. Al darse cuenta de que la caída era inminente, Devon intentó cogerla, soltando las muletas en el proceso.

Ambos cayeron al suelo.

Gritaron de dolor, cada uno por las lesiones que portaba.

—¡Mierda! Falta que se hayan descocado. —Se quejó John y al instante estaba ayudando a Harmony para luego ocuparse de Devon—. Llama al mayordomo, por favor, Fran.

Cuan diligente era, Walter estuvo allí a la menor brevedad.

—Señor, ¿ha mandado llamarme?

—Walter, necesito tres hombres para transportar al conde a sus aposentos. Y una tabla para poner debajo de su cuerpo. ¡Una puerta! Eso es, una puerta de las más sencillas, de esas que se les quitan las bisagras en un tris.

—Sí, señor.

—La doncella de la condesa...

—No la necesito. Puedo arreglarme sola.

—No, no puedes —dijo Devon enojado.

—Yo la ayudaré, John. No necesitamos a la doncella —se ofreció Francesca

—Muy bien. Que suban dos palanganas con agua hirviendo y toallas limpias a los aposentos del conde. También es necesario agua para el lavabo.

Harmony se encontraba casi encima de Devon, quien la abrazaba con ternura por los hombros y la cintura.

—¿Estás bien? —preguntó a su esposa tomando su barbilla entre los dedos. Ella asintió.

—No tendrías que haberme sujetado.

—Fue un impulso. —La joven volvió a asentir. Metió su mano por el costado del saco de su esposo y palpó la sangre.

—Estás sangrando.

—No es nada.

—¡Es sangre! ¡Dios! ¡Estás sangrando! —Él tomó su cara entre sus manos y le habló con lentitud, pero con firmeza para que reaccionara.

—Harmony, solo es sangre. No sucederá nada. —Ella rompió en llanto—. Preciosa, no llores.

—Devon la abrazó y el movimiento realizado rozó su pierna herida arrancando un grito de dolor. Asustado, rebuscó debajo del vestido y descubrió el vendaje empapado en sangre.

—¡Qué es esto! Nadie me dijo que estabas herida. ¡Dios! ¡Estás sangrando! ¡John!

Devon se incorporó como pudo, entre jadeos y dolores descomunales, y comenzó a quitarle el

vendaje entre protestas y llantos. Cuando descubrió la herida, un tajo de unos veinte centímetros, que surcaba la pierna derecha de su esposa, relucía ante sus ojos. Iba desde el tobillo hasta la rodilla. Quiso morirse al ver aquella pierna amoratada y cosida.

—No te dije nada para evitar esto —dijo John.

—¿Esto qué! ¿Acaso pensaste que iba a preocuparme menos si no lo sabía? ¿Es que están todos locos?! Lleva a mi esposa a mi cuarto.

—Tu herida...

—Llévala a ella primero, luego me ayudarás a mí. —John asintió y cargando a Harmony subió las escaleras hasta llegar a los aposentos del conde con Francesca detrás.

—Este no es mi cuarto, es el contiguo.

—Te dejaré aquí. Ya oíste a Devon. No voy a desobedecerle y a enfrentarme a su furia. Aunque, siendo prácticos, es mejor si están juntos, será más sencillo para mí, ya que tendré que atenderlos a ambos. —La joven asintió.

—Ve, John, me quedo con ella.

—Gracias, Francesca.

El médico se dio prisa y al llegar abajo comenzó a repartir órdenes. Los sirvientes que cargaban con la puerta estaban aguardándolo para transportar al conde. Le quitó el abrigo a su amigo dejando a la vista el sangrado de la herida del abdomen.

—Muy bien. Tú lo alzarás por el muslo, a esta altura —y mostrándole la manera pasó al siguiente—; tú de este costado, sin tocar la pierna escayolada; y tú de las axilas. Yo tomaré la pierna herida. A la cuenta de tres. Uno, dos, tres...

El grito de Devon al sentir como la carne se desgarraba, al levantarlo y apoyarlo sobre la puerta, fue lastimero.

Harmony lloró al escucharlo.



Sucedió que tuvieron que convivir en la misma cama por varios días.

Fueron días reveladores para la joven, quien abandonó el lecho antes que el conde por orden médica, ya que su esposo, para prevenir desplazamiento del hueso o un mal sellado, debió aguardar en cama lo que John le había dejado prescripto.

Al cabo de un mes y seis días, Leonard McLloyd, el médico que John había dejado a cargo de sus pacientes antes de marchar a Francia, le permitió a Devon abandonar la cama. Le había ordenado reposo total hasta estar seguro de que la fractura hubiera sellado lo suficiente como para no desplazarse. Era común que, por no ser precavidos o ser impacientes, las heridas óseas dejaran lisiados a quienes las portaban, ya que no le proporcionaban el tiempo necesario para sanar. Lo común era entablillarlas para inmovilizarlas, pero, como el vendaje no era inmóvil, sino que con los movimientos del cuerpo podía moverse, y dado que el hueso del conde había sufrido dos caídas con consecuencias negativas, la decisión del médico fue muy acertada.

Debieron transcurrir veinticuatro días más para que Devon pudiera, con autorización médica, apoyar la pierna sin reposar el peso del cuerpo en ella. Desde ese momento, y con ayuda de las muletas, el joven fue recuperando el movimiento con lentitud. Pasadas tres semanas, intentó caminar sin esos artefactos que tanto detestaba. Poquito a poco la pierna fue recobrando vigor hasta alcanzar su fuerza anterior.

Para las Navidades se sostenía sobre sus dos pies sin problemas, aunque todavía no apuraba el paso demasiado.

Harmony lo había acompañado en todo el proceso.

Fue su amiga y su compañera.

Aprendieron a conocerse desde la intimidad de estar juntos y acompañarse.

Ninguno de los dos habló de su pasado. Y, si bien ambos querían hablar del presente y del futuro, ninguno se animó. Pudo ser por cobardía, pudo ser por el puro miedo a perder la paz que habían conseguido; lo cierto es que no se dijeron nada con respecto a los sentimientos que los envolvía y los enlazaba.

Disfrutaron de estar unidos.

Leyeron juntos.

Él amaba leerle a ella. Era un experto imitador de voces, así que cada lectura era una obra de arte. Y, cuando el cansancio arreciaba, la voz calma y apacible de Harmony lograba que el corazón de él alcanzara la paz. La complicidad que había nacido entre ellos era genuina. Ella leía lo que él le pedía, aunque otras veces se aventuraba con lo que a ella le gustaba, recostada sobre su pecho mientras él le acariciaba su impecable melena rubia.

Era su esposa la que se encargaba personalmente de llevarle las comidas y asearlo. Devon no podía evitar sentirse molesto al saberse una carga para todo mundo, necesitando siempre de alguien a su servicio. Quería valerse por sí mismo y, en un intento desesperado por probar que sí podía, casi cae al suelo; fue en ese preciso momento en que vio, por primera vez, la furia reflejada en el rostro de Harmony. Tan enojada estaba que logró acojonarlo, pero con ternura la joven logró hacerle entender la gravedad de la situación y lo indispensable que era que él colaborara. Desde ese momento, Devon se dejó hacer y disfrutó de todas y cada una de las atenciones de su esposa.

Cuando hubo abandonado la cama para poner en movimiento su pierna, fue Harmony quien estuvo a su lado horas y horas siempre que la frustración intentaba ganarle a la paciencia. Ella le ayudó y le enseñó que la perseverancia lo alcanza todo. Fue así como juntos realizaron todos los ejercicios que el médico había ordenado. Eran mecanismos de un mismo reloj, se complementaban a la perfección.

Las Navidades, celebradas en Somerset House, fueron amenas. Andrew, so pena de muerte, no hizo gala de su lengua viperina y los demás estaban gratamente sorprendidos y agradecidos con Harmony. Haber visto y presenciado la complicidad y el apoyo mutuo que había entre los condes de Arundel les había hecho darse cuenta de que había amor en sus tratos.

Así llegó enero.

El frío, la nieve y la lluvia vinieron acompañados por las obligaciones.

Había asuntos que solo el conde en persona podía resolver y, por esa razón, Devon debía viajar al condado de Arundel con prontitud. No era un viaje breve, por el contrario, le tomaría unos siete días llegar si todo iba bien, sin contar con que el frío lo retrasaría. Robert había intentado disuadirlo por todos los medios posibles, pero su hermano no accedió. Los problemas que le atañían a él debía resolverlos él mismo; y ni loco le permitiría a Robert ausentarse sabiendo que Victoria daría a luz de un momento a otro. No. Jamás privaría a su hermano de presenciar el nacimiento de sus hijos.

Harmony se había opuesto al viaje.

Imaginarse a Devon dentro de un carruaje nuevamente le producía una desazón que no podía controlar. Lo quería con los pies sobre la tierra, no dentro de una de esas cajuelas, que bien habían demostrado no ser seguras. Claro que Devon, con toda su paciencia, le había explicado que era el único medio de transporte terrestre con el que contaban por el momento y no había más remedio que montarse en un carruaje si uno quería trasladarse a otra ciudad. Le explicó con amor que ella misma iba a tener que subirse a uno si no quería permanecer en Londres el resto de su vida.

Así fue como el conde marchó a hacerse cargo de los daños que el invierno, con fuerza bestial, estaba provocando en el condado dejando a muchas familias de la aldea sin nada, resguardándose en el castillo.

El castillo.

Si había algo que relucía en el oeste de Sussex era el espectacular castillo de Arundel, de proporciones gigantescas, rodeado de bosque. Era una estructura descomunal mandada a construir por Guillermo el Conquistador en 1067 para defender la cuenca del río Arun. Sus imponentes murallas eran un bastión infranqueable para cualquier enemigo y eran una fortaleza para los aldeanos en situaciones de guerra, hambruna o condiciones climáticas adversas. El conde de Arundel, por años, albergaba a toda la población de su entorno si la situación lo requería; siempre los aldeanos encontraban refugio en sus murallas y eran bien recibidos por sus señores. No era distinto ahora con Devon como conde; tanto él como Robert estaban dispuestos a trabajar de sol a sol ayudando a reconstruir la aldea.

Erik Scott, marqués de Oxford, acompañó a su entrañable amigo en la travesía que debía enfrentar luego del accidente. Casi con mayor temor que Devon, el joven marqués preguntaba cada cierto tiempo si habían sido bien supervisados los enganches del carruaje. Ante las risas de su amigo, era el propio Erik quien se encargaba de revisar todo al detalle cada vez que se detenían y partían de alguna posada hasta llegar a destino. Su vida era algo que valoraba en extremo, más ahora que se creía enamorado de cierta doncella quisquillosa que no dejaba que se acercara lo que él quería acercarse. Su padre lo destriparía si se enteraba del flirteo que estaba teniendo con la muchacha. Era de dominio público que su progenitor quería enlazarlo con la nieta de Lancaster, pero él declinaba por completo la oferta. ¡Ni loco iban a decirle con quien casarse! Y, si se enteraban de que Isolda lo tenía embelesado, era muy probable que su padre mandara ejecutarlo como si fuera un jacobino en plena Revolución francesa.

Harmony, por su parte, regía la casa de Londres con mano férrea. Había conquistado a toda la servidumbre y todos le eran fieles. Walter la tenía en un pedestal, era su sombra, su perro faldero..., su mano derecha.

Así pasaron los días.

Varias invitaciones a Somerset House pudo declinarlas, mientras que a otras tuvo que acceder por el simple hecho de ser educada. Y resultó que fue acertado concurrir, pues se encontró rodeada de afecto. El trato de las mujeres había cambiado por completo y hasta había apoyado su mano en el vientre de Victoria para sentir como sus bebés pateaban.

Aprendió a conocer a Megan. Su alma estaba atormentada; aunque intentaba no demostrarlo y, de hecho, lo ocultaba muy bien, Harmony podía distinguir cuándo la pena aquejaba a un espíritu. Y Megan era el retrato de la tristeza. Ella misma había vivido y vivía en esa condición, por lo que percibirlo en los demás no le era difícil. Y eso no la hacía feliz, prefería no darse cuenta, ya

que no tenía manera de solucionarlo. Y, aunque le había llamado la atención la ausencia del duque de Richmond, no había preguntado.

Robert, tan enorme y tenebroso, era un gatito al lado de su esposa.

Sintió que pertenecía a una familia por primera vez. Y, si bien Andrew no dijo ni una palabra, su mirada no la dejaba tranquila. Era admirable cómo Rose y Alice trataban de reparar el comportamiento soez de su hijo. Eran personas encantadoras.

Capítulo XIII

Febrero de 1827

Amaba el campo, pero extrañaba a Harmony.

Agradecía estar volviendo a Londres.

Los cuarenta y tres días transcurridos se le habían antojado una eternidad.

Había trabajado de sol a sol.

Serenidad, paz y reflexión habían inundado su alma; y claridad, porque había tomado la decisión de confesarle a su esposa su amor.

Era el único camino.

Tenía que dejar de ser cobarde. Estaba seguro de lo que había escuchado aquel día en el salón. No solo eso tenía como evidencia, sino lo que John le había contado y lo que él mismo había visto en su mirada todo el tiempo que hubieron compartido.

Era hora de tomar al toro por las astas y arriesgarse.

«No se gana la batalla que no se pelea», decía siempre su madre. Pues que así fuera.

—Amigo, ¿en qué piensas?

—¿Debería estar pensando en algo?

—Tu cara de esperanzado me dice que estás pensando en tu esposa. Quieres verla, ¿verdad?

—No sabes cuánto. —Se mesó el cabello—. Quiero verla. Quiero besarla. Quiero hacerle el amor. La extraño horrores.

—¿Y hace cuánto que...? —Devon lo miró perplejo.

—¡Qué te importa!

—Lo siento. —Erik levantó las manos en son de paz—. Fue curiosidad.

—¿Y tú? Sabes que Andrew te arrancará la cabeza si comprometes a la doncella de su esposa, ¿no?

—Es que me gusta, no puedo refrenarme cuando la veo. Es preciosa y tiene un carácter. Se le olvida que soy noble y, sin faltarme el respeto y manteniendo las formalidades, me trata como a un igual. ¡Es increíble! Me rebate todo lo que digo y no deja que me le acerque. Solo la he besado una sola vez. —Devon lo fulminó con sus ojos verdes—. Sí, amigo, y fue la gloria. Y fue su primer beso, pude sentirlo. Esa lengüita no sabía qué hacer. Y estaba roja como una fresa. ¡Dios! No puedo con ella. Me orilla a la locura cuando la veo.

—Déjate de idioteces. Es doncella, ni siquiera de amante puedes tenerla. Y ella no se rebajaría a eso. Y tu padre... Rodará tu cabeza antes de que siquiera puedas darle la noticia.

—¿No me digas? Qué adivino eres.
—Asume la realidad, no puedes desposarte con ella.
—Los tiempos cambiaron, amigo. Estamos en el siglo XIX.
—¿Has pensado en casarte con ella?
—Claro que no. —Devon sonrió.
—Entonces, los tiempos no cambiaron una mierda.



Desde su ventana podía ver la escarcha.

El frío atenazaba todo.

La nieve había estampado los jardines de blanco y las rosas rojas parecían bermellones esparcidos en la blancura de la nevada.

Hyde Park se veía solitario a esa hora de la mañana.

Habían pasado cuarenta y tres días.

Lo extrañaba.

Tanta complicidad y compañerismo no lo hubiera creído posible si se lo hubiera propuesto, pero había sucedido sin darse cuenta. Su relación amistosa había fluido como el agua. Y era sana. Era pura. Sin dobleces.

Era el momento de sincerarse.

Podía sentir como se querían.

Estrechó la carta en su pecho.

Volvió a mirarla.

Volvió a leerla.

Su letra era preciosa. Grande y risueña, como él.

Al día siguiente arribaría a Londres.

La ansiedad la carcomía por dentro.

Quería verlo.

Necesitaba verlo.

Unos golpecitos en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Adelante.

—Señora, la lavandera me ha dicho que su vestido verde claro, el que usó para pintar la habitación, está en las mismas condiciones que antes de lavarlo. Está limpio, claro, pero con las manchas esparcidas por toda la tela. Quiere saber si desea descartarlo.

—No, Blair. Que me lo mande. Me servirá para pintar otra vez.

—Sí, señora. —La joven iba a retirarse cuando se arrepintió y volvió sobre sus pasos—. Señora.

—¿Sí?

La muchacha titubeaba como si quisiera hablar, pero a la vez no. Era obvio que estaba discerniendo entre contarle o guardárselo para sí. Harmony esperó; si necesitaba de ella la ayudaría, si decidía guardárselo la entendería.

—Señora. No sé cómo decirle esto. —Una lágrima y luego otra comenzaron a surcar las mejillas de la muchacha.

—No llores, Blair, si puedo ayudarte lo haré. —Harmony tomó las manos de la joven entre las

suyas—. Dime, somos casi de la misma edad, puedes confiar en mí.

—Estoy embarazada. —La sorpresa en el rostro de la condesa fue evidente.

—No llores. No estás sola. Te ayudaremos. El padre...

—No lo sabe.

—¿Se lo dirás? —La muchacha asintió—. ¿Es de la casa? —Volvió a asentir.

—Es el conde. —Harmony palideció.

—¿Devon? —Al pronunciar el nombre de su esposo su voz tembló. No podía ser cierto.

—Sí, señora, lo siento. No puedo resistirme a él.

Harmony soltó sus manos.

Tenía que asimilar el golpe.

El corazón le bombeaba con fuerza.

Su interior trataba de controlar el dolor que la atravesaba de lado a lado.

—Señora... —Harmony volvió a tomar sus manos.

—Se lo dirás cuando tú creas conveniente, pero no dejes pasar demasiado tiempo. No te preocupes por mí, nunca interferiría entre un padre y un hijo, y tampoco permitiría que un niño creciera sin sus padres. Merecen saber la verdad y crecer con amor. —Acarició el rostro de la muchacha en un gesto sincero de cariño—. Yo no seré un impedimento entre tu hijo y el conde. Ahora ve a realizar tus tareas y cuida de tu niño.

—Sucedió antes de su matrimonio.

—No te preocupes. Ve.

¡Blair salió sorprendida de la habitación.

Creía que la condesa iba a pegar gritos, querer pegarle. Estaba segura de que la maltrataría. De que la echaría. Sin embargo, le había brindado ayuda.

No sabía qué pensar.

Esperaría a Devon y hablaría con él.

Harmony, envuelta en la desolación, había sido arrancada de cuajo de su pintoresco sueño de poder llevar una vida apacible junto a Devon. Un hijo no era un error que se pudiera corregir. Era una realidad y una responsabilidad que cambiaba todo. Y, si bien las cuentas de Blair indicaban que lo habían concebido antes de su matrimonio, no era algo que podía eludirse.

Era una vida y como tal había que amarla.

El sol había asomado y los rayos matutinos velaron el sueño de la condesa.

Uno de los ventanales había permanecido abierto toda la noche.

Era invierno, pero la sensación de ahogo que la había invadido no la dejaba respirar.

El aire viciado, producto de la combustión que emitía el fuego de la chimenea, y la conmoción de la noticia recibida, habían enturbiado la respiración de la joven que, sin dudarlo, abrió una de las ventanas para que la brisa, fresca y limpia, le llenara los pulmones.

Luego de haber llorado mares, arrellanada en un sillón, arropada con varias mantas bien gruesas, alejada del ventanal, había conciliado el sueño.

Ahora el sol le anunciaba que era hora de enfrentar el día con todo lo que presagiaba.

Solo ayer había mirado por la misma ventana y había esperanzas en sus anhelos.

Ya no.

Y no por el niño, que nada tenía de culpa. Sino por el padre; si podía serle infiel tan fácilmente, era porque de una simple amistad nunca iba a pasar su relación. Tantos días pensando en la posibilidad de ser amada por él. Sin embargo, lo que él había dicho... ¡No! no podía tenerlo en cuenta, Devon estaba sedado y dormido cuando había expresado sus sentimientos hacia ella.

¡Dios! Por qué todo era tan difícil.

Le dolía la cabeza.

Le costaba centrar la vista por momentos.

La espera por el regreso de su esposo ya no era un motivo de alegría.

Tenía que aceptarlo, había nacido maldecida, como siempre le había repetido Gretel: «El día de tu nacimiento fue el peor día de mi vida. Me recordará, por el resto de tu existencia, lo que no pude darle al duque. Te odio. Mis antepasados te maldecirán eternamente y maldecirán el suelo que pisas».

Escuchó el traqueteo de un carruaje.

Era hora.

Se puso en pie y, por la ventana, vio como entraba a las caballerizas.

Se ocupó en cualquier cosa.

No podía enfrentarlo todavía.

No podía mirarlo a la cara y hacer como si no pasara nada.

Se encerró en la habitación del piano.

La melodía tranquila que sus manos desplegaron le trajo serenidad.

«Es una mañana bonita», pensó Devon ni bien puso un pie en el zaguán de Arundel House. Si bien Londres no poseía la calidez de la campiña inglesa, tenía lo suyo. Ayudar a desenganchar los caballos, alimentarlos y darles de beber le granjeó la tranquilidad que había ido perdiendo a medida que se acercaba a su casa.

Se miró las manos, ¿acaso le temblaban?

¡Dios! La ansiedad por verla estaba haciendo mella en él.

—Señor.

—Walter.

—Un viaje largo.

—Un viaje horrible.

—Tiene preparado su baño. En diez minutos le llevan el agua.

—Gracias. La condesa...

—En la habitación del piano. —Devon asintió—. ¿Quiere que le notifique...?

—No. Me asearé primero. Luego la veré.

—Muy bien, señor. Su ayuda de cámara lo está esperando. —Volvió a asentir.

Subió las escaleras y se dirigió hacia donde la música lo llevó.

No entró.

Contempló la armonía serena con que su esposa esgrimía aquellas notas. Las mismas que él le había enseñado. No cabía duda alguna de que sus dedos obraban magia.

Rozó con sus manos la puerta y apoyando el oído izquierdo permaneció unos minutos.

Quería entrar.

Se fue.

Sería mejor quitarse la mugre del camino antes de enfrentar la realidad.

Lo cierto era que tenía miedo.

La cobardía había hecho sitio en su tesón y se negaba a abandonarlo.

Se dirigió a su habitación.

Se quitó el abrigo de algodón y lana, se descalzó y mirando hacia la habitación de aseo vio como humeaba la bañera colmada de agua hirviendo, tan caliente como la que utilizaban para faenar los cerdos en el campo.

Se descalzó, se desprendió los primeros botones de su camisa blanca y se arremangó hasta los codos, cuando se percató de que no era su ayuda de cámara quien lo esperaba, sino la doncella de su esposa: Blair.

Se irguió en toda su estatura. Supo que habría problemas.

—¿Por qué no está aquí mi ayuda de cámara?

—Le dije que lo precisabas en las cocinas. Tu mujer está en el piano. Estamos solos.

—Mi mujer es la condesa, por lo que no vuelvas a dirigirte a ella con esa informalidad. Ni a mí tampoco. —La miró cortante antes de remarcar—. No tienes que estar en mis aposentos. Solo puedes acceder a los de mi esposa. Ahora vete.

—¿Crees que vas a deshacerte de mí así de fácil?

—Mira, Blair, me acosté contigo una única vez hace más de un año. Lo siento. Sé que la culpa es mía por estar más borracho que una cuba. Al día siguiente me disculpé y dejé muy claro que no volvería a suceder. Y así fue. Lo siento. Buscaré otra doncella para la condesa. En tres días te irás. No te despedí antes porque fue Harmony quien me pidió que no te dejara sin trabajo, pero no creo que sea buena idea que sigas aquí. Te daré recomendaciones y podrás buscar otro empleo.

—Yo te amo.

—No, no me amas. Quieres joderme, porque has apostado con esa amiguita tuya que me llevarías de vuelta a tu cama. —No me mires así—. Lo escuché de tu boca cuando hablaban en mi estudio.

—Es verdad que te amo, yo...

—¿En serio? He visto como miras a Patrick. Él está enamorado de ti. Y tú no le eres indiferente. ¿Por qué no solo puedes ser feliz?

—¿En la pobreza? Puedo amar a Patrick, pero ese amor no me dará lo que quiero.

—¿Qué quieres, Blair?

—Te quiero a ti. —Devon no advirtió el sigilo que desplegaba al caminar y cuando reparó en ello ya la tenía encima—. Quiero un hijo tuyo que me permita vivir holgadamente, sin trabajar. Tu hermano se casó con una plebeya, ¿por qué tú no puedes hacer lo mismo?

—Estoy casado. Amo a mi esposa. Y, lo más importante, no te amo. Y me das lástima; verte despreciar el amor de un hombre que sí te ama, y que a ti no te es indiferente, solo por dinero, me produce repulsión.

—Eso es porque tú tienes dinero y no sabes lo que es vivir en la pobreza.

—Puede ser. Aunque también sé lo que padece un pobre y tú has crecido toda la vida aquí. Tus padres siempre han tenido trabajo y nunca les ha faltado nada. Hasta la vestimenta la ha costado mi hermano. Lo que ustedes ganan, que no es poco, es exclusivamente para sus gastos personales. No sé a qué pobreza te refieres.

—Te he amado toda la vida. Solo he tenido ojos para ti.

—Pensar que Robert me advirtió sobre ti y yo no le di importancia.

—Pues debiste haberle prestado atención.

—¡Qué haces! —La joven se le tiró encima y lo abrazaba con posesión.

—No vas a dejarme.

El joven no quería lastimarla, por lo que sus movimientos para desprenderla de su cuerpo eran controlados y medidos, pero aun así no conseguía liberarse de su agarre. Cuando las manos de Blair abandonaron su cintura para enlazarse a su cuello, no supo cómo alejarla y, antes de poder retroceder, la boca de la muchacha estaba, con firmeza, pegada a la suya, que, lejos de abrirla, permanecía cerrada como una lápida, recibiendo la acometida de la lengua de ella, que no podía traspasar la barrera de los labios.

—Devon...

Devon quiso morir en ese mismo instante. Escuchar la voz de su esposa que se apagaba a medida que su nombre terminaba le produjo un dolor que no pudo asimilar con el correr de los días posteriores.

Harmony, con asombro y dolor, no supo qué más decir. La carta, recién recibida, que su mano portaba, cayó al suelo. Comenzó a retroceder para desaparecer por donde había llegado: la puerta de comunicación.

Cerró con llave y, alejándose, cayó de rodillas.

Y lloró.

Lloró por la noticia que había recibido y por la traición de Devon.

Lloró.

Era un punto azul en medio de la habitación.

Su pensamiento se nublaba.

Había sopesado la posibilidad de que no fuera cierto lo que su doncella le había dicho, pero ese beso lo confirmaba.

Y Eloise...

Los golpes a la puerta y los gritos de Devon provocaron que se cubriera los oídos con sus manos, escuchando solo el palpar de su corazón y el retumbar de su alma.

—¡Abre o tiro la puerta abajo!

La preocupación del conde iba en aumento.

Harmony no le respondía.

¡Lloraba!

Devon no lo pensó más. Pateó la puerta a la altura de la cerradura, girándola sobre sus goznes. Y la vio.

Allí estaba ella.

En el suelo.

El dolor la envolvía.

Descendió a su altura y la encerró en un abrazo.

El llanto de la joven se profundizó.

Devon la aupó y se sentó con ella en el mismo sillón en que Harmony había pasado la noche. La consoló, la acarició y la mantuvo abrazada el tiempo necesario hasta que los sollozos remitieron y la condesa se durmió. Agotada como estaba, por haber pasado casi toda la noche despierta, estresada mental y emocionalmente, sucumbió al sueño demoledor de perderse en el abismo de las fantasías. Su esposo la arropó en la cama y, con un dolor demoledor, porque sabía

que eso iba a ser difícil de explicar, se dirigió a su habitación a asearse.

El agua fría lo recibió, lo agradeció.

Su cuerpo estaba entumecido, no por el frío, sino por la desgracia que llevaba encima.

A pesar de la temperatura del agua, estuvo en la bañera un tiempo proverbial. Al no escuchar ruidos en la habitación contigua, se permitió descansar un poco.

Salió del agua.

Se secó.

Se cambió.

Se dirigió hacia los aposentos de su esposa.

Allí estaba dormida.

Su rostro sereno mostraba el surco que las lágrimas habían dejado.

La contempló unos minutos y se arrellanó a su lado.

Junto a ella se durmió.

Capítulo XIV

—Pequeña, ¿qué haces? Guarda eso. No alcanzarás a venderlo, te lo robarán antes.

Una mujer de unos sesenta años envolvió su mano con la suya ocultando el broche en oro y marfil que la joven pretendía vender. Sin apartar la mirada del colgante que llevaba la condesa en su cuello —el precioso trisquel en oro con pequeños zafiros y diamantes incrustados que su esposo le había obsequiado como regalo de bodas—, la vieja le habló con ternura.

—No deberías exponer eso a la vista de los demás —dijo señalando su pecho—. Podrían robarte y hacerte daño en el proceso. Es muy valioso. Toma. —La anciana le tendió un par de bolsas—. Esa de ahí —dijo señalando un carromato— es mi carreta. Llévalas y espérame allí.

—No necesito...

—Claro que necesitas ayuda. No tienes buen semblante. Llévalas. Yo te ayudaré.

La joven fue hasta la carreta. No sabía por qué, pero sintió que podía confiar en la vieja. Dejó las bolsas y, al darse la vuelta, aquella señora estaba detrás de ella. Se sorprendió y, aunque la mujer le resultaba extraña, le transmitía paz; o sería su cerebro que necesitaba tranquilizar los pensamientos.

—¿Dónde vas? Puedo acercarte —le dijo mientras montaba en su coche—. Sube.

—No lo sé. Lejos de Londres —respondió subiéndose con prontitud.

—¿Cómo te llamas?

—Eloise.

—Precioso nombre. Significa «elegida».

—Vaya si la eligieron —dijo la joven, irónica.

—Yo soy Theia, encantada de conocerte.

—¿Y tu nombre qué significa?

—«Divino», en griego antiguo.

—¿Eres griega?

—Mi madre lo era. Yo soy escocesa. ¿Saben en tu casa que te has marchado? —La muchacha miró a la anciana con recelo y la mujer entendió—. No te preocupes, no te devolveré a tu hogar. No sé cuáles fueron tus razones para abandonarlo, pero deben de haber sido justificadas. Una joven aristocrática no se aleja de los suyos sin una razón; puede suceder que quiera huir con su amado, que no es tu caso; o que huya de un problema... —La mujer la miró de soslayo—, que sí podría ser tu caso. Y, si necesitas encontrarte contigo misma, nada mejor que mi casa, alejada del mundanal ruido, pero no tan alejada de la civilización..., por si acaso. Eres bienvenida. —La joven asintió—. Tal vez deberías avisar a alguien que sabes que se preocuparía...

—Dejé una nota.
—¿A tus padres?
—A mi esposo y...
—Abuela, ya tengo los enseres y las especias. —Una jovencita se montó a la carreta por el fondo—. ¿Y tú quién eres?
—Ella es Eloise y vendrá con nosotras —dijo la mujer—. Eloise, ella es Kendra, mi nieta.
—Encantada, Kendra. —La joven extendió la mano y la niña se la estrechó a la vez que le sonreía. —La joven miró a la anciana—. ¿Qué significa?
—«Audaz». Y puedo asegurarte que lo es. ¡Bien! Partamos, que nos queda un trecho hasta llegar y tiende a ponerse frío el camino a estas horas.



Tres semanas y media habían transcurrido desde que Harmony lo había abandonado.

Se había ido por un beso malintencionado y sin sentido.

No le había permitido explicarse.

Solo le había dejado una carta.

Ni eso.

Era una nota...

Devon:

Me voy. Necesito alejarme de ti. No encuentro paz. Necesito tranquilidad. Gracias por los bonitos días que pasamos estos meses. Has sido un buen amigo, pero no me alcanza tu amistad. Lo siento.

Eres libre.

Yo buscaré mi libertad.

Harmony

Leía las palabras esgrimidas en aquel papel, todos los días, a todas horas.

Se quedaba prendado de la escritura de su esposa como si, por arte de magia, las letras danzaran y le fueran a decir su paradero.

Era una sombra de sí mismo.

Había dado vuelta Londres.

Le había pedido a Harding que le ayudara a buscar a su esposa.

¡Como si se la hubieran tragado las piedras!

No sabía a quién más preguntar.

Podía darse cuenta cuando alguien le mentía, y había verdad en las palabras de Francesca cuando le decía que no sabía nada.

Todo era inútil; no aparecía.

Había hablado con todos los sirvientes de Arundel House una y mil veces buscando la manera de entender qué había sucedido durante su ausencia.

Y nada.

Nada.

—Señor —Walter entró al estudio con cautela. El conde no era el mismo de siempre y había que tratarlo con pie de plomo—, Blair necesita hablar con usted.

Los ojos verdes de Devon taladraron los marrones de su mayordomo. El rostro se le contorsionó de furia y el golpe con el puño sobre el escritorio fue la respuesta a la pregunta de

aquel.

—La muchacha dice que tiene algo de la condesa que puede necesitar. —Los ojos del conde mudaron de expresión dando lugar al asombro mezclado con duda y esperanza—. ¿Le permito pasar? —Devon asintió.

La puerta se abrió para que el mayordomo dejara entrar a la aludida. Se cerró.

La joven allí parada no se movió. Lo miró con detenimiento, era lamentable ver su aspecto. Supo con certeza en ese momento que hacía lo correcto. Sintió pesar por haber obrado mal.

Devon estaba de espalda. Miraba por la ventana hacia uno de los setos del jardín.

No quería mirar a la muchacha a los ojos; no quería sentir necesidad de estrangularla. Había aprendido desde niño a no ser rencoroso, pero esa joven había afectado su existencia en demasía. Y, aunque sabía que la culpa era exclusivamente suya por haberse acostado con ella en su momento, cierto era que no podía permanecer incólume ante su presencia sabiendo el daño que le había provocado.

—Señor —Blair se acercó hasta el escritorio y depositó allí una hoja doblada en dos. Volvió a su lugar—, esa misiva que le dejo ahí la recibió la condesa unos instantes antes de que entrara en la habitación y nos sorprendiera. Se le cayó de las manos cuando nos vio, antes de encerrarse en su habitación. Cuando usted fue tras ella, yo la tomé y la guardé. —Devon giró para taladrarla con su mirada verde—. Y tengo que decirle que estoy embarazada. Ni bien enterarme vi la oportunidad y le dije a su esposa que mi niño era suyo. —El conde abrió la boca ante la sorpresiva confesión—. Le dije que usted era el padre de mi hijo. Luego lo besé con la intención de que ella nos viera porque sabía que estaba al llegar. Lo siento. Lo siento mucho. Ya preparé mi maleta. Me iré ni bien termine de hablar con usted.

—¿Quién es el padre?

—Patrick.

—Se casó hace cuatro días.

—Lo sé. Tarde me di cuenta de mi amor por él y de que usted solo era un capricho. Estropeé mi vida y la de ustedes. Lo siento. Créame si le digo que ya estoy pagando mi error y mi maldad. Que tenga buena vida. Adiós.

—¿A dónde irás?

—A dónde me lleven los pies.

—El médico, Leonard McLloyd, necesita una dependienta. Puedo darte las recomendaciones necesarias.

La muchacha rompió en llanto. Y cubriéndose el rostro con las manos lloró a lágrima viva.

—No lo merezco.

—No. No lo mereces, pero lo necesitas. Debes darle a tu hijo una vida decente y un motivo para que esté orgulloso de su madre.

—Lo haré. Lo haré. Muchas gracias.

—Siéntate. Escribiré las recomendaciones ahora mismo.

Ni bien la muchacha se fue, Devon tomó aquella carta y la desdobló.

No era la letra de Harmony.

Estaba dirigida a ella.

Apoyado en la ventana, leyó:

Mi niña:
Eloise ha muerto.
Coraline

Tres líneas.

Dos nombres.

Afecto. Quien había escrito tan escueta misiva la había llamado «mi niña».

La nada misma.

Esas pocas letras no le ayudaban a encontrarla.

¡Dios!

—¿Dónde estás, Harmony?

Se sentó en su sillón y, tomándose la cabeza entre las manos, pensó.

¿De dónde provenía la carta?

¡De Suffolk!

¡Claro!

¡¿Cómo no se había dado cuenta antes?!

Harmony mantenía una rara relación con sus padres. Una relación pésima con su doncella, pero de seguro habría alguien allí a quien su esposa estimaría.

¡Estúpido!

—¡Walter! ¡Walter!

—Señor.

—Mande a preparar mi equipaje para unos veinte días. Viajaré a Suffolk. —El mayordomo iba a marcharse cuando Devon se lo impidió—. Espere. —Tomó un trozo de papel, una pluma y escribió unas pocas palabras—. Haga llegar esto al marqués de Oxford lo más rápido posible.

Partiría a Suffolk en dos días.

Podría estar allí.

¿Y si no estaba?

Hablaría con Coraline, ella iba a aclararle un par de cosillas.

Con esperanzas renovadas fue a las caballerizas, debía elegir los caballos que lo acompañarían en la travesía y debía urdir algún plan para no revelar la verdad de su estadía.

Pensar.

Debía pensar.

Capítulo XV

Marzo

—Señor, la he encontrado.

—Ven, Sean.

Walter se adentró por uno de los pasillos hasta llegar a la biblioteca.

El muchacho entró en aquel recinto, en el cual nunca había estado, y quedó maravillado con el lugar. Sin avanzar demasiado, se detuvo y contempló las paredes blanco antiguo junto al espectacular techo pintado a mano, que emulaba, a través del tiempo, los jardines colgantes de Babilonia, según el relato bíblico. Walter dejó que recreara sus sentidos y al cabo de unos minutos lo sacó de su embelesamiento.

—Sean..., dime lo que has visto, por favor.

—He visto a la condesa. No está vestida como condesa, pero es ella.

—¿A qué te refieres?

—Está vestida como campesina. Y hace las labores como cualquier mujer normal. Es bellísima, aún más que antes.

—¿Dónde?

—Con la vieja Theia. —Walter lo miró entrecerrando los ojos—. Es una vieja que vende leche en el mercado y que cura de palabra algunos males. Vive en las afueras de Londres, cerca de las tierras del duque de Saint Albans. —Walter asintió.

—Gracias, Sean.

—De nada, señor. El cochero conoce el camino si decide ir.

—Lo sé, muchacho. Yo también conozco el camino. Vamos. Cada uno a lo suyo y no comenten esto con nadie. —El joven hizo un asentimiento de cabeza y desanduvo el pasillo hacia las cuadras. Los caballos lo esperaban.

Walter miró su reloj.

Eran las dos de la tarde.

El conde había partido para Suffolk hacía once días.

Iría él mismo a cerciorarse de que la pequeña Harmony fuera la misma que Sean había visto y hablaría con Theia.

Theia.

Iba a morir protegiendo a sus polluelos.

La condesa estaba a resguardo allí.

Solo había que esperar a que el conde regresara.



La casita de Theia era acogedora en todos los sentidos posibles.

Ni grande ni pequeña, tenía el tamaño y las divisiones justas para poder vivir y trabajar.

No tenía dos plantas, sino una. Un comedor amplio, una cocina grande, un baño y tres habitaciones. Un granero, dos corrales, un chiquero, un gallinero, una huerta y una preciosa plantación de frutales. Un horno de barro que era de ensueño. Panificaba todas las mañanas.

Era una preciosa granja rural ubicada a las afueras de Londres. La distancia ideal para no estar envuelta en el sonido y trajín de la ciudad, pero cerca para poder llevar sus productos al mercado y abastecerse de lo que los almacenes londinenses pudieren ofrecerle. Sin contar que estaba cerca de sus niños, como a su pequeña Kate le hubiera gustado. De alguna manera cuidaba de ellos. Y de Megan... Años torturándose con su muerte, para descubrir que la niña vivía.

¡Maldito fuera Henry Evans!

Siempre tenía presente la promesa hecha aquel día y el dolor que le carcomía el corazón por no poder cumplirla en su totalidad, pero Kendra atenuaba en parte su pena.

Ahora estaba Harmony.

El destino se reía de ella, una Hutton más en su vida...

Cuando la había visto en el mercado la había reconocido al instante, no solo tenía el brillo herido que las Hutton cargan a lo largo de la historia de esa maldita familia, sino que portaba el colgante de su niña que, seguramente, Devon le había obsequiado. Al verla supo que debía ayudarla y, a pesar de que la joven le había dado otro nombre, «Eloise», sabía que era ella y que estaba huyendo. El miedo y la desesperación, enredada con la desolación, se reflejaban en sus preciosos ojos ámbar.

Pareciera que Dios se las pusiera en su camino para poder mitigar su deuda. Pues es lo que haría. Ayudaría. Era la única manera de sobrevivir. Si tenía una misión, justificaba su existencia. Nunca iba a perdonarse que Henry Evans le arrebatara tan fácilmente a su pequeña delante de sus ojos sin siquiera advertirlo. Cuando hubo reparado, era tarde..., demasiado tarde.

—Hiciste lo correcto, pequeña. Ya era hora. Llevas poco más de cuatro semanas aquí. El invierno está terminando. Y tus ideas, creo, ya encontraron su cauce. Escribir a tu esposo fue acertado y altruista. Has decidido con el corazón.

—Lo sé, Theia. Pero Kendra dijo que él no estaba. Han pasado más de ocho días...

—Tienes miedo.

—¿Tanto se me nota?

—Eres transparente en tus emociones. Cada sentimiento se refleja en tu cara con una naturalidad pasmosa. No está mal tener miedo, lo que está mal es permitirle al miedo que te paralice. Te fuiste cuando consideraste oportuno hacerlo. Necesitabas hacerlo. Tuviste el valor de dejar todo para encontrarte contigo misma. Ahora debes tener valor para enfrentar la verdad. Solo cuando dejes salir tu verdad tendrás plena paz, sin importar la respuesta de la otra persona. Con el paso del tiempo te darás cuenta de que ha sido lo correcto para tu alma. —La joven asintió.

—¡Dios mío! ¡Qué estás cocinando, mujer! Eso huele de maravilla. ¿Cómo es que cocinas tan bien con lo remilgada que pareces?

—¡Kendra! —la reprendió su abuela.

—Es que parece tan frágil y melindrosa.

—Las apariencias engañan. Ya ves que nuestra Eloise es una excelente cocinera, una magnífica costurera y una excepcional persona.

—Es verdad. Mi vestido ha quedado precioso, lástima que no lo usaré nunca.

—Ya verás como sí tendrás que usarlo en su momento. Además, la blusa no ha quedado mal, ¿eh?

—Es hermosa. Esa sí la usaré, con mis pantalones. ¿Me harás mermelada de calabaza?

—Mira aquella olla. Ya está reposando. En unas horas a hervir y listo.

—¡Gracias! —La niña se abrazó a la joven—. Eres mi mejor amiga.

—Y tú eres una niña preciosa.

—Bah, bobadas; soy una más del montón. De esas que no llaman la atención.

—¿Y a quien quieres llamarle tú la atención? —preguntó su abuela.

—Con esos rizos negros como la noche y esos terribles ojos azules, créeme que llamas demasiado la atención —replicó Eloise—. Por cierto, ¿por qué lo llevas cubierto?

—Me lo he cortado.

—¿Qué has hecho qué? —gritó la joven quitándole el pañuelo de la cabeza.

—Kendra, ¿por qué te has cortado el pelo? —preguntó su abuela azorada.

—Para no llamar la atención —dijo la niña como si nada acercando la nariz a la olla y olfateando el aroma con premura—. ¿Puedo probar? —preguntó con una cuchara en su mano.

—Claro que no, pillina —la reprendió su abuela—. ¿Has juntado las trufas?

—¡Abuela! Cecil está cansada.

—¿Cansada? ¿La cerdita está cansada? ¿De qué? ¿De revolcarse en el chiquero?

—Vamos, Kendra. Te ayudaré a juntar trufas y luego ordeñaré a Sarah. Hoy temprano no quería que le quitara su leche. —La alentó Eloise.

—¡Por Dios! ¡Son animales! No tienen que pedir permiso para quitar la leche o juntar trufas... —las reprendió Theia.

—Hay que respetar sus tiempos —dijo Eloise con altura. Cada uno a su ritmo.

—Ay, muchacha, como granjera te morirás de hambre. —La joven jadeó ofendida.

—Es una señoritinga; cuando se le pongan los patitos en fila, volverá a su vida —concluyó la niña.

—Kendra, eres una deslenguada. Además —se enorgulleció Eloise—, sí pude ordeñar a Louise y Martha. Y recogí los huevos. Ah, me olvidaba —miró a Theia—, don Álvaro me ha dicho que juntemos los huevos en una caja de cartón, así las gallinas pondrán todos los días y no nos faltarán.

—¿Y ese viejo recién dice eso ahora? ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Será porque gritas antes de hablar y mal predispones a la gente. Reniegas mucho.

—¡Serás mentirosa!

—No, abuela, Eloise tiene razón. Te llaman «la bruja», creo que te tienen miedo. —La mujer jadeó como si fuera una blasfemia lo que estaba escuchando.

—Yo sabía que curar los males de palabra me acarrearía ese mote.

—Tú no te preocupes, igual te quieren, pero te respetan —la consoló la joven.

—Le tienen miedo... —dijo la niña.

—Pues mejor —dijo la mujer elevando un tanto la barbilla, provocando una risa genuina en Eloise.

—¡Vamos! A juntar trufas. Y quítate el pañuelo, que tu cabello es precioso. Aunque esté corto. Ya me dirás que locura te dio.

Salieron juntas hacia los corrales. Cerda en mano, comenzaron a desandar el camino que llevaba al bosque viejo. Eran buenas niñas. No podía ser tan malo el destino que les tocara, aunque bien sabía la vieja que cosas horribles le sucedían a gente buena cuando no hubiera quien las cuidara. ¡Dios! Tenía que buscar un lugar aceptable para Kendra; sentía en sus huesos que el final estaba cerca. Podía sentir en su corazón que el momento estaba llegando.

—Bien. Ya nos hemos alejado de la casa, ahora dime cuál fue la verdadera razón para el despropósito de quitarte tu melena. Era preciosa, y lo sabes.

La niña siguió caminando en silencio y la joven le dio el espacio para que pensara en su respuesta. No quería atosigarla, solo ayudarla y estaba casi segura de cuál había sido la causa, pero quería escucharla de sus labios.

—Roger Talbot. Ese...

—Lo sabía. He prestado atención a cómo te molesta cada vez que puede. Es...

—Un idiota. Un presumido hijo de aristócratas que cree que todo le pertenece y que el mundo debe caer rendido a sus pies. Pues que caiga el mundo, yo no.

Harmony miró a la niña que, para sus once años, manejaba un vocabulario exquisito. Eso tenía andar en la calle y conocer la vida desde otra perspectiva que no fuera la de la nobleza. Kendra era magnífica y hermosa. Y Harmony apostaba su cabeza a que a Roger no le era indiferente a pesar de su corta edad; pues la niña aparentaba unos catorce en carácter y altura, porque era alta y regia. Seguro que el nobilísimo vizconde de Waterford ni sabía su edad, aunque él tampoco era tan mayor.

Roger Talbot tenía diecisiete años y vivía con sus abuelos, los duques de Saint Albans. Su padre, el conde de Sherewsbury, había encargado sus cuidados a estos cuando su esposa falleciera, hacía ya unos once años. Y veía a Kendra cada vez que esta debía ir a la finca solariega de sus abuelos a llevar algún producto elaborado, pues a la duquesa le encantaban las mermeladas de Theia, al igual que su manera de preparar cierta comida griega, cuya receta solo sabía la vieja.

—¿Qué sucedió?

—Cada vez que me ve, dice que mi cabeza parece un cardo, con mi cabello alborotado.

—¿Y te lo cortaste por eso? —La niña asintió—. ¿Eres consciente de que ahora formas parte del mundo que cae a sus pies? —Kendra iba a hablar cuando Eloise se lo impidió—. Sus palabras te afectaron, dime por qué. —La niña miró hacia abajo—. Kendra...

—Creo que me gusta.

—Eres pequeña. Tienes once...

—Sarah Logan tiene nueve años y está de novia con Noa. —Eloise la miró con la boca abierta—. No me mires así, pareces tonta.

—¿Cuántos años tiene Noa?

—Diez, ¿qué tiene que ver? —Eloise suspiró—. El punto es que somos mujeres y pueden gustarnos los hombres, ¿no?

—¿Sabes lo que es la menstruación?

—Sí. Me ha bajado a los nueve.

—¡Mierda! ¿Con qué te ha alimentado Theia?

—Es la primera vez que te escucho decir una palabrota.

—¡Oh, Kendra! Discúlpame. Se me ha escapado. Es que me ha sorprendido que desde tan

pequeña ya tengas que cargar con la regla. A mí me bajó a los doce.

—Será que a las pobres nos baja antes.

—Es increíble cómo siempre tienes una respuesta para todo. Debería descansar ese cerebro, eres mordaz al momento de contestar.

—Debe de ser genética.

—Hablando de Roma... —La niña dirigió su mirada hacia donde lo hacía Eloise.

—No puede ser verdad..., lo veo hasta en la sopa.

—Señorita Eloise —saludó el vizconde de Waterford—. Ken..., pero ¿qué te has hecho, mujer?! —La sorpresa del joven al mirar a la niña fue genuina.

—No sé a qué te refieres —dijo Kendra indiferente.

—¿Qué le has hecho a tu cabello! —preguntó Roger.

—Me lo he cortado, ¿acaso no me dijiste que parecía un cardo? Resulta que me miré en el lago y tenías razón. Ahora ya no hay melena molesta que llevar.

—¿Estás loca! Tu pelo era precioso y brillaba cada vez que el sol lo iluminaba.

—¿Y entonces por qué le has dicho lo contrario? —preguntó Eloise y el joven se percató de lo que había dicho. Envarándose en su caballo, se irguió en toda su estatura, adoptando una máscara aristocrática, soberbia y altiva.

—No me interesa lo que hagas o dejes de hacer.

—Lo sé de sobra —le respondió Kendra.

—Y es bueno que sepa que Kendra tiene once años —le informó Eloise al joven—. Usted se dirige a ella como si fuera mayor y no lo es. Sé que su aspecto puede confundirlo, porque la niña es alta y esbelta y, por cierto, muy bella, pero es una niña. Compórtese según su rango vizconde.

—¿Once? —El asombro y la consternación se reflejaron en su rostro—. Lo siento, pensé que tenía catorce, trece cuando menos. Lo siento mucho, Kendra. Y siento que hayas cortado tu cabello por mi culpa. Que tengan buenos días.

Giró con su caballo y al galope se alejó.

—Ese no te molestará más.

—Lo voy a extrañar.

Ambas sonrieron y continuaron con sus tareas.

Capítulo XVI

Escaso era el tiempo para que la primavera asomara en tierras británicas. El invierno estaba entrando en su ocaso y la amalgama de estaciones dotaba a la naturaleza de una belleza única. No era con esa exactitud natural lo que se fraguaba en Somerset House. Habían pasado cinco meses desde el accidente del carruaje y nada era lo que tenían sobre el autor del hecho.

Nada.

Richard había hecho lo que había dicho que haría. Alejándose de sus hijos y de Megan, comenzó una vida muy distinta a la anterior. Todo ese tiempo llevaba separado de su familia: unos cinco meses tortuosos. Asistía a todos los bailes. Estaba en todos los eventos que su madre organizaba. Toleraba todas las tardes de té que su progenitora planificaba para buscarle esposa. Soportaba lo indecible a cambio de nada.

Nada era lo que había averiguado.

Quería terminar con esa farsa antes de que el circo terminara con él.

La única que había reparado en su terrible semblante y en su dolorosa situación había sido Octavia Locke; la pequeña arpía tenía un sexto sentido y había leído al dedillo su estado de ánimo. Forzar situaciones nunca había sido su fuerte. Robert era más dado a decir lo que la gente quería escuchar, a pesar de que no le gustara relacionarse con casi nadie. En cambio, él era más sociable y más extrovertido que su amigo, pero sincero; no poseía ese doble sentido con el que Robert impregnaba sus palabras para deshacerse de la gente o manipularla a su antojo —esa virtud o ese defecto le eran innatos solo a su amigo— y era precisamente lo que en ese momento le estaría faltando a él para poder sobrevivir al formidable teatro.

—¿Duro?

Haciendo las reverencias correspondientes para los ilusos que miraban y manteniendo las formalidades en los modos de expresarse, moverse y saludarse, el duque de Richmond y lady Ofelia Locke entablaron una conversación amena.

—No sabes cuánto.

—Los extrañas, ¿no?

—¿Acaso piensas que confiaría en ti?

—¿Por qué no? —dijo Octavia sorprendida.

—¿Será porque la última vez que lo hice casi pierdo a mi mujer? —respondió ácido Richard.

—Eso fue un error y lo sabes bien. Si tú no lo aclaraste con ella, no es culpa mía.

—No quiero excusarme por algo que no hice, que ni siquiera pensé.

—Megan te ama a pesar de tu tibieza. No olvides lo que dice el Señor en la Biblia sobre los

tibios. —Richard la fulminó con sus ojos azul zafiro—. ¡Hey! ¿Te has dado cuenta de que tienes el mismo color de ojos que Megan?

—Los ojos azules son comunes.

—Los míos son azules —la joven le pestañó repetidamente como si sus pestañas fueran aleteos de mariposa—, pero no son iguales a los tuyos. Los de ella sí.

—Pura coincidencia. —Octavia asintió sin dejar de mirarlo—. Deja de mirarme así. Comprometerás tu reputación. —La risa sincera y loca de la mujer envaró al duque de Richmond, era evidente que le importaba una mierda el decoro.

—¡Qué reputación! Dejó de existir hace años.

—Tú no tuviste culpa en eso.

—Nadie me creyó. No importa lo que yo diga. Importa lo que la sociedad diga de mí. Y dijo bastante. —Se miraron a los ojos y Richard vio en los de ella dolor.

—Esto es una mierda.

—Tu madre es una mierda.

—Pon una sonrisa en tu cara, preciosa. Debemos estar felices.

—¿Así? —Octavia sonrió encantadora, con una naturalidad que heló al mismo Richard.

—¡Qué buena eres!

—Gracias.

—Buenas noches.

La voz grave y quebrada que sonó cerca de su oído borró todo rastro de jovialidad en las facciones de la joven. Sabía muy bien a quién pertenecía sin necesidad de voltear y ver. Por su parte, el conde de Kent no pudo resistir el perfume que emanaba aquella piel tan bien conocida. Ni bien le llegó la fragancia, por instinto cerró los ojos e inhaló.

—Creo que ustedes deberían hablar largo y tendido —dijo Richard.

—No hay nada de qué hablar. Me retiro —sentenció la joven.

—Octavia...

—No se dirija a mi persona con esa informalidad. No se lo he permitido.

—Lo siento —se disculpó el conde.

—Duque. —Octavia reverenció a Richard y se fue.

—¿Hasta cuándo van a seguir así? —preguntó Richard a Thomas Quinn, conde de Kent.

—Hasta que la muerte nos lleve.

—Es verdad. Yo tampoco te perdonaría en la vida. Pero tienes un problema, amigo, debes procrear. Tu título necesita un heredero.

—No me interesa. Lo único que me importa y que he amado en la vida es a esa mujer. Y no la tendré jamás.

—Vas a tener que esforzarte, entonces. —Thomas sonrió con una tristeza mezclada con lágrimas no vertidas, que sorprendió a Richard.

—Lo mío es irreversible. No hay manera de perdonar lo que hice. —Thomas recuperó su aplomo y su mirada se volvió dura y fuerte como siempre—. Puedo ayudarte a ti y lo haré. Cásate con mi hermana. Podemos montar la farsa para calmar a tu madre. Ella quiere unas tierras que están en la dote de Helena. Si la entretenemos con eso y con los preparativos de la boda, vamos a poder avanzar más.

—¿Y tu hermana? —Thomas sonrió con esa sonrisa de que todo lo sabe.

—Ella está encantada. —Miró para donde se encontraba Helena—. Ya está hablando con tu madre sobre lo que a tu madre le gusta hablar. La va a engatusar de tal manera que va a ser la

misma duquesa la que te pida que te cases con la bella lady Kent. Y tú dile que lo pensarás; que no la conoces demasiado. Así organizaremos un día de campo y Anthony podrá revisar tu casa a palmo.

—Perfecto.

—Ahora, por si tu madre te pregunta, estamos discutiendo la posibilidad de que seamos socios. Te llevaré unos papeles mañana, que ella revisará, donde estarán mis actividades comerciales. Con lo codiciosa que es, te dirá que hagas negocios conmigo. Comparte tu vida con ella, hazla partícipe y podremos romper el muro. Sigue cada uno de los consejos de Devon. — Richard asintió.

Estrecharon sus manos y cada uno marchó en direcciones opuestas.

Thomas, tratando de ubicar a Octavia con la mirada. Con observarla le bastaba.

Richard, maldiciendo. Estaba harto de toda la pantomima que debían desplegar. Él solo quería ser feliz con su familia, pero, para su consternación y eterno dolor, había aceptado y reconocido que su propia madre era la causante de los accidentes que llevaban suscitándose, poniendo en peligro la vida de su mujer y sus hijos. Y no iba a parar hasta matarlos. No entendía por qué tanto odio hacia Megan, no podía ser únicamente por poner él sus ojos en ella.

Había algo más.

Estaba seguro de ello.

Resistir.

Tenía que resistir lo que hiciera falta.

No estaba solo.

Descubrirían la verdad.

Era un hecho.



—¿Tienes noticias de Harmony?

—¿Por qué iba a tenerlas? —preguntó Francesca.

—¿Será porque son amigas?

—No las tengo. Igual, no quiere ser encontrada. ¿Acaso no dejó una carta? ¿Qué decía?

—No tengo idea —respondió Andrew consternado.

—¿Tu consciencia te carcome?

—No sé qué pensar. Ella nunca dio ningún indicio de estar enamorada de mi primo y a él lo veo como un idiota enamorado. Tengo miedo de que se estampe contra la pared.

—¡Pues lo dejas! Es su vida. Y lo que menos necesita es que le digas qué hacer. Devon ha demostrado ser más centrado que ustedes. Y no conoces a Harmony en lo absoluto. Deberías avergonzarte de tu comportamiento.

—Te ves más hermosa cuando te enojas.

Andrew se acercó hasta tomarla por la cintura y comenzar a besar su cuello. Sus bocas se encontraron y la unión de sus lenguas dio paso a la pasión desenfrenada que no podían evitar, salvo ahora, que sí había quien los detuviera. El llanto del pequeño Sebastian colmó la habitación e hizo retumbar las paredes. Al instante Andrew soltó a su esposa, que acudió a la cuna del niño y tomándolo en brazos advirtió que necesitaba ser cambiado.

—No puedo creerlo. Ese niño sabe cada vez que me acerco a ti. No querrá ser hijo único, ¿no?

—Andrew, eres un idiota. Apenas tiene un mes.

—Lo sé, amor. Venga, dámelo, que ya lo cambio yo.

Francesca le tendió al niño.

Amaba ver cómo se relacionaban entre ellos y cómo disfrutaba Andrew de cambiarlo; cualquiera que lo viera se horrorizaría. En cambio, él consideraba que una de sus funciones como padre era la de higienizar al niño. Y, aunque estaba feliz, se notaba que su preocupación por Devon iba en aumento. Ojalá ella supiera dónde estaba Harmony, pero se había marchado sin decir nada y, aunque días después una carta había llegado a manos de Francesca, no era con su paradero, sino con una escueta explicación para que ella no se preocupara por su amiga. Esperaba que la soledad y la paz que hubiera encontrado la ayudaran a disminuir su dolor. Haber vivido entre la gente de su pueblo le había granjeado a Francesca la habilidad de aprender a leer a las personas, y su amiga era transparente, cargaba una pena que debía mitigar ella misma. Cuando ganara esa batalla, estaría preparada para asumir su amor por Devon.

Los ánimos en Somerset House eran tan cambiantes como la piel de un camaleón. La culpa carcomía a Victoria, se recriminaba a sí misma no haberla tratado con más amor. Ver a Devon en el estado de abandono en que se había sumergido era, en efecto, doloroso. Del mismo modo, Megan reconoció, para su consternación, que el trato hacia la joven había sido frío y distante. ¡Quién era ella para juzgar a alguien! Bien sabía lo ladinas y traicioneras que eran las personas y se arrepentía de no haber entablado una relación un tanto más estrecha con su cuñada. Ahora era agua pasada, pero lo remediaría ni bien Harmony regresara. Y, aunque estaba segura de que los motivos por los que la joven había abandonado su hogar eran otros, se obligó a aceptar que ellos no le allanaron el camino para que pudiera integrarse a la familia.

Desde el primer piso Francesca escuchó el llanto de los niños de Victoria, los mellizos se sincronizaban para llorar ¡Dios mío! Ella no podía con uno, ni quería imaginarse como sería con dos a la vez. Benedict y Brenna, uno en brazos de su madre y la otra en los de su tía, lloraban al unísono. Parecía una ruidosa competencia de llantos. Estaba terminando de descender la escalera cuando la voz de Robert, grave y firme, solo emitió dos palabras: «¿Qué sucede?», y los niños dejaron de llorar. Vio cómo Victoria ponía los ojos en blanco y, dándole el niño a su padre, tomó a Brenna para amamantarla. Era una estampa maravillosa ver a Robert Evans, cuan grande era, cargando a Benedict sobre su pecho. Era un dragón, oscuro y fuerte, con su pequeño retoño dormido, tan blanco y rubio que contrastaban: la oscuridad y el sol.

—Buenos días.

—Buenos días, Fran —dijeron al unísono mientras Robert asentía con la cabeza.

—Necesito hablar con ustedes. —El esposo de Victoria giró sobre sus talones y comenzó a subir las escaleras; les daría la privacidad que precisaban.

—¿Sabes algo de Harmony? —preguntó Megan consternada.

—No. Y eso me preocupa.

—Devon partió hacia a Suffolk hace dos semanas, debería estar al volver. Tal vez la encontré. Puede que regresen juntos —aventuró Victoria.

—No creo que Harmony haya ido con sus padres, me dio la impresión de que no se lleva bien con ellos —dijo Fran.

—Es verdad —continuó Megan—, en los tratos con su madre hay algo que no cuadra. Como ha dicho Victoria en su momento, ella pareciera seguir órdenes. Hasta llegué a pensar que tal vez... —Megan se detuvo y pensó a consciencia lo que iba a decir. Suspiró—. Creo que la golpeaban.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Victoria asombrada, mientras que Francesca no había, siquiera, contemplado esa posibilidad.

—Porque viví en un prostíbulo y he convivido con mucha gente. He visto cómo golpeaban a las prostitutas para no dejarlas marcadas. No las golpean en lugares visibles o sangrables, y, si sangran, pues las curan. —Megan volvió a suspirar—. Y he visto como Harmony se encoge cuando está cerca de su padre o como adopta una posición sumisa al lado de su madre. Esas maneras de comportarse son propias de quienes son apaleados.

—¡Dios! Y nosotras tratándola mal —se lamentó Victoria.

—No la han tratado mal —dijo Fran—; simplemente, no la han tratado. La han ignorado en un comienzo y puedo asegurarles que ella no se sentía a gusto entre nosotros, pero eso ha cambiado después del accidente. Le han brindado una amistad sincera que ella ha aceptado. No se mortifiquen pensando en el pasado, hagamos que el presente sea bonito. Ella volverá. Está enamorada de Devon. Solo debe ordenar sus ideas. Volverá.

—Claro que sí. Y puedes contar con mi apoyo si decides atrasar los bautismos hasta que regrese —dijo Victoria.

—Sí. Y yo me opondré a ser la madrina de Sebastian cuando Andrew me lo proponga, porque lo va a hacer —dijo Megan entrecerrando los ojos.

—Perfecto. Iremos preparando una gran fiesta de bautizo para cuando llegue el momento.

Las tres asintieron.

—Siempre fue él, ¿verdad? —preguntó Victoria a Francesca mientras Megan gesticulaba una mueca de sorpresa.

—Sí. Siempre fue él.

Megan ahogó una exclamación al darse cuenta a qué se referían.

—¡Dios mío! Y yo creyendo que Robert era el único perjudicado por esa estúpida cláusula cuando Devon y Harmony sufrían por no poder estar juntos.

—¡Maldita sociedad! ¡Maldita aristocracia! Arma y desarma a su antojo —se quejó Victoria.

—Ahora entiendo la borrachera de Devon aquel día. ¡Oh, Dios! Y ella... —Megan estaba consternada.

—Ella ha sufrido tanto como él —dijo Francesca.

—Me avergüenzo de mi comportamiento —expresó Victoria.

—No sabías cómo eran las cosas.

—No es una excusa —dijo Victoria—. Nunca sabemos cómo son las cosas, pero siempre pronunciamos un juicio. Yo he sufrido lo mío, tanto como para saber que mi condición no es ni será la única. Solo me he puesto en primer lugar y no he reparado en que todos acarreemos problemas. Devon tenía razón cuando dijo que mi relación con Robert la enturbiamos nosotros mismos cuando decidimos no hablarnos. Esa es la verdadera ignorancia, no dialogar cuando hay una dificultad.

—Así es. Cada uno de nosotros nos arrobamos la verdad, pero ¿cuál es la verdad?

—No sirve de nada echar culpas. Todo se revierte con amor. Cuando Harmony regrese, aquí estaremos para amarla.

—En los pocos meses compartidos nos hemos acercado bastante, pero no es fácil reparar un alma herida.

—Harmony no es rencorosa y tiene una capacidad sorprendente para entender el comportamiento humano. Ya verán como todo se pone en su sitio. Solo hay que esperar a que regrese.

Las mujeres asintieron, sabían que eran los bastiones infranqueables que mantenían a flote a los hombres de esa familia. Y Harmony era el bastión de Devon.

Suffolk

Capítulo XVII

Sentado en *La letra escarlata*, casi escondido en uno de los rincones, el conde de Arundel esperaba a la supuesta persona que le había mandado aquella misiva a su esposa.

Devon volvió a leer el pequeño trozo de papel que la mujer le había hecho llegar a las pocas horas de arribar al ducado de Suffolk:

Véame en la posada que está rodeando la aldea.
Mañana sobre las diez de la *matina*.
Coraline

Comparó, una vez más, las misivas. No había duda, era la misma letra.

Estaba a nada de saber la verdad.

Había arribado la tarde anterior a Suffolk, para llevarse la sorpresa de que Harmony no estaba allí, pero, aun así, tenía la sensación de haber hecho lo correcto en ir. La excusa de visitar a su padre en Norfolk, con la intención de llevar a cabo algunas remodelaciones en la agricultura y explicarle las innovaciones que había introducido en Arundel, le vinieron de perlas para solapar la verdad sobre su viaje. Y, como ambos ducados eran cercanos, ahora visitaba a sus suegros en Suffolk con la intención de hablar sobre negocios. Que el marqués de Oxford lo acompañara había sido una decisión acertada, pues servía de distracción. Erik era un encantador de serpientes.

Lo cierto era que esa familia no le gustaba y presentía que iba a gustarle menos lo que la tal Coraline iba a contarle.

Coraline.

La había visto dos veces cuando los duques mandaron a pedir ciertos manjares que él desconocía. Al parecer, era la mujer que llevaba el funcionamiento de las cocinas, o algo parecido.

Miró su reloj.

Faltaban siete minutos para el tiempo acordado.

—Señor, ¿puedo sentarme?

Devon elevó la vista hacia la voz y se encontró con unos ojos ámbar idénticos a los de Harmony. La mujer era alta, joven, de tez clara y cabello negro, tan oscuro como el ala de un cuervo. Tenía rasgos parecidos a los de su esposa.

—Por favor —dijo el joven señalando la vieja silla deslustrada.

—Soy Coraline. —Él asintió mientras la mujer se sentaba—. ¿Cómo está la niña?

—¿La niña sería Harmony?

—Sí. Si usted vino hasta aquí y ella no, es por algo.

—Usted mandó una carta. Escueta. Muy escueta. —Devon vio la indecisión en su mirada y resolvió mentir—. Me ha pedido que venga a cerciorarme de que fuera verdad, no se fía de sus padres. —Coraline asintió.

—Es verdad. Eloise falleció hace casi tres meses. De los pulmones. El encierro la debilitó y la enfermó. Ella no luchó, ya no tenía por qué luchar. Cuando supo que Harmony estaba bien, se dejó ir.

Las lágrimas de la mujer comenzaron a derramarse contra su voluntad. La acción de enjugarse y recobrar la postura era evidencia de ello.

—¿Quién es usted y qué parentesco tiene con mi esposa? Tiene sus mismos ojos.

—Todas tenemos los mismos ojos. La herencia francesa. Soy tía materna de la niña. Su madre era Eloise, mi hermana. Aunque no es hija de lady Gretel, sí lo es del duque. —La mujer sonrió con ironía—. Violó a mi hermana las veces necesarias hasta dejarla encinta.

Devon palideció. Había sopesado posibles respuestas a la carta, pero nunca una tan sórdida y triste. Al parecer, la historia de su madre no era ajena al resto de las mujeres del Reino.

Se puso nervioso.

Las manos comenzaron a sudarle.

Se mesó el cabello con insistencia.

Intentaba digerir lo escuchado.

Suspiró mientras una lágrima corrió por su mejilla.

—Imagino que no va a gustarme nada lo que voy a escuchar.

—Usted la ama, ¿verdad? —Él asintió—. Mi hermana una vez lo vio mirándola y me dijo que usted era el indicado para nuestra niña, pero que sería su hermano quien iba a tenerla. No era que su hermano no le agradara a Eloise, pero ella había visto amor en su mirada —lo señaló con énfasis— y sabía que Harmony siempre había reparado en usted. Desde el primer día en que lo vio, la niña solo tuvo ojos para usted. Cuando se enteró de la cláusula y de que su hermano la desposaría... ¡Dios!

La mujer rompió en llanto. Se cubrió el rostro con sus manos y lloró.

Devon no la molestó, entendió que necesitaba descargar esas lágrimas que la estaban ahogando. Cuando Coraline descubrió su cara, él le tendió un pañuelo pulcramente doblado.

—Haremos lo siguiente. Me contará todo desde el principio y si yo no entiendo algo la interrumpiré, pero siéntase libre de hablar. Es la única manera de terminar con todo este circo y permitirle a Harmony ser feliz. —La mujer asintió.

—Mi madre era francesa. Llegó a Suffolk en una caravana de gitanos. Se instaló en la aldea porque sabía coser a la perfección y era excelente cocinando, dos cosas que siempre se necesitan en todos lados. Un día la cocinera del castillo enfermó y le pidieron ayuda. Desde ese entonces trabajó en las cocinas ducales. Nosotras éramos pequeñas. Y, si bien mamá trabajaba de sol a sol, manteníamos nuestra casita en la aldea. Pasaron los años y la señora no tenía hijos. Me corrijo, los tenía, pero morían al nacer o a los pocos días. Luego de un tiempo prudencial, el duque se determinó a buscar quien le pariera los hijos. Comenzó a mirar a las más jóvenes y a hacer preguntas. Toda la servidumbre se dio cuenta hacia dónde iban dirigidas sus interrogaciones y las sospechas se hicieron realidad cuando eligió a mi hermana. —La mujer comenzó a llorar—. Era una niña, tenía trece años.

—¡Dios mío!

—Mi mamá le suplicó que la dejara. Incluso intentó escapar con nosotras, pero la molió a

palos hasta matarla. Nos quedamos solas y Eloise quedó a su merced. Desde ese momento, odió ser rubia porque por esa razón la eligió. El duque decía que su descendiente debía ser rubio porque de su belleza dependía su futuro. Y mi hermana era preciosa. —Hizo una pausa. Miró hacia un punto fijo como buscando un recuerdo en su interior—. Así sucedió; comenzó a violarla hasta estar seguro de que estuviera embarazada. Tuvo a Harmony con catorce años. Creí que iban a quitarle a la niña, pero la señora Gretel no quería a la bebé, entonces el duque resolvió que Eloise la criara, por lo que la nombró nana y luego doncella de la pequeña. Mi hermana la educó y la protegió de la señora, que siempre la ha odiado. Cuando ha tenido la posibilidad de pegarle, lo ha hecho. Eloise defendía a su niña con uñas y dientes y más de una vez se ha llevado golpizas por parte del duque por enfrentar a lady Gretel, pero lo hacía estoica por resguardar a su hija. —El rostro de Devon expresaba dolor imaginándose a dos seres que se amaban sufrir por causa de un ególatra que hacía y deshacía a su antojo—. Lo cierto es que Harmony nunca supo que Eloise era su madre, ese era el trato. Mi hermana podía criar a su niña sin decirle la verdad, pero, cuando el duque consideró que era el momento de revelar su identidad a la niña, lo hizo sin titubear y solo por conveniencia. Todo cambió cuando Harmony alcanzó la edad adulta e hizo su presentación en sociedad. Recuerdo que la niña estaba esperanzada por su primer baile y porque usted la viera vestida de largo. —Coraline suspiró—. El duque tenía otros planes, que ni siquiera Eloise sabía. Llegado el momento comenzaron a correr rumores por la casa de que la niña ya estaba entregada en matrimonio antes de nacer; mi hermana le exigió al señor saber si los rumores que corrían eran ciertos. Por semejante osadía se llevó una paliza, pero conoció la verdad. Desde ese día comenzó a planear cómo escaparse con la niña. —La mujer sonrió—. Resultó que Harmony es igual de carácter a su madre y, cuando su padre le informó sobre la cláusula, se enfrentó a él. Le exigió que la anulase. ¿Cuál fue la respuesta del duque? La única respuesta que daba siempre y que era efectiva: la golpeó y, como la niña seguía en sus trece, la azotó. Tuve que curar su piel desgarrada por el látigo. ¡Dios! Esta vida es una mierda. Ese día Harmony entendió que su destino estaba sellado. Habló con Eloise y juntas planearon la fuga, pero siempre hay un chismoso dando vueltas que todo lo oye, así que las encontraron a pocos kilómetros de la aldea. Las encerraron por separado y las golpearon. Luego las juntaron y el duque le dijo la verdad a la niña. Le dijo que Eloise era su madre. Le explicó el porqué de su nacimiento y su finalidad. Solo había nacido para cumplir con la cláusula. Como era de esperar, Harmony se negó a esa payasada y el duque le explicó todo lo que iba a sucederle a Eloise si ella no colaboraba. —La mujer lloró a lágrima viva.

Devon se consumía en furia.

Necesitaba asesinar a ese hijo de puta.

Respiraba entrecortado.

El corazón le iba a mil.

Las manos le temblaban de la necesidad de abrazar a esa niña. A esa joven que, mientras él la molestaba cada vez que se cruzaban, ella sufría en silencio.

Lloró.

No se privó de llorar.

Cuando hubo remitido el llanto, Coraline se aventuró a seguir con el relato.

—Desde ese día encerró a Eloise en una mazmorra. Como sabrá, el castillo de Suffolk es una construcción que tiene más de setecientos años; construido en plena Edad Media, tiene túneles, catacumbas y mazmorras. Pues allí encerró a mi hermana para, de esa manera, controlar a Harmony a su antojo. Así fue como la niña empezó a visitar a su hermano y a decir y hacer todo

lo que la señora Gretel le dictaba. Era un autómatas. La dejaban visitar a mi hermana una vez a la semana si se portaba bien, pero, como le dije, la niña tiene su carácter, así que cada tanto se ganaba una golpiza. Le asignaron otra doncella, Monique, que la vigilaba de sol a sol. Yo tuve que ponerme del lado del duque y avalar su comportamiento, era la única manera de poder acercarme a Harmony, de lo contrario, me hubieran corrido de la casa y no hubiera podido ayudar en nada. Igual no pude hacer mucho, Monique es una serpiente.

—Y resultó que mi hermano renunció —dijo Devon.

—Exacto. Y Harmony pensó que era libre. Nunca imaginó que usted lo reemplazaría. Cuando el duque se lo informó, pues lo mismo, se negó y fue golpeada y la dejaron sin ver a Eloise. Así hasta que la casaron.

—¡Dios mío! ¡La escalera!

—Sí. Nunca cayó por las escaleras. Fue el duque quien la golpeó hasta dejarla inconsciente. Desde ese día no le pegó nunca más, porque fue el doctor Hyde quien la atendió y no podía quedar con el culo al aire. Siempre la atendía el médico de la familia, que esconde todo lo que sucede, pero usted mandó a Hyde para que la vea y usted mismo vino a verla, así que el duque no se arriesgó a maltratarla otra vez. Luego de la boda, liberó a Eloise, pero ya estaba enferma. La cuidé hasta que murió, tenía treinta y cuatro años. Se fue sabiendo que la niña se había casado con usted. Se fue en paz porque sabía que usted iba a cuidar de ella.

Devon se cubrió el rostro con las manos.

Se mesó el cabello, cosa que hacía repetidamente desde que había comenzado a escuchar el relato. Volvió a llorar. No solo por el calvario en el que su esposa había vivido, sino porque él no la había cuidado.

—¿Dónde enterraron a Eloise? Quisiera visitar su tumba.

—En el cementerio de la aldea, al lado de mi madre. Están juntas. Yo misma me iré a la aldea a vivir a partir de hoy. Permanecía en la casa porque necesitaba saber cómo estaba la niña. Ahora sé que usted la ama. Mi hermana no se equivocó.

La mujer tomó las manos de Devon entre las suyas.

—Cuidela. —Había súplica en su mirada.

—Se fue. —Coraline entrecerró los ojos—. Me abandonó. Me dejó una nota y se marchó al otro día de recibir su carta, por eso necesitaba atar cabos. Pensé en la posibilidad de que estuviera aquí, pero ahora sé que nada la ata a Suffolk.

—Debe de haber tomado distancia para pensar. —Devon asintió.

—La encontraré.

—Volverá. La conozco. —El conde volvió a asentir.

—Me marcharé en unas horas. Nada me retiene aquí. ¿Quiere venir conmigo?

—No, joven. Me quedaré en la aldea. También necesito pensar.

—Gracias por confiar en mí.

—Mi hermana confió en usted. Yo solo cumplí su voluntad.

—¿La alcanzo a la casa?

—No. Ya no regresaré.

—Adiós, Coraline.

—Adiós, muchacho.

Devon se fue sintiendo un dolor inigualable.

Necesitaba la intimidad del diálogo con su madre.

Necesitaba estar ante su tumba y pensar; eran muchos los interrogantes.

Se había llevado demasiados secretos a la tumba y él estaba tan seguro de lo que recordaba que buscaba respuestas sin poder encontrarlas. No conocía a nadie que le hablara de Katherine Hutton y de su vida. Era muy posible que ella hubiera pasado por el mismo calvario que su esposa. Y, conociendo como conocía a los hombres, dudaba de que su madre hubiera muerto de manera natural, a los pocos días morir su bebé.

¡Dios! No iba a olvidar en la vida cuando, junto con Robert y John, desenterraron el pequeño ataúd que debía resguardar el cuerpecito de Megan.

¡Sorpresa! Y consternación al ver piedras en su lugar.

La alegría lo había invadido al darse cuenta de que su hermana estaba viva, pero la furia y la tristeza inundaron su corazón al darse cuenta de que no sabía el paradero de la pequeña Megan y de que varios años habían pasado separados y sabiendo Dios dónde estaría la bebé, que ya sería una mujer. Él, desmoralizado, estaba entregado, pero Rober ya la había encontrado.

Cada día estaba más convencido de que el padre de Megan era aquel hombre imponente que estaba en Norfolk el día en que su hermano, a la edad de diez años, había sido herido. Ese mismo debía de ser.

Lo encontraría.

No podía ser tan difícil.

Solucionaría sus problemas con Harmony y luego buscaría a ese hombre.

Tenía varias cosas que preguntarle.

Era la única persona que podía hablarle de su madre.

Londres

Capítulo XVIII

Abril

Impecable.

Bañado, afeitado y vestido con su habitual camisa blanca y pantalones gris plata, estaba llegando al lugar que Walter le había señalado. No quiso que el cochero lo llevase. No. Prefirió ir a caballo, pues no quería asustarla ni invadirla, solo quería decirle que la amaba y que la esperaba el tiempo que hiciera falta.

Había arribado a Londres, desde Suffolk, hacía apenas unas horas.

Desorientado, había ido a Somerset House porque creía que Francesca pudiera saber algo del paradero de su esposa. Derrotado ante la negativa de esta, se dejó caer. No sabía por dónde buscar. Hacía más de diez días que no se bañaba, y no le importaba. La barba le había crecido tanto que su rostro estaba cubierto al completo junto al pelo largo que se le arremolinaba debido a las ondas que se le formaban; parecía un león, grande y dorado, pero apaleado. Daba pena verlo.

Andrew lo instó a bañarse, pero, recuperando algo su dignidad, se marchó a Arundel House, con su hermano detrás, porque Robert no iba a permitirle caer.

Al llegar, Walter los recibió y al instante reparó en el lamentable aspecto de su señor, por no decir que el olor le dificultaba la respiración. Una mirada de Robert y entendió que no debía decir nada de nada. El contacto visual de su reciente antiguo señor era profundo y claro, tanto que no necesitaba palabras.

—Enseguida mando a preparar el baño.

—Gracias, Walter. Subiremos —dijo Robert, a lo que el mayordomo asintió, comunicándole con la mirada la imperiosidad de hablar con él.

Luego de asearse, afeitarse y de estar en condiciones de enfrentar la realidad, su hermano le entregó la carta que el mayordomo le había dado en mano. Al leerla, la cara de Devon se iluminó: Harmony lo había buscado a él.

Devon:

Me encuentro bien.

Siento haberme marchado como lo hice. Sé que me amas. Y te amo. Solo te he amado a ti, pero necesitaba pensar. Mi mente precisaba con imperiosidad descansar de todo y de todos, en especial de ti. Sé que han pasado varios días..., semanas, pero necesito que hablemos.

Si quieres lo mismo que yo, estoy en lo de Theia, en las afueras de Londres. Su pequeña granja linda

con las tierras de Saint Albans; pasando la aldea, rodeando un pequeño lago, en las lindes del bosque viejo.

Te esperaré.

Siempre voy a esperarte.

Harmony

No bastó nada más.

Montó sobre su caballo y se fue.

Ahora estaba allí.

Caminando hacia aquella casita acogedora.

Sintiendo que su interior se agitaba a cada paso que daba.

Necesitaba verla y saber que estaba bien.

Iba a golpear la puerta cuando escuchó el tararear de la melodía que su esposa solía tocar en el piano. Siguió su instinto y, rodeando la vivienda, la vio.

Ahí estaba, de espalda, juntando moras.

El vestido, en tono natural, era sencillo y de trabajo; tan simple que ella resplandecía.

Su pelo ondulado le caía sobre la espalda en un sinfín de ondas que marcaban su rebeldía.

Era hermosa.

Su interior brillaba y eso la dotaba de una belleza única que no podía ocultarse.

La alegría que emitían las notas que entonaba era señal de que estaba feliz.

—Preciosa...

La mano de Harmony, camino hacia una mora, se detuvo en el aire.

Su corazón se detuvo.

Su respiración se ralentizó.

Su voz la habitó.

Cerró los ojos..., sintió su olor y su aliento en ella.

Su mano fue envuelta en la suya y todo su cuerpo fue envuelto por el de él.

Enredando su mano en su cintura, Devon la atrajo hacia sí, poniendo en contacto su espalda con su pecho mientras su boca rozaba su mejilla, en un acto tan cariñoso como tierno.

—Solo Dios sabe lo que te he extrañado. He muerto cada día sin ti. Te amo, Harmony. Te amo tanto que no podría vivir sin ti. Eres mi vida.

Sintió en su mejilla cómo las lágrimas de ella comenzaban a aflorar y era justo lo que no quería. Sería su meta que ella no sufriera. Viviría para alcanzar ese logro cada día.

—No llores, amor, a menos que esas preciosas lágrimas sean de alegría.

El llanto de su esposa se profundizó y Devon la giró entre sus brazos para abrazarla.

Y ella lo abrazó.

Así permanecieron unidos un lapso indefinido que ninguno de los dos podría especificar, pues el tiempo se desvanece ante dos almas etéreas e indivisibles.

Allí quería anidar Harmony. En sus brazos.

Había nacido para amarlo.

—Te amo —dijo ella entre sollozos—. No me atrevo a imaginar una vida feliz a tu lado de miedo a que me la arrebaten.

Él la abrazó con más fuerza, con una ternura exquisita, para que entendiera que sería su protección siempre. Le acarició la cabeza y, depositando un beso sobre ella, le susurró—: Jamás dejaré que algo te suceda. Eres mi misión en esta vida. Y, si es verdad que el amor sana, que el amor olvida, que el amor todo lo puede, pues entonces mi amor hacia ti y el tuyo hacia mí

bastarán para que seamos felices, porque solo te necesito a ti, preciosa. Solo a ti.

—Y yo a ti.

Harmony lo miró a los ojos y le sonrió de esa manera como cuando viene una pulla detrás.

—Te veo muy seguro de mi amor, cuando despotricabas que tu hermano era quien ocupaba mi corazón. No te habrás creído lo que decía la carta, ¿no? —Devon sonrió.

—¡Claro que te creí! Además, susurraste que me amabas aquel día en el comedor —volvió a sonreír—. No lo podía creer, no podía ser cierto. ¿Te acuerdas? Aquel día en que reprochaste que bebía mucho café —ella asintió—, antes de arrojarme el jarrón, que bien merecido lo tenía —la joven apoyó la frente en su pecho en señal de congoja—, susurraste que me amabas. —Volvió a mirarlo extraviándose en sus ojos verdes—. Mi oído es finísimo, tenlo en cuenta para la próxima. Todo lo escucho... —rieron a la vez.

—Eres tan arrogante... El día del accidente, pensé que habías muerto. Hasta que pude bajar a auxiliarte, no me di cuenta de que estabas con vida. —Acarició su rostro con amor, deteniéndose un instante para dar énfasis a sus palabras—. Eres la razón por la que vivo. Siempre has sido tú. Siempre serás tú. Nadie más que tú.

Sus labios se encontraron en un beso que ambos anhelaban.

Un beso que marcaba un antes y un después.

Un beso que, en el marco de la verdad, sabía más hermoso, más dulce y más vivo que los anteriores.

Se abrazaron.

—Ahora dime, ¿cuándo te diste cuenta de mi amor por ti?

—Mientras dormías. —Devon entrecerró los ojos y ella sonrió con complacencia—. Hablas dormido, conde. Demasiado. —Devon apretó los ojos con fuerza y sonrió, para su eterna consternación—. Las noches que he pasado a tu lado, durante tu convalecencia, han sido reveladoras.

—Pequeña bruja. No podré ocultarte nada.

—Nada. —Él le besó la punta de la nariz y ella recordó los panes en el horno.

—Seguro se han quemado los panes.

—¿Qué?

—Acabo de recordar que tengo panes cociendo —decía Harmony a medida que iba en dirección al gran horno de barro que se encontraba en uno de los costados de la casa, debajo de unos pequeños arbustos paraguas.

Devon la siguió ansioso de verla desenvolverse en su entorno.

—Huele bien —dijo él.

—Mi madre me enseñó a cocinar.

—Sobre tu madre. —Ella perdió la sonrisa.

—Has ido a Suffolk, ¿verdad?

—Cuando tuve en mis manos la nota que recibiste sobre la muerte de Eloise, no me quedó más remedio que ir. Pensé que te encontraría allí...

—Pero te encontraste con la verdad. —Él asintió.

—Así es. No me arrepiento de haber ido, porque, conociéndote como te conozco, nunca me hubieses contado todo, no por falta de confianza, sino por modestia. Odias compadecerte. —Ella sonrió—. Te amo aún más, ¿sabes? —La tomó de las manos—. Tenemos que hablar. Hay mucho que decirnos. —La joven asintió.

—Terminaré con las tareas y hablaremos. Theia volverá mañana y estoy encargada de todo yo

sola.

—¿Quién es Theia?

—La mujer que me acogió aquí. Ella y su nieta son grandes personas.

—Theia...

—Es griego. —Devon la miró sin entender—. Su nombre es de origen griego. Su madre era griega.

—Déjame a mí —dijo el joven, pala en mano.

—Puedo hacerlo yo.

—Permíteme ayudarte.

Su esposo sacó, de a uno, los panes del horno.

Ella se recreó mirándolo.

Su espalda al realizar los movimientos parecía más grande y fuerte.

Sus brazos dejaban ver los músculos al ejercer la fuerza apropiada.

Su pelo largo y ondulado era digno de admiración.

Era tan dorado que podría rivalizar con el sol.

—Devon...

El joven terminó de sacar el último pan y, dejándolo junto a los otros, volteó a mirarla.

Sus preciosos ojos ámbar revelaban el deseo por él.

Su cuerpo le decía que aceptara la invitación, mientras que su cerebro levantaba una barrera infranqueable.

—Debemos hablar antes, Harmony.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Porque yo estoy pensando lo mismo. Ven. —Y tomándola de la mano se encaminó hacia la casa—. ¿Has dicho que no hay nadie? —Se detuvo en seco y horrorizado la miró a la vez que ella le devolvía una mirada perspicaz sabiendo lo que vendría—. ¿Estás sola? —Ella asintió y el rostro de su esposo reveló consternación y enojo—. ¡Cómo que estás sola! Puede suceder cualquier cosa. ¿Y si te caes? ¿Y si te quemas? —señaló el horno— ¿Y si te pierdes en el bosque? ¿Y si enfermas? ¿Y si un animal te hace daño? ¿En qué pensaba esa señora al dejarte sola?

—Creo que sabía que vendrías.

Devon puso los ojos en blanco.

—¿Y si llegaba algún desconocido? No quiero ni imaginarme.

—Estás más gruñón, si es posible.

—¡Dios! Estás más hermosa aún.

Devon se acercó lo suficiente hasta rozar su nariz con la suya. Iba a besarla cuando su esposa lo detuvo con un simple *no*.

—No, conde. Tenemos que hablar.

El joven suspiró, tragó su propia medicina, y se aventuró dentro de la casa, encontrando un impoluto comedor tan acogedor como pacífico. La paz reinaba allí. Hacia la izquierda, un pequeño pasillo conducía a lo que deberían ser las habitaciones. Hacia la derecha, la cocina se alzaba espaciosa, con una gran mesa de madera en medio, donde la harina, esparcida por doquier, le servía de manto. Una masa clara y lisa reposaba en sereno crecimiento.

Sus pasos lo llevaron hacia allí.

—¿Quieres té? No tenemos café —le ofreció su esposa a la vez que se cubría con un delantal para evitar manchar el vestido.

—No. Agua.

La joven la sirvió en un vaso y se lo tendió. Se ubicó delante de la mesa y tomando la masa en sus manos comenzó con el amasado.

Presionó para extraer el gas contenido debido a la fermentación y al instante deslizó sus manos hacia adelante para volverlas hacia atrás, en movimientos continuos que iban dando a la masa elasticidad y firmeza, unión y consistencia. Repitió los movimientos varias veces por varios minutos hasta lograr lo que quería, una masa uniforme, blanda y totalmente elástica.

Devon la observaba embelesado.

Nunca la había visto amasar.

Sus manos sumergidas en aquella masa, a la cual trataba con dulzura y constancia. Al cabo de unos minutos había transformado ese engrudo fermentado en pequeñas bolitas redondeadas que, sobre un plato de madera, reposaban unidas. Se dio cuenta de que la unión era para que no cayeran dentro del horno, ya que eran pequeñas para mantenerse en las parrillas.

—¿Por qué los haces pequeños? Los que acabo de sacar del horno eran grandes.

—Porque estos son para los niños de la aldea. Todos tienen, más o menos, el mismo tamaño, para ser justa con todos y que no peleen por la hogaza más grande. Son como manzanas. Y nadie discutirá.

—Eres excepcional, Harmony. Lo sabías, ¿no?

—Mi madre me lo decía siempre.

—Porque tu madre era excepcional.

Se acercó a ella y, rodeándola desde atrás, depositó un beso en la base de su cuello. Sintió la mano de ella acariciando su rostro y su reacción inmediata fue presionar en aquella palma su mejilla buscando ese cariño que necesitaba con locura.

Ella giró y lo abrazó.

Volvió a los panecillos.

Preparó huevo para pintarlos en la superficie y así esparcirles semillas que quedarían adheridas a los panes por efecto de la misma untura.

—¿Blair ha hablado contigo? —Su esposo asintió—.

—Sí. Lo ha hecho. Y me he enterado de demasiadas cosas para mi gusto.

—Entonces, quiero que sepas que no me fui por tu hijo. Fueron un cúmulo de novedades que me asaltaron y solo pude huir. Lo siento, necesitaba paz. En ese momento estaba segura de que me amabas, pero la noticia de la muerte de mi madre sumado a la de Blair y... —las lágrimas volvieron a resaltar su congoja—, el beso fue el culmen. Me derrumbé. Cuando desperté y te vi dormido a mi lado, solo me fui. Sentía un dolor tan hondo que no podía curarlo con nada. Necesitaba pensar, encontrarme conmigo misma.

—Harmony...

—No, Devon, déjame hablar. —La joven terminó con su labor y, quitándose el delantal, se higienizó las manos—. Mi vida no cambió cuando me casé contigo. No. Cambió cuando murió mi madre; ese día fui libre y me sentí el ser más despreciable del mundo. —Con la misma toalla con que secó sus manos, enjugó sus lágrimas—. Supe en ese momento que Suffolk había perdido su poder sobre mí. Y lloré. Lloré porque nunca pude disfrutar a mi madre. El día que supe que Eloise era quien me había dado la vida, fue el día en que nos separaron. —Se acercó a la ventana, pues necesitaba que el aire le llenara los pulmones—. Me permitían verla cada tanto y, en esas visitas, me daba cuenta de que su salud desmejoraba y que no podía hacer nada. —Rompió en llanto—. ¡Dios! Amaba a mi madre sin saber que lo era y la amé mucho más por su sacrificio por

mí. ¿Sabes lo que tuvo que soportar por permanecer a mi lado?

—Coraline me contó todo. Lo sé todo, preciosa. —Se acercó hasta estar junto a ella—. Y te amo más por tu valor, tu tenacidad y tu amor hacia tu madre. Cualquiera en tu lugar hubiese disfrutado de la vida que la nobleza otorga. En cambio, para ti fue una carga. Tu nacimiento estuvo signado por una única razón y tuviste que vivir atada a eso. Es entendible que te hayas sentido libre cuando falleció Eloise. Tú eras la que cargaba con el peso de las decisiones de antaño. Ni Robert, ni yo. Tú fuiste la única perjudicada.

La abrazó a él.

Ella lo envolvió con sus brazos.

Reposó su cabeza en su pecho y allí habitó un tiempo sin límites.

Suspiró.

—No quiero que tu hijo se críe sin su madre, sabré convivir con Blair. Jamás podría apartarla de su niño. Y lo amaré porque es parte de ti. Y será hermano de nuestros niños. Nunca lo rechazaré.

—Eres formidable, Harmony. Otra hubiese descuartizado a la criada y regalado al niño. Tú..., tú solo sabes amar. —Lo dijo mientras le recolocaba un mechón de pelo detrás de su oreja, que a él se le antojaba perfecta. Volvió a abrazarla—. Hablé con Blair, aunque siendo más preciso, ella habló conmigo. Y entre tantas cosas confesó que estaba embarazada y que te había dicho a ti que el niño era mío cuando no lo era. A ti podía mentirte, a mí no, porque bien sabía ella que yo no la había tocado desde aquella vez, hace más de un año. El niño es de Patrik, y este se casó con otra sin saber que Blair esperaba a su hijo. Ella ya no trabaja en casa.

—¿La has despedido?

—¿Te has quedado con eso? Te he dicho que no soy el padre del niño...

—Ya... y es una alegría saber que no me has sido infiel, pero no puedes botar a la calle a una joven en estado y sin trabajo.

—¡Pues qué poco me conoces! Jamás haría algo así. Le conseguí trabajo en casa de Leonard.

—¿El médico? —Su esposo asintió.

—Oh, Devon, lo siento.

—Es hora de que dejes de pensar mal de mí, esposa.

Harmony lo abrazó.

Se sentía segura y amada a su lado.

El aire fresco y enérgico entró con brusquedad por la ventana arremolinando las cortinas.

—El viento no se amilana en soplar.

Los árboles se mecían con violencia. El sol estaba en su ocaso y el cielo presagiaba agua.

El aire cálido se ausentaba y una ventisca fría y solapada marcaba presencia.

—Vendrá una tormenta —dijo Devon a su lado.

—Sí. Llevemos los panes al horno antes de que el cielo se desplome.

—¿Cómo estás tan segura de que lloverá?

—El viejo Beor me lo dijo hoy temprano cuando fui al molino por harina.

—¿Has ido sola a la aldea?

La joven rio emitiendo un sonido que a él le pareció melodioso. La tomó del talle y pegándola a su cuerpo la besó.

Y en ese beso fueron sus vidas.

Se reconocieron.

Se aceptaron.

Se amaron.

—Fui autosuficiente toda mi vida —dijo ella embelesada.

—Me quedó clarísimo.

Ambos sonrieron.

—¿Te quedarás a vivir aquí, condesa? ¿O volverás a nuestra casa?

—Tendré que pensarlo.

—Decidas lo que decidas, me quedaré contigo. Tú eres mi hogar, no importa el lugar. Habito en ti.

—Y yo en ti.

La tormenta no tardó en asomar y los panecillos ya cocidos fueron puestos a resguardo instantes antes de que la lluvia comenzara a verterse.

No era una tormenta suave.

Las centellas resplandecían furiosas, mientras que el ruido que el cielo emitía presagiaba granizo. De un momento a otro las piedras comenzarían a caer.

Los truenos rugían asustando a los animales. Tanto era el ruido que dos terneros desorientados salieron del corral. Y, antes de que Devon se diera cuenta, Harmony estaba corriendo detrás de ellos para volverlos a su sitio. Un rayo errante se precipitó en tierra y el estruendo los paralizó. Se buscaron y, al hallarse con vida, la joven siguió con su tarea a la cual su esposo se unió. Terneros en su lugar volvieron con urgencia a la casa.

Empapados de pies a cabeza se retaron con la mirada.

La joven comenzó a quitarse la ropa hasta quedar completamente desnuda.

Devon, aún de pie en medio de la sala, embelesado ante la imagen de su esposa, vio cómo esta se acercaba a su lado y comenzaba a quitarle la camisa. Sintió cómo sus manos recorrían su cuerpo: sus brazos, su pecho, su abdomen. Sintió cómo esos dedos descendían por la línea de bello que se perdía por debajo de su ombligo hasta sentir cómo sus pantalones caían al suelo. Salió de ellos dando un paso hacia adelante. Harmony se apretó a él y abrazándolo disfrutó del contacto con su piel.

Se arrodilló ante ella y besando su ombligo trazó un surco de besos hasta llegar a la abertura de sus piernas. Solo un beso. Ella no le permitió más y, descendiendo a su altura, lo besó. Devon se la llevó consigo y sentado en el suelo la dispuso a horcajadas sobre él. La penetró con suavidad y ella lo acogió con premura apurando el acoplamiento.

El amor lo era todo y el sexo también.

Se necesitaban.

Les urgía amarse.

La desesperación no les permitió halagarse, complacerse.

Los gritos de Harmony rivalizaron con los estruendos de la tormenta y los de Devon aumentaban con cada embestida. El pelo ondulado de la joven rozaba su piel enloqueciéndolo. Amaba verla con el pelo suelto, pero sentir su gloriosa melena lo excitaba desmedidamente. La volteó, dejándola de espaldas al suelo, haciendo que las embestidas fueran desenfundadas, provocando un descontrol en la joven que la llevó a la locura. El éxtasis les sobrevino al instante.

Juntos.

Desplomados.

Exhaustos.

Devon giró quedándose con ella encima, permitiéndole descansar todo su peso sobre él. Harmony había ralentizado tanto su respiración que eso lo alarmó. La acarició, pero ella no respondió a ese gesto tierno. Estaba extenuado, no podía mover un solo músculo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se incorporó lo suficiente para advertir que su esposa no estaba consciente, sino profundamente dormida. Así yació un buen tiempo hasta que su cuerpo fue recuperando las fuerzas de a poco. Cuando estuvo seguro de poder ponerse en pie, lo hizo llevándose a la joven con él.

Se dirigió a las piezas y se adentró en la que había dos camas, pues una de ellas tenía a los pies el chal de su esposa. Allí la depositó y, uniendo la otra, se acostó a su lado.

Así los sorprendió el sol naciente del día entrante.

Abrazados.

Amados.

Capítulo XIX

Londres era un lugar complicado según la perspectiva de Harmony.

Era una contradicción.

Tanto de todo y tanta nada a la vez.

Tanta vida social y tanta soledad.

Tanta riqueza y tanta pobreza.

Tantas familias y tantos niños en la calle.

Tantas fábricas y tantos delincuentes.

Tanta belleza y tanta fealdad.

Definitivamente, no era su lugar en el mundo.

Sin embargo, allí, a las afueras de la gran ciudad, la campiña se erguía encantadora. Acogedora. Y eso que ella había vivido en el campo, pero este lugar era un remanso o sería que, al haber encontrado la paz allí, tendía a idealizarlo. No lo sabía.

Todo era idílico.

Giró sobre sí misma y se encontró con el rostro de Devon. Dormía.

Lo observó detenidamente, como tantas veces antes mientras se recuperaba del accidente. Nunca se cansaría de mirarlo. Era hermoso, pero sobre todas las cosas era bueno. Demasiado bueno. De otra manera, ella nunca hubiera reparado en él.

Lo acarició. Delineó una estela de caricias desde el mentón hasta el cabello, el cual recibió las atenciones de sus dedos. Era suave como la seda a pesar de ser ondulado en las puntas. Su mano lo recorrió desde la frente hasta la nuca, pasando por detrás de su oreja izquierda. Llevaba el pelo más largo que antes, nunca lo había visto así. No. Siempre corto y bien peinado. ¡Dios! Así, era mucho más bello. No dejaría que se lo cortara; si por ella fuera, así de largo lo mantendría. Recorrió con el índice su cuello para continuar por el hombro. La palma de su mano abarcó los músculos de su brazo mientras se mordía su labio inferior en claro deseo de que despertara. Devon no se inmutó, tan cansado como estaba, dormía a pierna suelta. Los rasgos tan relajados lo semejaban a un niño. Rozó sus labios y bajó por su pecho hasta su ombligo, la sábana ocultaba su virilidad. Le encantaba verlo desnudo. Tocar su piel, sentir su olor... Cerró los ojos e inspiró reteniendo la respiración unos segundos y cuando expiró un rápido movimiento la situó de espaldas sobre el colchón mientras sus piernas eran elevadas por encima de los hombros de su esposo, que en un suspiro la penetró con tanta facilidad que hasta él se sorprendió.

—Esposa, parece que mirarme te ha excitado demasiado.

—¡Muévete! ¡Devon!

El joven comenzó a embestirla con suavidad hasta que las uñas de ella, clavadas en sus glúteos, lo obligaban a acelerar el ritmo. A pesar de que él quería ir despacio, los deseos de Harmony eran otros. Alcanzaron el clímax juntos.

—Vas a matarme. Eres muy exigente.

—¿Te estás quejando, conde?

—Moriré joven.

Devon, de espaldas mirando el techo, la sostenía entre sus brazos. Su esposa, en un tris, se montó a horcajadas sobre él, dejándolo de piedra. Rozando con sus pechos su pecho, le besó la nariz. Rozó sus labios con la lengua y en un susurro le dijo—: Ahora lo haremos despacio.

Y besando su abdomen comenzó a descender dejando un camino de fuego. Eso eran sus besos: brazas encendidas sobre su piel.

—Harmony..., no... Harm...

El grito que escapó de su garganta cuando su esposa tomó su pene en la boca lo desarmó. Con un miedo atroz de derramarse, intentó quitarla, pero todo movimiento fue inútil, la lengua de la joven era letal.

—¡Harmony! Hemos llegado. ¿Dónde estás, niña?

—¡No! —El grito consternado del joven enterneció a su esposa.

Devon se cubría la cara con ambas manos intentando recobrar la calma. Su respiración era arrítmica y descontrolada. Hablar le era imposible.

—En la pieza. Voy en un momento.

—¿¿Cómo me repongo de esto?! —articuló incómodo.

—Ni idea. Les digo que estás aquí. No te preocupes. No te molestarán.

Devon abrió los ojos y se encontró con su esposa vestida y peinada. ¡Mierda! Era rápida. Y él desmadejado en la cama, sin voluntad. Estaba claro quién llevaba la batuta.

—Tú a tu ritmo, yo me encargo de ellas.

Harmony salió de la habitación con un semblante que anunciaba felicidad plena.

Llegó a la cocina donde estaba Theia preparándose un té.

—¿Está en el cuarto? —La joven asintió.

—¿Dónde está Kendra?

—Le dije que fuera a lo de Saint Albans a avisar que estábamos de vuelta por si se les ofrecía mermelada.

—¿Mermelada?

—No se me ocurrió otra cosa, los gritos de tu esposo nublaron mi entendimiento. Tenía que deshacerme de la niña, qué iba a explicarle.

—Pues deberías explicarle esas cosas. ¿Sabes que está enamorada del nieto de los duques? —Theia puso cara de pasmo—. No, no sabías. Pues entérate que al joven vizconde no le es indiferente. —El susto genuino de la mujer enterneció a Harmony—. No te preocupes, le dije que Kendra tiene once años y admitió que pensaba que era mayor. No volverá a molestarla... por el momento.

—¿Por el momento?

—¡Va a crecer! Es preciosa, inteligente e instruida. —Harmony se detuvo en su pensamiento un instante—. Theia, ¿en verdad es tu nieta? No se parece a ti en nada.

—Lo es.

—Cuidala. Sería penoso que la deshonren.

—Estoy enferma, pequeña. Me tiene solo a mí.

La mujer la miró con profundidad y en esa mirada dejó implícita su petición. La condesa asintió. Se abrazó a sí misma como queriendo recuperar calor. Al cabo de unos pocos segundos tomó la decisión.

—Lo haré. Puedes estar segura de que la cuidaré.

—Tu esposo... —Harmony sonrió.

—Es bondad pura.

—Buenos días. —La voz de Devon captó la atención de la mujer.

—Conde —saludó inclinándose.

Volvió a mirarle y en sus ojos vio la mirada de su niña. Las lágrimas no pudieron ser retenidas y rodaron por aquella ajada mejilla, cuarteada por la vida. Una cosa era verlo a lo lejos, y otra, muy distinta, tenerlo ahí, delante de ella, como hacía tantos años. Debía controlar sus emociones, estaba claro que envejecía a pasos agigantados.

Devon le tendió un pañuelo.

—Recuerdos. Me hago vieja y tiende a asaltarme la nostalgia. Naderías.

—¡Abuela! La duquesa quiere tu *moussaka* con *saganakis* para mañana. Y dice que... ¿Y este quién es? —preguntó Kendra.

—Mi esposo.

—¿Dios mío! ¿Lo has dejado a él? Nunca pregunté porque pensé que era un vejete de esos que se casan con las jóvenes. Este es hermoso. ¿Cómo que lo has dejado?

—Pequeña, ella necesitaba descansar de mí —dijo Devon.

—¿Y cómo se descansa de ti? Porque a mí me perseguirías hasta en los sueños. Menudo hombre. Y qué voz.

—¿Ves lo que digo? Aparenta más edad. Y eso es un problema —dijo Harmony a Theia.

—Es verdad. Estás muy deslenguada, niña. Tienes que civilizarte un poco. Irás a vivir con ellos.

—¿Qué? No me iré a ningún sitio.

—No todavía. En un tiempo. La condesa te educará para que seas una dama.

—No soy una dama —sonrió la niña—. Soy una joven común del pueblo —dijo elevando la barbilla, adoptando una postura altiva que rivalizaba con lo dicho.

—Algo me dice que no. —Devon miró a la mujer dándole a entender que él intuía su secreto con respecto a la niña—. Señora, si mi esposa dice que Kendra puede vivir con nosotros, así será.

—Y yo ¿no tengo nada que decir?

—Claro que sí, Kendra. Igual será en un tiempo. Ya hablaremos y ahí decidirás qué hacer. Tú me has ayudado mucho; cuando sea el momento, te ayudaré a ti.

Harmony le dio un suave beso en la frente y la niña se abrazó a ella con fuerza.

—Te extrañaré.

—Y yo a ti.

—Pueden llevarse mi carreta. Mayfair no está lejos, pero una hora de viaje tienen.

—Gracias, señora. Ni bien lleguemos la enviaré de nuevo. Delo por hecho.

—No hay apuro, joven. La vida es larga.

—Hasta que mueres —dijo Kendra haciendo reír a los condes.

Harmony se abrigó y encaramándose al carromato se dispuso en el pescante. Devon cargó unas verduras junto a unos pequeños brotes de ciruelo y mora que Theia les había dado.

—Le agradezco de corazón por haber cuidado de ella. Es mi vida.

—Lo sé. —La vieja acarició su rostro—. Ve en paz, mi niño. —Con su dedo pulgar marcó la cruz en su frente—. Que Dios te proteja. —Y besando su mejilla se despidió.

Volteó y caminó hacia la casa.

Entró.

No quería que la viera llorar.

Se apostó en la ventana y los vio partir.

No había salvado a su niña, pero velaría siempre por sus hijos.

Era lo menos que podía hacer por Kate.

—¿Qué sucede? —preguntó la joven a su esposo.

—Sé que la conozco. No recuerdo de dónde.

—¿Conoces a Theia?

—Sus formas, su manera de hablar. El saludo que me dispensó antes de partir. ¡Dios! Tengo el recuerdo tan cerca, pero tan lejos a la vez. Es como si estuviera ahí, al alcance de mi mano y, cuando estiro el brazo para tomarlo, se esfuma. ¡Maldita cabeza! —expresó dolido dándose un golpecito en la frente.

—¿Qué te atormenta? Sabes mi verdad...

—Y te contaré la mía. Mi madre era una Hutton, igual que tú. Sufrió lo suyo. Yo tenía seis años cuando murió. —Una lágrima cayó y rodó por su mejilla; le siguieron varias más—. Me es imposible apartar el dolor de los recuerdos. Me arrebataron a mi madre y a mi hermana e intentaron matar a Robert. Sin embargo, yo no he sufrido daño alguno, pero me faltan los recuerdos. Es decir, recuerdo hasta cierto momento, y luego todo es oscuro. El día que mi madre murió no está en mi mente, solo sé lo que me ha dicho tía Alice. Lo que sí está en mi cabeza son los gritos desesperados de mi madre. Gritaba y lloraba a un tiempo. No puedo sacar eso de mi cabeza. —Las lágrimas se derramaron irrefrenables—. Es terrible que el último recuerdo de ella sea su crudo sufrimiento.

Harmony tomó su barbilla y lo obligó a mirarla.

—Dime lo que abrumba tu alma.

—Megan no es hija de mi padre. Es media hermana nuestra, pues su padre era amante de mi madre. Mi padre vivía en Londres o en Norfolk y nosotros en Arundel con mi madre; él nunca nos visitaba, pero cada tanto mandaba a alguien a controlar que todo estuviera bien, además de contar con los partes del administrador. Recuerdo que había un hombre que compartía tiempo con nosotros, demasiado. Nos quería. Y luego mi padre nos llevó a vivir a Norfolk y cada tanto golpeaba a mi madre gritándole que era una puta y que mataría al niño ni bien naciera. Recuerdo que Robert se interponía entre ellos defendiéndola y más de una vez terminó muy golpeado, aunque mi padre nunca pudo reducirlo por completo; Robert siempre fue alto y experto con la espada. Una vez lo hirió y le dijo que la próxima vez que tocara a mamá lo mataría. Vi en sus ojos que lo haría. —Devon sonrió—. Eso fue poco antes del desenlace. Mi madre tuvo a Megan y mi padre se la arrebató y dijo que había muerto. Yo era pequeño, las fechas con exactitud las sabe Robert. Hemos hablado largo y tendido sobre esto y deducimos que el hombre que vivía en Arundel con nosotros es el padre de Megan. Creo fue el mismo que se presentó en Norfolk el día que Robert fue herido. Ni siquiera tengo recuerdos de eso. Sé que estuve ahí, pero algo pasó que mi cabeza se bloqueó. Ahí terminaron mis recuerdos. El resto son especulaciones. Tía Alice sabe

más de lo que dice, entiendo que nos está protegiendo.

—De qué...

—Ojalá supiera. Aunque, por la forma en que mi padre habla o mira a Robert, creo que de él. Crecimos en Somerset con Andrew y John.

—¿Y cómo es que Robert sabía blandir la espada con diez años?

—El hombre de Arundel le enseñó el arte de la esgrima. Recuerdo verlos practicar una y mil veces.

—¿Y Megan? ¿Cómo entró en sus vidas?

El destino. Richard la trajo y Robert la reconoció porque mi hermana es idéntica a mi madre. Si no fuera porque sus ojos son de diferente color, serían exactamente la misma persona. Y Robert..., con lo desconfiado que es mi hermano, lo primero que hizo fue profanar la tumba de mi madre y abrir el pequeño ataúd para encontrarse con piedras.

—No entiendo por qué la sociedad la desprecia.

—La sociedad se resume en un grupo uniforme de viejas urracas y viejos ladinos con demasiado poder como para que el resto se oponga a lo que ellos creen que es lo aceptable y qué no. El mismo rey lo ha sufrido con su amante, su mayor amor, lady Marie, quien tuvo que abandonarlo por ser católica. Y así pasa con el resto de los mortales que descienden de la nobleza. Tú misma has sufrido por saciar buches aristocráticos. Hay veces que el amor salva, pero hay otras en que solo se encuentra la tragedia y se arrastra, con ella, a los seres queridos.

—Como le ha pasado a tu madre. —El joven asintió.

—Megan es fruto del pecado y por ello tuvo que pagar. Se crio en un prostíbulo, en el cual, seguro, la dejó mi padre en venganza. Conoció a Richard y ahí comenzó todo.

—Richmond está enamorado de ella.

—La ama con locura, pero su madre la odia. Y no solo por ser lo que es... Sé que hay algo más.

Harmony cerró sus manos sobre las de Devon, que se sujetaban con fuerza a las riendas. Apoyó la cabeza en su hombro izquierdo permaneciendo allí un tiempo prudencial.

—Un momento, ¿todos saben que Megan es vuestra hermana?

—Nunca lo hemos admitido, ella no quiere. Se tejen un montón de conjeturas, preferimos mantener el silencio, pero quienes conocieron a mi madre saben que ella es su hija. —Devon miró a su esposa con dolor—. Como te he dicho, son dos gotas de agua, que se diferencian en el color de los ojos; los de mi madre eran grises.

—Como los de Robert. —El joven asintió.

—Y los de Megan son azul zafiro. Ahí murieron las diferencias. Es como si mi madre no hubiese muerto y está ahí diciéndome que busque la verdad. Mi hermana se merece la verdad. Nos merecemos la verdad.

—Y la encontraremos.

Capítulo XX

Extenuados en cuerpo y mente, llegaron a Mayfair. La mansión del conde de Arundel se erguía con magnificencia, era digna de admiración, sin embargo, para ellos solo era su hogar, en el cual habían forjado su amor.

Allí moraron una eternidad, aunque solo fueran unos pocos días.

Nadie los molestó.

Cada uno entendió que necesitaban intimidad.

Aprendieron a convivir como marido y mujer sin secretos ni mentiras.

Necesitaban de ese tiempo solos antes de enfrentarse al mundo. Si de ellos hubiese dependido estarían en Arundel, pero los bautizos de los niños de Victoria y Francesca los mantenían en Londres.

Entendieron que amarse era un don que se les había otorgado.

Descubrirse y atesorarse era, en efecto, el mayor de los placeres.

La habitación donde el piano ejercía presencia regia era su lugar en el mundo; no solo compartían su amor por la música y su destreza por el instrumento, sino que era el medio que los unía y los honraba. Eran seducidos total y completamente por la pasión con la que cada uno componía sus notas. Unidos expresaban su don.

La música los enaltecía y los excitaba a un tiempo.

Eran uno en cuerpo y alma.

Perfectas almas gemelas, indivisibles.

Así comenzaron a transitar la vida juntos.

Las cabalgatas por Hyde Park eran una constante. Caminar por Mayfair, sin destino alguno, les permitió conocer lugares y gente en el trajín del día.

Leer en la biblioteca les granjeó tiempo compartido que atesorar, pues no solo compartían amor por la lectura, sino que cada uno expresaba su arte: mientras Harmony escribía, Devon dibujaba. Sus almas se elevaban cada vez que se complementaban a través de la pluma y el pincel.

Devon no tuvo más que mencionar que la casa tenía una entrada velada hacia un túnel, que llevaba a unas catacumbas por debajo de Londres, que su esposa estaba ya, antorcha en mano, queriendo explorar. La alegría, la curiosidad y la posibilidad de presenciar retazos de un tiempo que pasó le generaron una algarabía tal que su esposo tuvo que acceder a abrir el pasadizo que, desde jóvenes, no utilizaban, pues desde abajo podían comunicarse con la casa de su primo si se seguían bien los caminos internos.

Por debajo, Londres era otra ciudad. Y Harmony se asombró a la vez que se atemorizó.

—Sellaré la puerta, preciosa, no te agobies. Aquí abajo es un laberinto.

—Por aquí uno tiene acceso a todo. Nada es seguro —dijo Harmony señalando el interior del pasillo desde la puerta secreta en la biblioteca. Vas a clausurarla, ¿verdad? —Él asintió—. Podríamos poner una puerta de hierro y levantar una pared, y conservar esta puerta también y volver a levantar otra pared y luego poner un cuadro. —La risa sincera de Devon la hizo sonreír—. Un poco exagerada, ¿no?

—Mañana mismo, esposa, la sellaré. No te preocupes ahora, nadie utiliza estos senderos. Ya servirán para algo en un futuro. Incluso, podríamos escribir una novela. —Su esposa entrecerró los ojos—. No me mires así, sería como *La abadía de Northanger*, la que ha escrito Jane Austen.

—Me hubiese gustado conocerla.

—Podemos conocer a su hermana, a Cassandra Austen.

—¿Podríamos?

—Claro que sí. Es una acuarelista estupenda. Luego de los bautismos la buscaremos. —Devon vio caer una lágrima escoltada por otras—. No llores, preciosa.

—Es que me he dado cuenta de que somos iguales a ellas: tú dibujas y yo escribo.

—Pero con recursos. Nosotros podemos costearnos todo; ellas no pudieron, tuvieron que andar lo suyo hasta que una editorial compró las novelas de Jane. En cambio, nosotros podríamos montar una editorial. —Harmony lo miró con brillo renovado en sus preciosos ojos ámbar.

—Podríamos...

—Una cosa a la vez, preciosa. El que mucho abarca poco aprieta.



El bautismo

Seis días más tarde

—Estás nerviosa.

—Es que no los he visto desde febrero. Estamos en abril. Ni siquiera he ido a visitar a Francesca. No conozco al niño. No es justo que sea la madrina.

—Andrew debe estar feliz... —ironizó Devon.

—Eso no ayuda, esposo. Tu primo no puede ni verme y Fran lo obliga a soportarme.

—Quiero que sepas que no tendremos que convivir con mi familia si ellos no te aceptan.

—Podré soportarlos...

—No. No me has entendido. No depende de ti. Estoy convencido de que eres capaz de soportar lo que sea, pero son ellos los que tienen que demostrar que te aceptan, no tú a ellos.

—Devon...

—No. Tú eres lo más importante en mi vida. Tú estás antes que todos y, si ellos no pueden ver mi amor por ti ni tu amor por mí, entonces no te expondré a su estupidez. Te amo demasiado como para imponerte, de por vida, la presencia de personas que no te hacen justicia. Jamás te impondré nada. Moriría por ti.

—Ya lo has hecho. —Devon la miró interrogante. Que él supiera estaba vivo.

—Cuando ocurrió el accidente sabías que no tendrías tiempo de saltar. Solo había una única

oportunidad y decidiste que fuéramos nosotros los que nos salváramos. Que Dios te haya salvado a ti es otro cantar. Cualquiera que hubiera visto cómo quedó la cajuela te hubiese dado por muerto. Se nos ha dado otra oportunidad y no la desaprovecharé jamás. Todos los días son una oportunidad para amarte más.

—Preciosa, incendiaría el mundo por ti.

—Qué dramático, conde..., muy dramático.

Las risas inundaron la habitación.

Se abrazaron.

—Quiero que sepas que cada uno de los miembros de mi familia es sincero. Cada uno a su manera ha librado una batalla personal, social y familiar. En el momento que te acepten lo harán por propia voluntad, no por obligación. No pienses que podrían aceptarte por el hecho de que yo te amo. Te respetarán por eso, pero no te integrarán a la familia. —La separó de su cuerpo para mirarla a los ojos y así enfatizar lo que quería decir—. Cuando te acepten serán sinceros.

—Lo sé. Richard me ha aceptado casi desde el principio. Y no tienes que preocuparte por el resto, ya me han aceptado. —Devon entrecerró los ojos dejando explícito que algo se había perdido—. Cuando estabas en Arundel, hemos forjado una linda relación; hasta he sentido como los niños de Victoria pateaban el vientre de su madre. —Ella lo acarició—. Deja de preocuparte por eso. Y tu primo, que es el más reacio, es un corderito en manos de Francesca. Así que no ocupes tu mente pensando en ello. Deja que todo fluya. —Devon sonrió.

—Debo advertirte que a Richard no lo verás hoy en el bautismo de los niños.

—¿Qué ha pasado?

—Está viviendo la vida que su madre quiere. En estos momentos debe estar subiéndose por las paredes por no estar con nosotros.

—No entiendo, Devon. ¿Me estás diciendo que dejó a Megan y a los niños? —El joven asintió.

—Solo es una fachada. Estamos seguros de que la madre de Richard quiere matar a Megan. Planea muy bien cada uno de los movimientos. Primero, el incendio en casa de Andrew; luego, el accidente de carruaje; en medio de ambos, la asaltaron en plena calle cuando iba con los niños, justo antes de la boda con Francesca, no sucedió nada grave porque Robert llegó en el momento preciso. Megan no tenía nada de valor que justificara el atraco, sin embargo, le produjeron un corte en uno de sus brazos. Claro que Robert los redujo y los retuvo, pero no pudimos obtener información. Los habían contratado por unas pocas monedas. La persona que está detrás de todo esto paga a jovencitos de las calles una miseria y así se monta una cadena de emisarios, dejando oculta la identidad del verdadero agresor.

—Pobre Megan —se condolió Harmony—. No puede vivir en paz. Y, si la quieren fuera de este mundo, es mejor que esté en Londres, entre ustedes; en otro sitio, sola, sería más fácil deshacerse de ella.

—Es la razón por la que no se ha ido a Arundel. Y Richard ha seguido mi consejo, por lo menos en eso estaba cuando viajé a Suffolk. Es la única manera de acercarse a su madre y de que esta confíe en él.

—Esa mujer es una serpiente. La he visto maltratar a personas del servicio inescrupulosamente. Incluso la he escuchado hablar mal, no solo de Megan, sino de otras mujeres. Es un ser despreciable y peligroso.

La joven se alisó su precioso vestido champagne bordado en hilos dorados y plateados que dejaba ver la luz solar entre los pliegues de telas que se arremolinaban desde la cintura hacia

abajo. El corpiño era de igual tono con canutillos en peltre y perlas pequeñas que le conferían al atuendo una luminosidad única.

Regia. Esa era el adjetivo para calificarla. Sin lugar a dudas, su porte aristocrático rezumaba realeza.

—Estás hermosa.

—Tú también.

—¿Soy hermoso? —lo dijo con un deje de superioridad, elevando su ceja izquierda, causándole gracia a su esposa.

—¡Por Dios! ¡Qué vanidoso!

—¡No! ¿Sabes las veces que dudé de mi apariencia? Solo quería que me vieras a mí. Quería agradarte y siempre peleábamos. Llegué a pensar que no te atraía en lo absoluto. Hasta mi hermano me ha reprendido por ello. —La cara de pasmo de Harmony le arrancó una sonrisa—. Sí, preciosa. Todos se habían dado cuenta de mi amor por ti y me alentaban a conquistarte. Solo yo, en mi estupidez, creía que me eras indiferente. —La joven iba a hablar cuando él posó su dedo índice en sobre sus labios—. Shhh..., lo sé, preciosa. Soy idiota.

Su esposa sonrió y, apretándose a él, lo besó.

Y se besaron como solo sabían hacerlo: con amor, con pasión, con la necesidad implícita de que cada uno precisaba del otro para existir.

Un golpecito en la puerta los interrumpió.

—Señor. El carruaje está listo —informó el mayordomo desde el pasillo elevando el tono de voz para que traspasara la barrera, infranqueable, de madera.

—Gracias, Walter. Iremos a la brevedad.

—Bien, señor. La condesa debe decirme cuándo debo presentarle a las jóvenes que esperan por el puesto de doncella.

—Mañana, Walter, estará bien. Cerca de las diez.

—Muy bien, señora. Con vuestro permiso.

El mayordomo se retiró.

—Deberíamos abrir la puerta para hablar —se lamentó Harmony.

—No. Desperdiciamos tiempo. Si estuviéramos desnudos, tendríamos que cambiarnos y así perder intimidad. Para eso están las puertas. Se golpea y se espera fuera.

—Eres imposible.

—Soy práctico.

—Vamos o llegaremos tarde.

—Estamos en Londres. Todo está al alcance de la mano.

—Está comenzando a fastidiarme que tengas una respuesta zonza para todo.

—¡Genial! Cuando te enojas me haces el amor como una salvaje.

La cara de pasmo y sorpresa de la condesa desarmó a risotadas al conde.

—De ahora en más, cada vez que me enoje te lanzaré un jarrón.

La expresión seria en la que trasmutó el rostro de Devon, al instante de escuchar lo dicho por su esposa, hizo sonreír petulante a Harmony, que, con coquetería, preguntó—: ¿Ahora no te ríes, conde?

—No. Te creo muy capaz de aventarme con algo. Mejor vayamos, que nos esperan.

—Será mejor.

Epílogo

Arundel

(Oeste de Sussex)

Junio

Pasadas dos semanas de los bautizos, emprendieron viaje a Arundel. Deseaban estar en contacto con la naturaleza, ambos habían nacido para trabajar la tierra y cuidar animales. Y, si bien no se apartaban de las novedades de Londres, ya que su hermano le escribía todas las semanas, vivir en el campo los gratificaba y les aventuraba el espíritu, pues el castillo era tan hermoso como espeluznante.

Las enormes murallas tenían dos entradas, una que llevaba al castillo y otra que daba a los enormes espacios verdes; por detrás, pasada la alameda y sobre las lindes del bosque, se encontraban las parcelas cultivables, los corrales y las cuerdas. Ni bien llegaron, ordenaron la construcción de un horno de barro cerca de la casa que honraba esas tierras. Era una vivienda pequeña, en relación con el castillo, que se erguía errante entre árboles, jardines y el verdor inconfundible de la campiña sureña, pues el río Arun mantenía nutridas esas tierras. Esa casa era el refugio de los condes. Un hogar, porque el castillo no dejaba de ser eso: un castillo frío y enorme. De tan gigantescas proporciones que de acogedor y familiar no tenía absolutamente nada, por lo que vivir en aquella reconfortante casa era cosa de todos los días. Y lo hacían en soledad. Era una intimidad que atesoraban y no compartían con nadie. La servidumbre permanecía en el castillo y aseaban la casa cuando los condes se ausentaban.

—Casi no tengo recuerdos, pero uno me basta para saber que aquí fui feliz.

Harmony acarició su rostro empapado de sudor.

—Mujer, estoy sucio y cansado.

—Cuéntame —le pidió mientras le tendía una silla.

—Fueron las Navidades antes de ir a Norfolk. Pasamos aquí las celebraciones. Él jugaba con nosotros. Nos hacía juguetes de madera. Nos educó, siempre estaba enseñándonos algo. Nos daba cariño. Ese cariño que solo puede dar un padre. Recuerdo que acariciaba el vientre de mi madre. —El joven sonrió nostálgico—. Ellos ya sabían que Megan venía en camino. Y luego todo terminó. Y empezó el infierno.

—No. Te pedí que me contaras los buenos recuerdos.

—Están emparejados con los malos.

—Pues deberás aprender a separar. Debes recordar lo bueno sin que lo malo te lo enturbie.

—Harmony.

—Dime.

—Deja de hacer eso, estoy exhausto.

—Se supone que esto te relaja.

—Créeme que me relajarían otras atenciones.

—¿Atenciones?

—Sí, mujer. Necesito una amante, no una masajista.

—Pues yo necesito un amante que no se duerma encima de mí por estar exhausto.

—Ya te he dicho que lo siento. —Los gestos atónitos y dolidos de su esposo le provocaron ternura infinita—. Solo me he dormido una vez. Trabajo de sol a sol... Estoy envejeciendo. —Devon se cubrió el rostro con sus manos—. No te alcanzará una vida para echármelo en cara, ¿verdad?

—Puede que estés en lo cierto.

—Sabes que mancillas mi orgullo herido, ¿no? —Su esposa sonrió.

Montándose a horcajadas sobre sus piernas comenzó a besarlo.

Su olor y su sudor la excitaban.

Verlo empuñar el hacha, con la camisa pegada al cuerpo, le calentaba la sangre a niveles inusitados. Lo amaba y lo deseaba cada día más.

—No. Espera, vamos despacio... Quiero...

El grito genuino emitido desde su interior por recibir a su esposa, que ya se encontraba no solo montada sobre él, sino moviéndose con un descontrol insaciable, la animó más a ella y lo desarmó por completo a él. Que Dios le diera salud, porque, al paso que Harmony lo conducía, no viviría por mucho tiempo. El fuego abrasador de su esposa lo enardecía y lo consumía día a día.

—Lo recordé.

—¿Qué?

—Recordé de dónde conozco a Theia.

Harmony aceleró los movimientos y Devon se puso en pie, enlazando las piernas de su esposa a sus antebrazos, la penetró con fuerza varias veces para luego apoyarla contra la pared y embestirla sin control. Ambos se liberaron al instante.

Saciados, Harmony se dejó caer sobre él. Llevándola en brazos se acercó a uno de los sillones donde descansaron una encima del otro.

—Dímelo.

—Era la doncella de mi madre.

—¡Dios mío! Ella debe saber la verdad.

—Es la punta de la madeja.

La joven se incorporó. Un pensamiento la asaltó.

—Ahora entiendo. Me ayudó porque reconoció el colgante. —Devon no entendía—. El collar que me obsequiaste en nuestra noche de bodas. Era de tu madre, ¿no? —Él asintió—. Pues lo llevaba a la vista el día que me fui de casa. Theia lo hubo de reconocer, por eso su confianza. Ella me ayudó porque sabía quién era. Sabía que era tu esposa.

—Por esa razón me despidió como lo hacía cuando era un niño.

—Si quieres que recuerdes, es porque quiere ayudar.

Las lágrimas acudieron a los ojos del joven.

No quería crearse falsas esperanzas, pero tenía, por primera vez, la intuición de que podría cerrar el círculo. Podría armar el puzle.

—Harmony...

—Debemos regresar a Londres —dijo la joven.

—Mañana mismo.

—No. Nos iremos hoy.

—Prepararé el carruaje.

Fin

Nota de la autora

Qué decirles sino un GRACIAS enorme por leer *Destinos errantes*, que reconstruye la historia familiar de los hermanos Evans, al mismo tiempo en que cada una de nuestras heroínas encuentra su destino en el amor incondicional de hombres excepcionales.

Me ha encantado escribir la historia que acaban de leer. Construir un personaje como Harmony me ha hecho derramar lágrimas, y poner en su camino a Devon Evans fue la mejor de las elecciones.

Una mujer signada desde su nacimiento, la cual tuvo que vivir una vida elegida por otros. Una vida que le acarreó sufrimientos físicos y espirituales, pero que la fortalecieron logrando forjar un carácter bueno, sin rencores ni odios.

Un hombre justo que desborda amor, que no sabe de resentimientos ni malicias. Atormentado por recuerdos que lo asaltan, pero que no puede reconstruir. Bondad absoluta.

Dos almas que se complementan e irradian amor.

Queridas lectoras, gracias por leer *Siempre fue él*.

Elizabeth

Índice de personajes

- Devon Ashton Evans. Conde de Arundel (luego de la renuncia a los títulos de su hermano mayor, Robert). Segundo hijo del duque de Norfolk, Henry Evans. Su madre, Katherine Hutton, duquesa de Norfolk. Sus hermanos, Robert Evans y Megan Stone. Veintisiete años. Primo de Andrew.
- Harmony Hutton. Hija del duque de Suffolk. Prometida al conde de Arundel, en su defecto, Devon Evans, a través de una cláusula matrimonial entre los ducados de Norfolk y Suffolk. Diecinueve años.
- Eduard Hutton. Duque de Suffolk. Padre de Harmony. Su esposa, Gretel Hutton.
- Gregory Brown. Abogado. Plebeyo. Treinta y cinco años.
- Robert William Evans. Hermano mayor de Devon. Treinta y un años. Su padre, Henry Evans, duque de Norfolk. Su madre, Katherine Hutton (muerta). Su hermana, Megan Stone. Su esposa, Victoria Jones.
- Henry Evans. Duque de Norfolk. Padre de Robert y Devon. Esposo de Katherine Hutton, duquesa de Norfolk.
- Gretel Hutton. Duquesa de Suffolk. Madre de Harmony. Esposa de Eduard Hutton.
- Monique. Doncella de Harmony desde hacía poco más de un año.
- John Hayde. Médico. Primero en la línea de sucesión al ducado de Essex. Treinta y tres años. Creció en Somerset junto a Andrew, Robert y Devon.
- Thomas Quinn. Conde de Kent. Amigo y socio del duque de Somerset. Socio de Robert Evans. Dueño de una fábrica. Treinta y siete años. Soltero.
- Andrew Pickford. Duque de Somerset. Esposo de Francesca. Hijo de Alice Evans, duquesa viuda. Primo paterno de Robert y Devon. Treinta y cuatro años. Hijo único.
- Richard Bradford. Duque de Richmond. Amigo inseparable de Robert Evans. Amante de Megan y padre de sus hijos. Treinta años.
- Megan Stone. Hermana de Robert y Devon Evans. Hija de Katherine Hutton. Prima de Andrew. Amante de Richard Bradford, duque de Richmond, con quien tiene dos hijos: Richard Jr. (cuatro años) y Robert Jr. (dos años). Veintidós años.
- Rose Colbert. Dama de compañía y amiga inseparable de Alice Evans. Cincuenta y tres años. Una segunda madre para Andrew.
- Walter. Mayordomo de Arundel House.
- Maximilien. Ayuda de cámara del conde de Arundel, Devon Evans.
- Jessica Fine. Exesposa del duque de Somerset. Aparente muerte por suicidio en mayo de 1825. (Ver libro dos, *Y llegaste tú*).

Alice Evans. Madre del duque de Somerset. Cincuenta y cuatro años. Madre de Andrew. Tía paterna de Robert y Devon.

Hermanos Svens / Hermanos McGregor. Empleados en Arundel House. Forman parte de la servidumbre; sus tareas se desarrollan en las cuadras (mantenimiento de caballos) y en la construcción (mantenimiento de los inmuebles). Al servicio del conde de Arundel.

Duquesa de Richmond. Viuda del duque de Richmond, William Robert Bradford. Madre de Richard Bradford, actual duque de Richmond. Nombre de pila, Hortence Hills.

Anthony Harding. Detective privado. Su trabajo es paralelo al desempeño de la Policía Real Británica, pero no trabaja para ellos. Se caracteriza por llevar a cabo casos difíciles, que resuelve con eficiencia. Treinta años. Amigo de la infancia de Thomas Quinn.

Rhis Avignale. Marqués de Addigton. Futuro duque de Rutland. Amigo de Robert y Richard. Treinta y tres años.

Leonard McLloyd. Médico. Plebeyo. Escocés.

Erik Scott. Marqués de Oxford. Amigo de Devon Evans. Treinta años.

Isolda. Doncella de Francesca, duquesa de Somerset. Dieciocho años.

Francesca Castelveccio. Duquesa de Somerset. Esposa del duque de Somerset. Veinte años. Amiga de Harmony. Madre de Sebastian Pickford, futuro duque de Somerset y actual barón de Seymour (título de cortesía al heredero).

Victoria Jones. Esposa de Robert Evans. Amiga de Megan y Francesca. Cuñada de Megan y Devon. Veintiséis años. Madre de los mellizos Benedit y Brenna Evans.

Theia. Mujer que ayuda a Harmony. Tiene cerca de unos sesenta y nueve años. Vive con su nieta a las afueras de Londres. Aparece en el libro uno, *De acero y obsidiana*.

Kendra. Nieta de Theia. Once años.

Roger Talbot. Vizconde de Waterford. Hijo del conde de Sherewsbury. Nieto de los duques de Saint Albans. Diecisiete años.

Duques de Saint Albans. Bertram y Sophia Beauclerk, padres de la madre de Roger.

Octavia Locke. Lady. Hija del conde de Doncaster. Soltera.

Helena Quinn. Lady. Hermana de Thomas Quinn. Veintiséis años. Soltera.

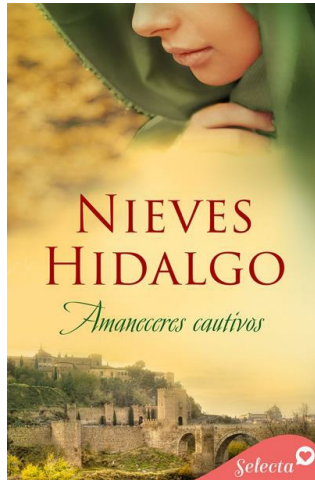
Coraline. Tía materna de Harmony. Trabajaba en las cocinas de Suffolk. Vive en la aldea del mismo ducado.

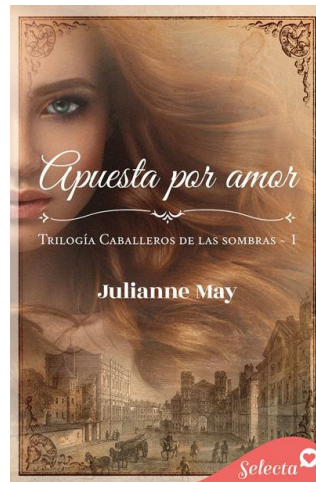
Eloise. Verdadera madre de Harmony. Trabajaba en el servicio de Suffolk. Nana y doncella de Harmony hasta que la joven cumplió los dieciocho años. Fallecida en noviembre de 1826.

Katherine Hutton. Duquesa de Norfolk. Madre de Robert, Devon y Megan. Hija del duque de Suffolk (1778). Prima del padre del actual duque de Suffolk. Fallecida en 1804.

Si te ha gustado
Siempre fue él

puedes disfrutar de estas







Harmony y Devon no pueden estar mucho tiempo juntos ni separados cuando coinciden en un mismo lugar.

¿Qué los une? Ni ellos lo saben.

¿Qué los separa? Ella es la prometida del hermano de él.

¿Qué sucede? El Destino.

El Destino.

El maldito y bendito Destino obrando al azar, haciendo y deshaciendo a su antojo, ha dejado en el abismo a dos jóvenes que se aman.

Cuando Devon Evans hereda los títulos de conde de Arundel, a los que su hermano mayor ha renunciado, también hereda las prioridades y responsabilidades que vienen aparejados, incluido un compromiso matrimonial.

Cuando Harmony Hutton se entera que va a desposarse con Devon Evans, prefiere cualquier cosa a tener que pasar por eso, pero es una responsabilidad que no puede eludir.

El Destino los une en un matrimonio en el cual tendrán que sobrevivir, no por no soportarse sino por amarse. Es que cada uno alberga por el otro un amor tan grande como sublime, sin ser capaces de reconocerlo. Cada uno, por su lado, cree que el otro le es indiferente.

¿Podrán dejar sus prejuicios de lado y permitir que sus sentimientos fluyan?

El tiempo les irá mostrando lo equivocados y lo irremediamente enamorados que están.

Elizabeth Ellis, nació en 1981. Escritora de romance. Sus novelas se ambientan en el siglo XIX, aunque puede que la imaginación la lleve más lejos o la acerque a la contemporaneidad. Ha estudiado Historia. Le encanta diseñar ropa. Ama leer, imaginar mundos y escribirlos. Entre sus autores favoritos están JRR Tolkien, Jane Austen, Emily Bronte, Lisa Kleypas, Olivia Ardey, Meagan McKinney, entre otras. Le apasiona aprender Historia, Geografía y Letras.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2024

© 2024, Elizabeth Ellis

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Anya Melnikova

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-63-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somoselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En Penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Siempre fue él

Prólogo

Suffolk

Capítulo I

Londres

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Suffolk

Capítulo XVII

Londres

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Epílogo

Nota de la autora

Índice de personajes

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Elizabeth Ellis

Créditos